

Ressenyes i notes de lectura

Paloma Aguilar Fernández y Leigh A. Payne, *El resurgir del pasado en España. Fosas de víctimas y confesiones de verdugos*, Barcelona, Taurus, 2018, 198 pp.

Las obras que todos vamos realizando inevitablemente se miden con la vara de nuestra propia trayectoria. Tiene algo de injusto, pero es que la memoria colectiva también nos habla del legado intelectual que vamos dejando tras nosotros. Algo así sucede con una de las dos autoras de esta obra, Paloma Aguilar Fernández, a quien debemos a su vez aquel inolvidable *Memoria y olvido de la guerra civil española* (1996) que supuso para muchos de nosotros tantas cosas en los estudios de memoria e historia de este país. Significó, por ejemplo, que se comenzase a discutir en torno a la guerra civil, el franquismo y la transición en unos términos acordes con lo que se estaba haciendo allende los Pirineos en torno a pasados traumáticos como los que apuntalaron el nazismo, el fascismo y el colaboracionismo. Y como para ser preciso cuando hablamos de historia es imprescindible justamente hacer historia, cabe recordar aquí que no fue en los años más recientes de la crisis, el 15-M o la abdicación de un rey cuando se empezó a cuestionar en España la transición y sus “pactos”. Ese cuestionamiento existió desde el mismo momento

en que tuvo lugar el proceso transicional y, nuevamente, en el contexto en que se establecía un relato público sobre sus principales características. Esto sucedió, según entendemos algunos, precisamente en torno a la década de 1990, con producciones como la serie de Victoria Prego y Elías Andrés (1993) sobre la transición o trabajos como el ya mencionado de Paloma Aguilar. Relatos, que no historia sobre el proceso, pues se basaban en la percepción de lo que había sido aquel fenómeno con la mirada de quien, además, lo había vivido. Esta larga introducción inicial es precisa para entender la obra que tenemos entre manos, así como también señalar que cuenta con el concurso de Leigh A. Payne, quien es bien conocida por sus aportaciones en los estudios de justicia transicional y, en ese contexto, el de los testimonios ofrecidos por verdugos. Su análisis comparado en este aspecto y lo que aporta el enfoque al caso español constituye una parte central del presente libro.

Las autoras nos dicen en las primeras líneas del texto que se trata, por una parte, de una “síntesis divulgadora” de los principales debates más importantes sobre “el impacto de la memoria de la guerra civil y el franquismo en la transición española” y, por otra, que “contiene un marco teórico inédito” “para dar cuenta de cómo ha evo-

lucionado el tema en las últimas décadas”, además de “un enfoque original basado en las confesiones de los victimarios, en las exhumaciones de fosas de republicanos fusilados y el impacto social de ambos fenómenos” (13). La ambición de estos propósitos es digna de reseñar, así como la noble intención de ofrecer una interpretación coherente de aguas tan profundas como las que se mencionan, todo ello en unas pocas páginas, pues también se es consciente de que el resultado será examinado con lupa. No se trata de la voluntad de este que aquí reseña sacar la citada lupa y buscar con esmero fallas que una obra que se presenta así misma como una síntesis pudiera tener. Todos los que hemos escrito en esos parámetros sabemos lo difícil que es y, al tiempo, lo necesario que resulta ofrecer conocimiento en clave de lo que se ha llamado con acierto “alta divulgación”. Y quizá este que reseña sufra la deformación profesional del historiador especializado a la hora de valorar distintos aspectos de un libro que, en definitiva, se dirige en primer lugar al público más generalista. Además, con la circunstancia añadida de que esta es una adaptación de una versión para el público de habla inglesa publicada originalmente en 2016.

Lo primero que llama la atención en el libro es que aunque ha sido escrito recientemente, en realidad, podría ser perfectamente una producción de finales de la década de 1990. Si bien se habla mucho en la obra de la “generación de los nietos de la guerra civil”, los mimbres de este estudio no parecen, a juicio al menos de quien esto escribe, que se hayan construido con sus aportaciones. La cuestión de la edad o generación de los autores que se toman de referencia no es menor, ya que tiene consecuencias muy relevantes en el tipo de afirmaciones que pueblan las páginas, algunas

que me resultan realmente sorprendentes. Se dice, por ejemplo, que el conocimiento que tenemos a través de las obras de los historiadores sobre el pasado español de golpe, guerra y dictadura se caracteriza por presentar “resultados fragmentados, incompletos y difícilmente comparables entre sí por emplear metodologías diferentes” (32). Unas páginas más adelante se señala incluso que “el limitado carácter del proceso de justicia transicional español explica el profundo desconocimiento que existe sobre los crímenes cometidos por la dictadura” (37). Y se presenta, además, como contraste, lo que aportan a ese nivel las comisiones de la verdad de carácter oficial y las iniciativas de reparación y justicia respecto al pasado. Esto no se corresponde con lo que sabemos que se ha venido publicando al respecto del tema en España solo por referirnos a las últimas dos décadas. La lectura de alguno de los cientos de balances historiográficos realizados muestra que el conocimiento disponible sobre el pasado traumático español en términos historiográficos es muy amplio, tan amplio que hoy en día resulta prácticamente inabarcable.

La comparación de esta superabundancia de datos, enfoques y diferentes perspectivas con el tipo de conocimiento proporcionado por los informes de las comisiones de la verdad es, según creo, inconmensurable. Existe un amplio consenso sobre las múltiples inexactitudes y problemas metodológicos en el trabajo de ese tipo de iniciativas institucionales, véase el caso de la CONADEP argentina o las diversas comisiones de la verdad chilenas empezando por la “Comisión Rettig” en adelante. Las inconsistencias que representan los informes de estas comisiones en los datos sobre las víctimas, a modo de ejemplo, demuestran que su valor no radica precisamente en la calidad de los datos que aportan sino

en el peso político que otorga el respaldo institucional a sus actividades. Por todo ello, hablar de las lagunas o el desconocimiento del pasado de golpe, guerra y dictadura en el presente español no se puede sostener con rigor a mi juicio, sino que se trata de una traslación de lo que sucedía en torno al año 2000 (lo que no significa en absoluto que no se realizaran aportaciones muy significativas con anterioridad) y que precisamente el trabajo historiográfico de los últimos años ha venido a superar. Hoy no debatimos sobre lo mucho que desconocemos, sino sobre lo que nos falta por conocer, y eso solo sucede cuando lo que se sabe es mucho. Un caso que se extiende también a la Transición, sobre la que no existía apenas historia cuando Paloma Aguilar escribió su obra sobre la memoria y el olvido, pero que hoy en día constituye un ámbito de efervescencia investigadora ya consolidado sobre la que se ha venido aportando mucho conocimiento factual e interpretativo. En ese sentido, se habla en la obra de la transición como un período de violencia, pero no se cita la obra de referencia a ese respecto que es la de una historiadora, Sophie Baby (*El mito de la transición pacífica*, publicado originalmente en francés en 2013 y hoy ya traducido felizmente al castellano).

En general, la obra adolece según mi visión de una falta notable de perspectiva histórica, quizá pretendida, no lo sé, lo cual se aplica también a los déficits de la abundante bibliografía disponible sobre los propios debates en torno a la gestión del pasado desde el presente. Sin embargo, hay afirmaciones que no sin ni siquiera atribuibles a esas carencias, sino que solo se pueden comprender –entiendo– desde el error de traducción o la errata. En la fatídica página 34 (fatídica porque está plagada de inexactitudes), se señala literalmente

que “en España no se ha erigido ningún monumento en honor de las víctimas del franquismo”. Evidentemente, esto no es así. No se puede afirmar que no existe en España ningún monumento en honor a las víctimas del franquismo, porque existen en gran abundancia en prácticamente cualquier rincón del territorio. Sean estos monumentos placas, esculturas, intervenciones monumentales del más distinto signo, por no hablar de nombres de calles, edificios, premios, becas o ayudas, de su existencia no cabe duda, solo por mencionar los casos más repetidos y sin ninguna pretensión de exhaustividad al respecto. Para ese fin, cabría realizar un barrido sobre la extraordinaria repercusión mediática de los debates académicos y no académicos que han tenido las citadas políticas de la memoria, algo que tampoco se realiza ni indiciariamente en la obra. En esas iniciativas han tomado parte todas las instituciones del estado, desde los poderes locales y autonómicos, en gran medida, hasta el propio gobierno central. Barrer el contenido (y limitaciones) de todas esas políticas públicas de la memoria con los trazos gruesos de afirmaciones muy generalistas inevitablemente nos conduce a la inexactitud.

Igualmente, en esta línea se señala que “las asociaciones de memoria han denunciado abiertamente la limitada presencia, cuando no directamente la ausencia, de la represión franquista en muchos libros de texto. Otros investigadores afirman que esos contenidos se dejan para el final del temario y, en la práctica, no se suelen abordar” (37). Esta afirmación resulta muy familiar porque es algo que se decía hace veinte años y los que estudiamos ya en democracia lo vivimos en nuestras propias carnes. La historia de España se impartía en el bachillerato en un curso, en 3º de BUP, y se refería a la historia desde “Atapuerca al

Euro”, como el título de aquella inefable historia de España de cabecera para el gobierno de Aznar. Sin embargo, es una afirmación que referida al presente es como mínimo inexacta. El golpe, la “represión” y la dictadura se explican en los temarios oficiales y son desde hace años parte de los exámenes de “selectividad”, pruebas de acceso a la universidad. El problema no radica tanto en que los contenidos estén o no en los libros de texto y que se aborden en las aulas, algo que se debe hacer y no precisamente como un contenido secundario, sino en los problemas de la perspectiva con lo que se trabaja para unas generaciones a las que cada vez les resulta más distante la guerra civil, el franquismo e incluso la transición. Pero ello no es un problema singular del caso español, sino que se aborda en todos los países que con un pasado traumático se esfuerzan por hacer significativo en el presente el pasado. En lo que respecta a este aspecto tan trascendental, nada menos que cómo se enseña el pasado, sobre lo que existe una bibliografía muy abundante tanto en el ámbito de la historiografía como de la didáctica de la historia, no se cita ni una sola referencia en la obra. Se resume con fórmulas como “las asociaciones de memoria han denunciado” u “otros investigadores afirman” que generan inexactitudes como las señaladas.

La interpretación de algunos procesos particulares es deudora, también, de las fuentes a las que se remite. En la obra se señala el limitado alcance de las políticas públicas de la memoria, pero para sostener una cuestión de tan profundo alcance, se opta por referir una reflexión de Felipe González al respecto en la que dice sentirse “responsable de la pérdida de nuestra memoria histórica” (38). Después de citar el referido fragmento que forma parte de la conversación mantenida con Juan Luis

Cebrián y publicada en la obra que firman ambos en 2002 se dice nada menos que “esta declaración demuestra que hoy en día, cuando en tantos países se ha revelado la verdad sobre las atrocidades de sus respectivos pasados, la mayoría de los españoles sigue sin ser plenamente consciente de que inmediatamente después de la guerra hubo unas cuarenta mil ejecuciones” (38). En términos generales, una sola declaración no puede demostrar desde mi punto de vista algo de tal calibre y mucho menos si esa declaración es de Felipe González. Por otra parte, la inmensa mayoría de los españoles son conscientes de la existencia de los procesos de violencia asociados al golpe, guerra y dictadura. Han sido literalmente bombardeados por un aluvión de debates públicos al respecto, producciones cinematográficas, literarias, series de televisión, libros académicos, divulgativos, libros de texto, y también por el propio fenómeno del revisionismo (por cierto, este último ni siquiera es mentado). Además, la memoria transmitida en las familias y comunidades no ofrece solo esa imagen de silencio y de recuerdos reprimidos, sino también un conocimiento bastante detallado de quién fue quién en 1936 y qué hizo cada uno en aquel momento. Justamente al contrario de lo que se afirma en el texto, en los lugares pequeños es donde este conocimiento parece ser más certero, como atestiguan los cientos de horas de entrevistas que se han venido recogiendo al respecto por los múltiples proyectos de investigación e historia oral de las últimas décadas. Los estudios demoscópicos y sociológicos también lo atestiguan.

Ello no quiere decir, claro, que en todos los casos esa noción del pasado traumático signifique que se actúe políticamente de una u otra manera, o que determinados relatos sean hegemónicos en el presente

(como sucede, fundamentalmente, con el relato dual del franquismo/antifranquismo), pero ello no tiene nada que ver con el profundo desconocimiento del que hablan las autoras. No es mayor en todo caso que el que puedan tener los argentinos al respecto de la última dictadura militar, los franceses en relación con el fenómeno del colaboracionismo, los ingleses con las atrocidades de su pasado colonial, o los rusos al respecto del comunismo. Y no es tan distante pienso, en contra de lo que pensamos frecuentemente, del caso considerado excepcional de los alemanes con el nazismo.

La continua referencia a la “excepcionalidad” española en la obra no parece acomodarse bien con el propio carácter de dos especialistas en estudios comparados. En todo caso, cabe preguntarse en dónde estriba ese fenómeno de la supuesta “singularidad española”, y no resulta convincente a juicio de quien esto escribe que se ubique la práctica ausencia de testimonios de verdugos como se defiende en el libro, ni en la falta de efectos perturbadores de los pocos existentes. En los que estudiamos fenómenos de justicia transicional de forma comparada no es frecuente que los testimonios de verdugos nos aparezcan generalizadamente y, sobre todo, espontáneamente: los casos que conocemos de referencia al respecto plantean un escenario totalmente diferente. Véase la conmoción generada por el caso de Scilingo en Argentina, que no es ni mucho menos habitual entre los perpetradores del Cono Sur, pero cuyo efecto no se puede disociar del proceso iniciado en España por Castresana y Garzón en sede judicial. O véase también el más reciente caso de los verdugos del genocidio indonesio en *The act of killing* (2012) hablando abiertamente de sus acciones, un ejemplo el de Indonesia caracterizado precisamente por la impunidad. La Comisión de la Ver-

dad y la Reconciliación de Sudáfrica es un ejemplo excepcional de reconocimiento de la responsabilidad a cambio del perdón, pero no se puede considerar la norma en los procesos de este tipo que se caracterizan por la negación ante la posibilidad de recibir castigo. En todos los casos, además, la conmoción que provocan o pueden provocar los testimonios de verdugos son proporcionales al grado de desconocimiento público realmente existente sobre el pasado.

Aunque esta reflexión comparada no se explicita en la obra, sí se señala que los testimonios de verdugos en el caso español cuando se produjeron no tuvieron el efecto deseado: “deberían desatar un encendido debate sobre cómo hay que recordar el pasado” (81). En este sentido, a continuación se caracteriza el fenómeno en España a través de la figura de José Luis de Vilallonga y sus particulares testimonios al respecto de la experiencia vivida en la guerra. No puede ser más desafortunado el ejemplo, puesto que el caso de Vilallonga solo se comprende en la particularidad del personaje en cuestión, no en lo que testimonia, algo que por cierto dista mucho de ser un arquetipo de un “verdugo” de la violencia golpista. Un chico de dieciséis años enrolado por su padre en el ejército y llevado a participar en un pelotón de fusilamiento no puede representar de ninguna manera las complejidades que el fenómeno de los verdugos de la violencia golpista y franquista en general connotan.

Quizá hubiera ayudado a centrar la cuestión el debatir sobre lo que se entiende por verdugo, los delicados límites entre la obediencia, la participación voluntaria y la colaboración en el complejo proceso de violencia desatado por los golpistas. El libro de Fernando Mikelarena (2015) es imprescindible en este sentido. También los trabajos realizados sobre los soldados

de Franco y el peso muy relativo de la voluntad de los enrolados en la guerra (James Matthews, Francisco J. Leira, Aurora Artiaga, entre otros). O reflexionar, como lo han hecho diversos autores en los últimos años sobre la importancia de la delación, como en el caso de Peter Anderson. Son también muchas las indagaciones en curso que se enmarcan en el fenómeno de auge de los “perpetrator studies” que se viene produciendo desde al año 2000 en adelante referido a los distintos procesos de violencia masiva. Por no hablar del consolidado campo de las actitudes sociales bajo el franquismo desde el consenso a la resistencia que representan los estudios de Ana Cabana, Óscar Rodríguez Barreira, Miguel Ángel del Arco entre otros muchos autores y autoras. Es también mucho lo que queda por hacer en términos de investigación, pero lo que no parece suficientemente sólido es que las autoras despachen en unas pocas páginas (fundamentalmente 121-126) lo que sabemos sobre el pasado traumático para afirmar que vivimos en un completo desconocimiento y justificar con ello la existencia de un régimen de silencio que habría durado décadas.

La obra concluye de una manera que nos reconcilia con el legado intelectual del que se hablaba al inicio de esta reseña. Sobre todo cuando pone el acento en la cuestión judicial (146) como una clave de bóveda para entender la singularidad del caso español, si es que tal cosa existe. La falta de respaldo judicial a las víctimas del franquismo sí constituye un factor que sitúa el caso español en parámetros de total impunidad que remiten a casos igualmente específicos. En ese sentido, la pervivencia de la ley de amnistía tiene relevancia por lo que supone a ese nivel de justificación para los jueces en su dejación de funciones a la hora de ofrecer tutela jurídica a las víc-

timas del franquismo, aunque ni siquiera se puede considerar un factor necesariamente limitante per se. Como se recuerda con acierto en la obra, en otras latitudes la existencia de este tipo de leyes no ha imposibilitado que se iniciaran investigaciones por delitos de lesa humanidad. Se impone la necesidad de contar lo que sabemos con otra semántica inteligible en términos de derechos humanos y en el contexto de los fenómenos de violencia masiva característicos del siglo XX. El éxito del relato de la excepcionalidad española funciona como su necesario contrapunto que la presente obra paradójicamente y estoy seguro de que sin intención explícita de las autoras, no hace otra cosa que apuntalar.

Antonio Míguez Macho
(*Histagra-Universidade de Santiago de Compostela*)

Gutmaro Gómez Bravo, *Geografía humana de la represión franquista. Del Golpe a la Guerra de ocupación (1936-1941)*, Madrid, Cátedra, 2017, 311 pp.

Con toda seguridad que, desde hace ya varias décadas, las librerías genéricas y especializadas en Historia de este país albergan, como mínimo, una docena de obras diferentes dedicadas a la violencia generada en la Guerra Civil española de 1936-1939. Esto da idea de la cantidad de trabajos que se realizan sobre este período y temática. Pero no siempre todos cumplen las expectativas. Los hay que no aportan nada; los que solo están escritos para determinados públicos; los que vuelven sobre lo dicho dando una vuelta de tuerca más; y los que dan un paso hacia delante, que son los menos, pero este es el caso. Gutmaro Gómez, profesor del departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Univer-

sidad Complutense de Madrid, confecciona algo nuevo con esta *Geografía humana*. Y no es para menos. Utiliza fuentes muy diversas, algunas ya manejadas por otros investigadores; otras no. La veintena de archivos que ha pisado para este trabajo proporcionan desde documentación generada por organizaciones políticas hasta instituciones judiciales, pasando, sobre todo, por las militares. A esto suma varios archivos privados familiares, una joya inusual.

El origen de *Geografía humana* está en otros trabajos del autor, como el realizado junto a Jorge Marco (*La obra del miedo*). Sin embargo, en buena medida gracias a nuevos fondos documentales trabajados, este libro aporta (y consolida) un nuevo discurso con un lenguaje claro y apto para todos los públicos. En el metarrelato encontramos, por ejemplo, la ruptura del marco cronológico tradicional de la propia contienda, extendiendo sus extremos hasta 1941, fecha coincidente con la orden de desmovilización de una de las instituciones protagonistas de estas páginas: el Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), un organismo franquista que hoy, a buen seguro, denominaríamos de *inteligencia* aunque entonces era también un híbrido con tareas propias de policía política. El comienzo, como redundaba el subtítulo de *Geografía humana*, está en la organización del golpe de 1936, no en lo que éste genera. Solo comprender que la construcción de la dictadura luego personificada en la figura del general Franco no fue algo causal ni casual da pie al debate científico y, por ello, siempre será recomendable su lectura. Por esta senda no solo ha transitado el autor, sino que el grupo de jóvenes doctores y doctorandos que le rodea también se ha hecho acreedor de estos planteamientos (como se demuestra en el libro coordinado por Daniel Ovie-

do Silva y Alejandro Pérez-Olivares García, *Madrid, una ciudad en guerra, 1936-1948*).

El objetivo del trabajo de Gutmaro Gómez, según sus propias palabras, «pasa por analizar la formación y las particularidades (intensidad, dirección, normalización, persistencia y simultaneidad) de la represión franquista a lo largo de la guerra». Se estructura en torno a ocho capítulos: el primero se centra en los orígenes de la dictadura y su relación con nuestro presente, a los que añade algunos antecedentes de ciertas prácticas puestas en marcha con el inicio del conflicto; el segundo afianza lo dicho en el anterior, pivotando en torno al control de los distintos tipos y flujos de información desde el triunfo electoral del Frente Popular (febrero de 1936) hasta la puesta en marcha de la Auditoría de Guerra en 1937; el tercero lo dedica a la lógica de la guerra de ocupación, en la que el Ejército rebelde consiguió unificar sus servicios de información con la justicia militar y las delegaciones de orden público, todos enfocados a tareas represivas; el cuarto estudia el nacimiento de la organización de *inteligencia* resultante de ese proceso, el SIPM, una institución hasta ahora, con alguna excepción, poco o nada estudiada; los capítulos quinto y sexto se centran en el impacto social de estas medidas a través de los prisioneros de guerra y sus familiares y en los procesos judiciales-represivos a los que fue sometida el resto de la sociedad, prestando mucha atención a las técnicas de delación y confrontación social de la población, algo que hasta ahora se pensaba naciente en posguerra; los últimos dos capítulos estudian la institucionalización de la «criminalización» social desde febrero de 1938, pilar del Nuevo Estado en el que otros actores, como la Iglesia católica —legitimadora y redentora— y la policía política —gestada

en el seno de los servicios de información militares—, serán los protagonistas.

Esta *Geografía humana* va de la historia militar a la social. Maneja material poco trabajado por la historiografía, como las denuncias, la confección de ficheros sociopolíticos, los interrogatorios, la aparición de los servicios de vigilancia e información y sus archivos particulares, los evadidos, lo policial y lo ideológico. El control social. La represión. Aunque merece la pena una relectura de ciertas instituciones claves en todos estos procesos (como la constitución de las Redes Provinciales del SIPM, hasta ahora prácticamente desconocidas), esta investigación conforma un paso más en la comprensión de nuestro pasado más reciente y traumático. Ante todo, y siguiendo al autor, esta monografía trata «de recobrar el sentido y el significado que tuvo para aquellas personas que la vivieron, que la sufrieron, [la violencia franquista] a través de sus prácticas, de sus mismas voces, palabras, ideas anhelos y angustias [y] comprender por qué, cómo y quiénes crearon y estructuraron los aparatos de represión y, sobre todo, cómo triunfó una determinada mentalidad favorable al castigo que marcaría la sociedad de posguerra». Una posguerra (un pasado) en la que a buen seguro seguirá trabajando para llegar a comprender la división posterior de muchos de esos represores en lo civil (Brigada Político-Social, DGS) y lo militar (Segunda Bis). Un pasado, ahora, bien presente por los debates generados en torno a la exhumación del dictador, las condecoraciones vigentes a torturadores como Billy el Niño o la reciente desclasificación de papeles hasta 1968. Ojalá así sea.

Carlos Píriz
(Universidad de Salamanca)

David Ballester, *Vides truncades. Repressió, víctimes i impunitat a Catalunya (1964-1980)*. València: Publicacions de la Universitat de València, 2018, 376 pp.

Els últims anys, a poc a poc, des de diversos àmbits han anat sorgint iniciatives per recordar els casos de repressió ocorreguts durant l'última etapa del franquisme i els primers compassos de la democràcia parlamentària. Per bé que, en el terreny de les polítiques públiques, l'abast de les mesures aprovades ha estat generalment limitat, més actives s'han mostrat les entitats memorialístiques, així com alguns dels propis afectats i familiars seus. La causa oberta a la justícia argentina, en mans de la jutgessa María Servini, és probablement l'exemple més clar de la tenacitat d'aquests col·lectius. Un esforç que ha anat acompanyat, també, per l'aparició d'obres (periodístiques, autobiogràfiques) i de documentals. Menys abundant ha estat la producció historiogràfica, fet que ha provocat que l'imaginari social construït al voltant de la temàtica estigui més influït pel vessant militant i la voluntat de denúncia —del tot necessari— que no pas pel rigor.

L'obra de David Ballester *Vides truncades. Repressió, víctimes i impunitat a Catalunya (1964-1980)* intenta pal·liar algunes d'aquestes mancances per mitjà d'un recull dels casos de víctimes mortals de la violència estatal a Catalunya entre els darrers moments de la dictadura i la transició. A partir d'una aproximació a cada cas i corregint alguns errors que s'han anat repetint al llarg del temps, l'autor ofereix una quantificació de l'impacte dels crims d'Estat a Catalunya en aquells anys (vint víctimes mortals) i reconstrueix factualment cadascun dels episodis. Així mateix, fa un seguiment del seu impacte social i de les iniciatives judicials i memorialístiques impulsades *a posteriori*. La

principal conclusió, avançada ja en la introducció, reafirma el que alguns autors havien anat posant sobre la taula: l'alt grau de violència institucional que va caracteritzar tot el període.

Aquesta constatació permet reafirmar alguns dels arguments de la historiografia més sòlida sobre l'època. Principalment, la força adquirida per l'antifranquisme des de la dècada dels seixanta —notablement superior, per exemple, a les capacitats de l'oposició a l'*Estado Novo* portuguès—, factor que explica la deriva repressiva del règim i el seu replegament polític. Segurament, els dos episodis que millor exemplifiquen la capacitat de mobilització antifranquista són també els més coneguts: la mort d'Antonio Ruiz Villalba, fruit de la intervenció policial per desallotjar la factoria de la SEAT (octubre del 1971), i la de Manuel Fernández Márquez (abril del 1973), durant els enfrontaments entre treballadors de les obres d'ampliació de la central tèrmica del Besòs i forces policials. A més de clars indicadors dels elevats nivells de conflictivitat laboral que va viure l'àrea metropolitana de Barcelona, els dos casos evidencien també —fet que resulta encara més significatiu— l'àmplia resposta social suscitada per la repressió. Les col·lectes de diners, el lluïment de braçalets negres, les vagues de solidaritat o el pronunciament públic de diversos col·legis professionals esdevinguts arran d'aquests successos ens posen sobre la pista de l'amplitud assolida per les mostres de rebuig a la dictadura i, més important encara, de la incipient articulació d'una societat civil antifranquista.

Les víctimes posteriors a les eleccions generals del 15 de juny del 1977 són simptomàtiques, al seu torn, de la continuïtat de la mobilització al llarg de la transició, època caracteritzada, almenys fins al final dels anys setanta, per una gran eferescència

social en àmbits molt diversos. Així mateix, constitueixen una prova palpable de la pervivència d'algunes formes pròpies de la política d'ordre públic franquista en l'actuació del nou Ministeri de l'Interior, denominació que el govern de la UCD format després dels comicis va donar a la cartera de Governació. En aquest àmbit, Ballester subratlla la lentitud i insuficiència de la reforma policial, que, tot i un primer retoc (desembre del 1978), va haver d'esperar fins al març del 1986. Igualment, les unitats antiavalots heretades del franquisme no van ser substituïdes per les noves Unidades de Intervención Policial fins al 1989. I, malgrat la dissolució de la Brigada de Investigación Social, la manca de depuració entre els seus integrants va dificultar un canvi dràstic en el funcionament de la seva successora. No era però als agents, sinó principalment als responsables polítics, a qui corresponia la responsabilitat d'impulsar aquest gir.

La dialèctica entre mobilització als carrers i repressió centra, doncs, una part substancial de l'obra, que, d'aquesta manera, contribueix encertadament a reforçar la idea que “la democràcia es va guanyar al carrer”, i a un cost molt alt. No obstant això, el recompte numèric de les víctimes i la seva classificació permet a l'autor afegir altres elements a l'equació. De fet, les morts produïdes en el transcurs de manifestacions o mobilitzacions constitueixen una mica menys d'un terç del total, cosa que ens indica que la violència institucional anava molt més enllà de l'estricta contenció de la protesta. Un percentatge similar de la mortalitat va ser fruit d'accions catalogades dins de l'epítet de “gallet fàcil”: excessos policials de conseqüències mortals. Un altre 25 % correspon a defuncions ocorregudes sota custòdia policial. I encara un últim percentatge de les morts (un 15 %) és atribuïble a l'extrema dreta, espai

polític que, com bé assenyalava Ballester, estava imbricat de manera “més que evident” amb els estaments policials i d'informació. A pesar d'una casuística tan diversa, cal no confondre la multiplicitat de causes amb la fortuïtat d'aquest tipus de violència: tant la seva magnitud, com la impunitat dels seus responsables —factor sobre el qual es dirà encara alguna cosa—, ens parlen d'un període en què el poder distava molt de tenir una concepció mínimament garantista.

Les dades que ofereix David Ballester són significatives per elles mateixes, però el balanç es pot enriquir si les comparem amb les recollides per altres autors. Referència obligada és el pioner estudi de Sophie Baby, publicat en francès el 2012 i recentment editat en castellà: *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*. Tot i que les cronologies no són coincidents, i malgrat algun eventual error —com puntualitza Ballester—, en les xifres de Baby el nombre de víctimes mortals causades per la dissolució de manifestacions apareix proporcionalment més limitat: 32 d'un total de 238 (un 13 %). En contrast, les morts atribuïdes a l'extrema dreta (68, un pèl menys del 30 %) i, sobretot, les causades per “incidents policials” (132, una mica més de la meitat), hi tenen molt més pes. Les sis víctimes restants (un 2,5 %) corresponen a casos de tortura.

Més enllà de la disparitat d'àmbit territorial i de cronologia, les diferències de percentatge es deuen també al fet que, en el seu càlcul, Baby inclou militants d'organitzacions armades (descartats per Ballester) i delinqüents comuns (entre els quals Ballester no comptabilitza els morts en enfrontaments armats amb forces policials). Són probablement les diferències de criteri el que explica que, dins de l'apartat de “gallet fàcil” —equiparable al d’“incidents policials”—, la xifra per al conjunt espanyol i per

a una cronologia pràcticament coincident que aporta Ballester sigui sensiblement menor (101 víctimes mortals). En canvi, la que dona en l'apartat de repressió de manifestacions és major: 41 morts (gairebé una desena més dels que refereix Baby). Sigui quin sigui el criteri més adequat, en el terreny valoratiu l'estudi de Baby l'encerta en subratllar la incidència del clima de tensió alimentat per la violència protagonitzada per les organitzacions armades, responsables, en aquells mateixos anys (1975-1982), de més de 400 morts.

Per bé que amb algunes variacions, altres autors han ofert estimacions que no s'allunyen excessivament de tots aquests recomptes. En el cas del llistat inclòs per Gonzalo Wilhelmi com a apèndix al volum *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, publicat el 2016, el nombre de “víctimes de la violència política estatal” ascendeix a 253. Al marge d'errors concrets i d'algunes diferències en la categorització, la disparitat en el còmput global es deu principalment al major pes atribuït per aquest autor a les accions de la ultradreta o del “terrorisme d'Estat” (81 víctimes mortals), així com a les morts a causa de tortura (13). Sense oferir una relació de noms, i a partir dels registres recollits en una base de dades elaborada conjuntament amb Paloma Aguilar, Ignacio Sánchez-Cuenca (*Atado y mal atado. El suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia*) parlava el 2014 de 174 víctimes mortals de la “violència estatal” (sempre prenent com a referència el període 1975-1982). Un càlcul que, tenint en compte que exclou la violència d'extrema dreta —criteri qüestionable, especialment perquè, en altres textos, l'autor la comptabilitza al costat de la protagonitzada per organitzacions independentistes i d'esquerra radical—, coincideix

deix *grosso modo* amb el de Baby. Entre la resta de llistats existents, molts d'ells amb abundants errors i omissions, és digne de menció el document elaborat el 2008 per Jon-Mirena Landa Gorostiza per encàrrec del parlament basc: *Informe sobre víctimas de vulneraciones de derechos humanos derivadas de la violencia de motivación política*. Si bé amb un abast temporal molt més ampli (1968-2008) i focalitzat al País Basc, els detalls que ofereix de cada cas el converteixen en una font de consulta bastant fiable.

Davant del ball de xifres i de criteris, una de les aportacions del llibre de Ballester consisteix a rescatar alguns episodis fins ara oblidats. És el cas de la mort de Lluís Benito Embid (octubre del 1964) a comisaria, on va acabar després d'una discussió amb un taxista a les Rambles de Barcelona. O de la de Luis Martínez Delso (juliol del 1969) a la presó Model, fruit del mal estat físic que arrossegava des de la seva detenció. Amb tot, com alerta el propi autor, és possible que el llistat de víctimes corresponent al període franquista tingui encara alguna llacuna, atesa l'opacitat informativa de l'època. A més d'aquesta dificultat, un altre dels murs contra els quals apunta Ballester és la impunitat de què s'han beneficiat els responsables dels crims d'Estat. Un cas especialment simptomàtic —i dolorós— és el d'Agustín Rueda, militant anarquista mortalment apallissat (març del 1978) per funcionaris de la presó de Carabanchel. Tot i les penes de fins a deu anys imposades en el judici (celebrat el febrer del 1988), tots els condemnats —entre ells, l'antic director del centre penitenciari— van sortir en llibertat al cap d'alguns mesos.

En el necessari camí cap a l'assoliment d'un coneixement rigorós i, al mateix temps, amb esperit crític sobre la repressió desplegada al llarg de les dècades dels seixanta i setanta, l'obra de David Balle-

ter contribueix a cobrir buits i a posar una mica d'ordre en les tipologies utilitzades, que no sempre han estat prou meticuloses. Resten encara, malgrat tot, diversos aspectes per abordar i molta reflexió de fons per fer sobre la naturalesa i les implicacions de les polítiques d'ordre públic i de seguretat d'aquells anys. En aquest sentit, la cesura que van significar les eleccions de juny del 1977 no pot ser ignorada com a frontera entre dues etapes amb una legitimitat clarament diferenciada. Precisament per això, la periodització que predomina en els treballs sobre la temàtica (1975-1982) no resulta probablement la més adequada. Alhora, però, la pervivència a partir del 1977 d'uns nivells de violència institucional inusualment elevats en contextos democràtics, fins i tot en una època convulsa com aquella —com demostra la comparació amb altres països—, obliga a aproximar-se al pas de la dictadura a la democràcia parlamentària més enllà d'una oposició dicotòmica entre les dues etapes. Això implica, entre altres coses, posar en qüestió el silenci i la impunitat que sovint ha envoltat els crims d'Estat, cosa que interpel·la directament les institucions i els governants vigents, i que posa sobre la taula de manera manifesta que la tasca de l'historiador no es pot pretendre desvinculada del present en què opera.

Pau Casanellas

(Universitat Autònoma de Barcelona)

Nerea Aresti, Karin Peters y Julia Brühe
¿La España Invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX. Comares, Granada, 2016, 280 pp.

Las cuestiones de género y los problemas nacionales ocupan un lugar central en la España de hoy. En un país profundamente transformado por la crisis económica que comenzó en 2008, las identidades nacionales y de género han pasado a un primer plano a medida que la España diseñada por la Constitución de 1978 ha sido cuestionada desde varios frentes y algunas de las demandas políticas han adquirido un tono más 'identitario'.

Hace casi cien años, las identidades nacionales y de género también fueron tema central en una España muy distinta a la actual. En *España Invertebrada* (1922), José Ortega y Gasset plateaba la necesidad de recuperar la virilidad de la nación española para revertir un proceso de decadencia patria ampliamente percibido entre la intelectualidad hispana. Frente al declive Ortega y Gasset proponía la idea de 'nación viril' para la regeneración política y social del cuerpo nacional. Es precisamente la obra del filósofo madrileño la que sirve de eje a *¿La España Invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*. El libro coordinado por Nerea Aresti, Karin Peters y Julia Brühe estudia el desarrollo de diversos modelos de masculinidad en los procesos de construcción nacional en la España de los años 20 y 30. La tesis de partida es que la Edad de Plata de las letras españolas fue una época marcada por una crisis del imaginario político que se expresó en imágenes relacionadas con la masculinidad y la feminización de la nación. A partir de esta premisa las editoras del volumen se preguntan cuáles son los elementos constitutivos que una comunidad nacional elige para

auto-representarse en un mito masculino y de qué maneras las ideologías de género afectan a sus receptores cognitiva y afectivamente. Además, el libro indaga sobre si es posible la existencia de unas masculinidades alternativas que cuestionen al 'macho' nacional en contextos de intensa homogeneización social.

¿La España Invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX se divide en cinco apartados. El primero se titula "La España Invertebrada" y ubica el pensamiento de género de José Ortega y Gasset en relación con diversos autores coetáneos y diferentes problemas históricos. Destaca aquí el trabajo de Aurora G. Morcillo, que subraya las profundas contradicciones entre un Ortega que reconoce la importancia de las mujeres en la historia, pero que reproduce una narrativa androcéntrica del pasado y la nación. Zaida Godoy Navarro, por su parte, muestra como el discurso nacionalista orteguiano enalteció ciertos ideales de masculinidad, desde que publicara *España invertebrada* por primera vez en forma de libro en 1922, que contribuyeron a la propagación de una imagen hegemónica de lo varonil en España y en México. En ambos países, el género se muestra como una construcción cultural que varía según el contexto histórico en el que se produce.

Es esta concepción cultural e históricamente cambiante de la identidad de género una de las premisas fundamentales de *¿La España Invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*. Al fin y al cabo, la masculinidad, como la nación, es una construcción histórica que se erige frente al 'otro' (otras masculinidades y feminidades) y que va mutando con el tiempo. Nación y masculinidad se presentan como inmutables y naturales, para normalizar el statu quo político o bien para proponer un retorno a una mítica edad dorada libre de de-

cadencias biológicas. Esta naturalización de las masculinidades y las naciones para defender distintos modelos políticos aparece reiteradamente en la segunda parte del libro, que lleva por título "Cuerpo, emociones e imágenes". En esta sección, Natalia Núñez Bargueño analiza el intento de 'conquista' de la virilidad perdida de los católicos durante el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid de 1911, como propuesta clerical de reconstrucción patria. Mónica Moreno Seco y Alicia Mira Abad estudian la construcción de una masculinidad hegemónica y su vinculación con la identidad nacional española de corte conservador a través de la figura de Alfonso XIII. Por último, Nerea Aresti explora el intento del nacionalismo vasco por crear un modelo masculino propio. Así el vasco respetable era, para el arañismo, sobre todo un hombre fiel al mandato católico y radicalmente distinto al obrero inmigrante, visto como fuente de contaminación patria. Pero, a medida que el PNV se fue constituyendo en un partido de masas e incorporando mujeres, las masculinidades del hombre vasco se fueron redefiniendo de un modo más diverso. Es más, los nacionalistas vascos fueron incorporando elementos españoles (como las propuestas del reformador sexual Gregorio Marañón), pero mantuvieron el factor anti-español como primordial en el discurso *jeltzale*.

La tercera sección del libro se centra en novelas, películas, autobiografías que "plantean un cierto imaginario de una república emasculada"(6). Así, las masculinidades espermáticas en *El ruedo ibérico* (1927-1932) de Ramón del Valle-Inclán proyectaron una imagen grotesca del militarismo viril primorriverista, pero que, como bien explica Karin Peters en su capítulo, no acabaron de proponer un modelo ideal de masculinidad alternativo. El film de Buñuel *L'Âge d'or* de

1930 supuso, para Julia Brüne, la representación alegórica de una generación separándose del padre 'castrativo' de la dictadura en tránsito hacia la república. Además, la emancipación como aspecto central del republicanismo de la novela *Tigre Juan* de Ramón Pérez de Ayala es analizada en capítulo de Lisa Zeller; mientras que las obras de Miguel de Molina y Eduardo Zamacois aparecen como representantes de unas masculinidades divergentes surgidas al calor del régimen republicano, en el estudio de Dieter Ingeschay.

El cuarto apartado se adentra en la cultura viril de la derecha. Christian von Tschilschke estudia el impacto que tuvo la Guerra de Marruecos (1921-1926) en la redefinición de la masculinidad hispana. Von Tschilske analiza la guerra en África como un teatro en el que se proyectan y materializan las transformaciones coetáneas de hombres y mujeres que tenían lugar en la España de la época. A través del estudio de *El blocao* de José Díaz Fernández; *Diario de un bandera* de Francisco Franco y *Tras el águila del César* de Luys Santa Marina, además, la contribución de von Tschilske muestra cómo diferentes concepciones de masculinidad mantienen una imagen de lo femenino como algo amenazador, mientras algunas de ellas prefiguran un nuevo ideal masculino fascista y militarizado. El capítulo de Zira Box se centra, precisamente, en el uso discursivo de la dicotomía masculino/femenino por parte de Falange durante la Guerra civil y la inmediata posguerra. En él, la historiadora madrileña demuestra con elegancia cómo la división masculino/femenino posibilitó la definición de una España falangista (viril, recta, seca, dura y alta) frente a la republicana (femenil, torcida, húmeda, blanda y fofa), que revelaba la intención de llevar a cabo un proyecto de

acción política preciso: la construcción de la España nacionalsindicalista.

El último apartado del libro explora la cuestión de la masculinidad y la nación más allá de la década de los treinta. Elena Díaz Silva estudia el intento de recuperar una masculinidad en crisis por parte de los republicanos españoles exiliados en México. Claudio Castro Filho, por su parte, analiza algunas obras de teatro del tardofranquismo donde rol de la poética del deseo y el tema femenino fueron recurrentes. La dictadura franquista fue incapaz de acabar con esa supuesta crisis de la masculinidad patria de la que hablaba Ortega ni dentro ni fuera de España.

¿*La España invertebrada?* es una contribución fundamental a la literatura académica sobre masculinidades y nación. Es cierto que, en ocasiones, la crisis española podía haber sido contextualizada algo más en el marco europeo. Al fin y al cabo la doble crisis española, de masculinidad y nacional, fue un capítulo de una redefinición generalizada de la patria y el género en la Europa de entreguerras. También es verdad que, quizás, se echa en falta en el libro alguna mención a las masculinidades de los soldados mutilados y veteranos de guerra – un campo que se ha desarrollado bastante en la historiografía reciente. Pero pese a estas pequeñas ausencias, no cabe duda de que *¿La España invertebrada?* va a convertirse en un libro de referencia en los estudios sobre masculinidad y nación. En la España de 2018, la idea de que tanto las identidades de género como las nacionales son construcciones históricas que mutan con el tiempo debiera ser una potente vacuna contra los amantes de las divisiones biológicas, de las patrias eternas, y del 'esto siempre ha sido así'.

Alejandro Quiroga
(Newcastle University)

Javier Muñoz Soro y Emanuele Treglia (eds.), *Patria, pan... amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975)*, Comares, Granada, 2017, 255 pp.

Patria, pan... amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975), coordinado por Javier Muñoz Soro y Emanuele Treglia, es de sumo interés principalmente por dos razones. En primer lugar, porque recoge el intenso intercambio historiográfico existente, desde hace un cuarto de siglo, entre Italia y España. Se trata de un intercambio de profesores, investigadores y también estudiantes que ha permitido el nacimiento de un hispanismo historiográfico en el país transalpino –representado muy bien por la revista *Spagna Contemporanea*–, pero también el aumento del número de historiadores españoles que investigan las relaciones entre los dos países. En segundo lugar, porque nos propone desde un enfoque comparativo y transnacional un análisis de las relaciones entre la España franquista y la República italiana entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la muerte de Francisco Franco que va más allá de lo meramente descriptivo con el objetivo de “comprender los mecanismos que hicieron posible la coexistencia de dictaduras y democracias dentro del mismo bloque geopolítico en un contexto global, el de la Guerra Fría, que condicionó fuertemente las respectivas historias nacionales durante aquellos años” (p. XI).

Es cierto que en las últimas dos décadas se han publicado un número no desdeñable de estudios, tanto en formato de artículo como de capítulo de libro y también alguna monografía, centrados en las relaciones entre los dos países mediterráneos entre 1945 y 1975, pero faltaba aún un libro que ofreciese una visión panorámica y recogiese, ampliándolo, lo que diferentes

historiadores habían venido investigando en los últimos tiempos. *Patria, pan... amore e fantasia* se pone así en una línea de continuidad con dos volúmenes colectivos que hace más de una década se habían propuesto lo mismo para el estudio de la Italia fascista y la España franquista desde una perspectiva de historia comparada, como *Fascismo y franquismo. Cara a cara*, coordinado por Giuliana Di Febo, Emilio Gentile, Susana Sueiro y Javier Tusell, y *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixisme i franquisme en perspectiva comparada*, coordinado por Giuliana Di Febo y Carme Molinero.

El libro publicado por la colección de Historia de la editorial granadina Comares se divide en cuatro partes. En la primera, que se presenta casi a modo de introducción y que se centra en los orígenes ideológicos, Ismael Saz propone un análisis comparada de la trayectoria histórica del nacionalismo y el fascismo en Italia y en España en el largo periodo, fijándose especialmente en tres momentos: el del surgimiento y evolución de las culturas nacionalistas, el de la fusión o integración de nacionalistas y fascistas y el de las dinámicas e interrelaciones de fascistas y nacionalistas en las dos dictaduras ya constituidas. Teniendo presente el desfase cronológico —la Associazione Nazionale Italiana (ANI) nace en 1910, mientras Acción Española en 1931; la fusión de la ANI con el Partito Nazionale Fascista se da en 1923, mientras que la unificación “desde arriba y desde fuera, por decreto e imposición de Franco” (p. 10) de FET y de las JONS en 1937—, Saz subraya las diferencias y las semejanzas existentes en los dos procesos, donde se hace evidente, más allá de las correlaciones de fuerzas existentes en los diferentes momentos, la “colaboración conflictiva” (p. 7) entre nacionalistas y fascistas, que tenían claramente en ambos países “dos proyectos políticos diferencia-

dos” (p. 15) aún compartiendo el objetivo de “la destrucción de la democracia” (p. 16). A este respecto, el autor pone de relieve las distintas concepciones que “unos y otros tenían del papel del partido único y otras instituciones en el régimen” (p. 13): pero, si para los nacionalistas, tanto los italianos como los españoles, el enemigo principal había sido siempre el partido o el Movimiento, la diferencia crucial se encuentra en que en el caso español “las pretensiones falangistas fueron siempre derrotadas aunque nunca lo fueran por completo” (p. 14), mientras que en Italia los fascistas ganaron el pulso a los Federzoni y a los Rocco, aunque estos se mantuvieron en posiciones de poder hasta la caída del régimen de Mussolini. Una segunda diferencia sustancial se debe, según el autor, a la cuestión monárquica: en Italia “había Monarquía a aceptar—erosionar por el fascismo; en España no había Monarquía y se fue ‘construyendo’ a pesar de los fascistas españoles” (p. 16). El análisis del peso relativo de fascistas y nacionalistas en los dos países lleva así Saz a afirmar que la italiana fue una “dictadura fascista”, mientras que la española fue una “dictadura nacionalista fascistizada” (p. 18).

La segunda parte del volumen se centra en las relaciones diplomáticas entre los dos países. Pablo del Hierro analiza el periodo comprendido entre la caída del régimen fascista en julio de 1943 y el nombramiento del nuevo embajador italiano en Madrid, Francesco Maria Taliani, en enero de 1951, que marca el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países. Más allá de la compleja coyuntura de 1943-1945, el autor subraya como ya en la inmediata posguerra se normalizaron las relaciones con la firma de un primer acuerdo comercial en enero de 1946. En los siguientes años de aislamiento político del régimen franquista, el presidente del

Gobierno italiano Alcide De Gasperi basaba su política exterior en “la leal adhesión a la política de los aliados respecto a España”, pero también en “la firmeza a la hora de defender los grandes intereses” de Roma en el país ibérico (p. 34), donde residían unos diez mil italianos. Así, Del Hierro afirma que las relaciones hispano-italianas se desarrollaron “en un clima más positivo y cordial de lo que la diferencia de régimen político podría hacer augurar” (p. 22), gracias también a la existencia de elementos con un pasado fascistas dentro de la diplomacia y las fuerzas armadas italianas.

Laura Branciforte se centra en los primeros años Cincuenta, cuando se registraron los primeros hitos de las relaciones bilaterales hispano-italianas. Unas relaciones preferentemente de tipo comercial y cultural, ya que las de tipo político no fueron “exteriorizadas por los cauces oficiales” (p. 54) y a menudo fueron rechazadas o desaprobadas por los gobiernos democristianos. Aquí pesó mucho la política interna de ambos países, pero también la influencia norteamericana, sobre todo en Italia. La bilateralidad en el ámbito comercial —donde jugaron un papel clave los medios económicos y financieros transalpinos muy interesados en fortalecerse en España— se restableció en marzo de 1952, mientras que en el ámbito cultural se tuvo que esperar al acuerdo firmado en 1955, aunque en los tres años anteriores se llevaron a cabo unos primeros experimentos —finalmente fallidos— de colaboración en la acción político-cultural a través del Mediterráneo, convertido “en una de las vías elegidas por España para conectar con Occidente” (p. 48).

En un análisis exhaustivo del periodo, comprendido entre mediados de los años cincuenta y la transición política española, Rosa Pardo Sanz subraya el notable prag-

matismo de la Italia democrática hacia la España franquista. Los gobiernos italianos, sostiene la autora, mantuvieron “una presión antifranquista permanente” por razones de coherencia política interna que se acentuó con la formación de los ejecutivos de centro-izquierda, pero, al mismo tiempo, “buscaron resguardar los numerosos intereses comunes tangibles en juego” y, consecuentemente, optaron “por la mínima relación política que les permitiera la mejor defensa de sus intereses” (p. 63). Del lado español, Pardo Sanz pone de manifiesto el cambio de estrategia empezado en 1964 con la llegada de Sánchez Bella a la embajada romana: “había que olvidarse de cualquier intervención en política interior, abandonar la esperanza de una influencia vaticana profranquista y centrarse en fomentar los lazos económicos, con una perspectiva tecnocrática, lo menos ideológica posible” (p. 87). Los avances no fueron desdeñables, aunque las relaciones políticas bilaterales no prosperaron tal y como hubiese querido el régimen franquista: tan sólo en marzo de 1973 el gobierno italiano —presidido por Giulio Andreotti— accedió a la visita oficial de un ministro de Asuntos Exteriores, López Bravo, 33 años después de la anterior, aún en época fascista, con Serrano Suñer en el Palacio de Santa Cruz.

En la tercera parte del volumen se abordan temas relacionados con la cultura, el arte y la sociedad. Por un lado, Rubén Domínguez Méndez analiza la política y la diplomacia cultural italianas hacia la España franquista. El autor muestra como a partir de 1945 el nuevo gobierno democrático italiano tuvo que reducir costes y cerrar muchas sedes del Istituto Italiano di Cultura abiertas tras la Guerra Civil, excepto las de Madrid y Barcelona, centrando su atención “en atender los intereses de la comunidad italiana residente en España” (p.

99). Sin embargo, a partir de principios de los años Cincuenta, y con la firma de diferentes acuerdos, como el cinematográfico de coproducción hispano-italiano de 1956 o el de cooperación científica y técnica de 1969, la diplomacia cultural fue clave en el acercamiento entre ambos países “ante la incapacidad de llegar a un firme entendimiento político” (p. 101).

Por otro lado, Giulia Quaggio desentraña las intensas relaciones culturales entre los dos países a través de la Bienal de Venecia entre los años 1950 y 1976, poniendo de relieve tanto la importancia que para España representó “una vía hacia Europa, la de Italia” como la influencia italiana en la “gestión del arte como un elemento de poder suave” (pp. 136-137). En los Cincuenta, y sobre todo en la edición de la Bienal de 1958, España supo aprovechar una generación de nuevos artistas, como Chillida o Tàpies, para conseguir un reconocimiento en un contexto en que el informalismo abstracto era hegemónico y podía ser interpretado “sin entrar en contradicción con los principios del nacional-catolicismo franquista y la españolidad” (p. 122). En los años sesenta, explica la autora, se dio un notable acercamiento entre los mundos artísticos de ambos países, pero fuera de los cauces oficiales, y conectado sobre todo con el compromiso político y la oposición al franquismo, donde jugaron un papel clave intelectuales como Calvino, Vittorini, Carlo Argan o Alberti. Quaggio se detiene también en la polémica edición de la Bienal de 1976, ya con Carlo Ripa di Meana como presidente, dedicada a la vanguardia artística y la realidad social en la España de los anteriores cuarenta años, interpretada como “el clímax de esta relación

en la que arte y política iban cogidas de la mano” (p. 137).

Finalmente, Michelangela Di Giacomo analiza el fenómeno de las migraciones internas y el movimiento obrero en los dos países en los años Sesenta, a partir de los casos de las ciudades de Barcelona y Turín, centrándose especialmente en “la relación que se instauró entre la ampliación de la participación sindical, política y social y las transformaciones de la composición de la clase obrera provocadas por el desplazamiento de población dentro del territorio nacional” (p. 143). La autora, que considera 1962 como un año bisagra en los dos países, subraya las similitudes y diferencias existentes entre las actitudes del PCI y la CGIL y el PSUC y CCOO: entre los puntos en común, destaca principalmente “la constante preocupación para evitar que los orígenes regionales produjeran divisiones en el seno de la clase obrera” (p. 159).

La cuarta y última parte del libro está dedicada a las redes políticas en el tardofranquismo. Emanuele Treglia presenta los rasgos principales de la solidaridad italiana con el antifranquismo que fue protagonista de la denuncia internacional de la dictadura de Franco en su última etapa y que ofreció apoyo a las fuerzas de la oposición en el exterior. A partir de 1962-1963 —huelgas en Asturias, “contubernio de Múnich”, condenas a muerte de Conill, Grimau, Granada y Delgado— se pusieron en marcha “un amplio y variado abanico de actividades que proporcionó a la causa democrática española notables recursos políticos, morales y materiales” (p. 164): una labor que se realizó en estrecho contacto con los grupos antifranquistas españoles del interior y del exterior y en la cual jugaron un rol crucial los partidos y sindicatos comunistas, sin olvidar las organizaciones socialistas y católicas. El autor recuerda así las principa-

les iniciativas que se llevaron a cabo —manifestaciones multitudinarias, paros, boicots, creación de comités y asociaciones, organización de exposiciones, espectáculos y congresos—, además de las cuantiosas ayudas económicas que entregaron a los partidos del antifranquismo los partidos políticos italianos, en especial el PCI. La solidaridad italiana con el antifranquismo influyó notablemente en la posición hacia la España de Franco del gobierno de Roma que debía ser “especialmente cauteloso” (p. 172), tanto que el primer ministro de Asuntos Exteriores italianos que viajó a España fue el democristiano Arnaldo Forlani en mayo de 1977, una vez que el PCE fue legalizado y se habían convocado las primeras elecciones democráticas.

La que ofrece Javier Muñoz Soro es, en cierto sentido, una visión simétrica a la de Treglia, ya que analiza la respuesta que la embajada española en Italia dio al antifranquismo entre 1962 y 1976. A través de la consulta de la correspondencia de Alfredo Sánchez Bella —al frente de la embajada entre 1962 y 1969—, el autor reconstruye la estrategia dibujada por la diplomacia franquista que preveía tácticas de contrapropaganda y espionaje, presiones económicas, sobornos y ayudas financieras a los sectores neofascistas del Movimiento Sociale Italiano (MSI) y sus órganos de prensa (*Il Borghese*, *Il Secolo*). Sánchez Bella diseñó un plan de contrapropaganda que se mantuvo casi sin modificaciones hasta el primer gobierno Suárez: por un lado, la embajada funcionó como una especie de “agencia de noticias” que distribuía textos contando “la verdad” sobre la historia y la política española; por otro lado, intentó formar un “lobby político que abogara por la causa franquista en el parlamento y el gobierno, formado por diputados ‘misinos’, liberales

y democristianos” (p. 211) entre los cuales destacaba Giulio Andreotti.

La reconstrucción de las redes del neofascismo entre Italia y España en los años sesenta y setenta corre a cargo de Matteo Albanese. El autor explica como “no existieron vínculos demasiado estrechos, ni una sola estructura organizativa o política de la que emanaran unas directrices” (p. 219), sino que los distintos individuos, grupos o partidos del mundo neofascista de ambos países tejieron unas redes para colaborar y darse apoyo recíproco. Albanese pone de relieve el apoyo político y económico que el régimen franquista dio al MSI y la “benevolencia más explícita” (p. 223) que tuvo con los sectores neofascistas y neonazis (CEDADE, Jeune Europe, Ordine Nuovo, etc.) a partir de 1968. Fue a partir de aquel año que este “*network* neofascista” (p. 224) actuó en los dos países siguiendo dos ejes principales: “el intento de derribamiento de las instituciones democráticas en Italia” a través de la llamada “estrategia de la tensión” (atentados de Piazza Fontana y Piazza della Loggia, intento de golpe de Junio Valerio Borghese, etc.) y “la defensa a ultranza del franquismo en España” (p. 226), que comportó, entre otras cosas, la presencia de militantes neofascistas italianos en los hechos de Montejurra de 1976.

Finalmente, Abdón Mateos y Luca Costantini analizan las relaciones históricas entre los socialistas de las dos penínsulas mediterráneas hasta los años Ochenta y el apoyo que el entonces presidente del Gobierno italiano, el líder socialista Bettino Craxi, dio a la adhesión de España en la CEE. Los dos autores muestran como estas relaciones, históricamente débiles, se reanudaron a partir de mediados de los años Sesenta —los protagonistas fueron Elías Díaz, Enrique Tierno Galván y los socialdemócratas italianos de Saragat—, pero fue

sólo a principios de la década siguiente cuando el PSOE renovado recuperó el contacto con el PSI. El partido de Nenni, gracias al enlace de Nerio Nesi, considerado “el verdadero embajador para España de los socialistas italianos” (p. 247), ayudó a los socialistas españoles con diversos fondos al menos hasta 1976. Sin embargo, fue sobre todo a nivel ideológico que hubo relaciones entre los dos partidos, especialmente a partir de la renovación del PSI llevada a cabo por Craxi a finales de los años Setenta: las posiciones de intelectuales como Norberto Bobbio y Luciano Pellicani influyeron mucho en el viraje reformista del PSOE y en el concepto de reformismo radical que González llevó a las elecciones de 1982. Mucho menor, en cambio, fue la presencia de los políticos e intelectuales socialistas españoles en los medios del PSI.

Patria, pan... amore e fantasia es, para concluir, un volumen extremadamente útil que, además de presentar una visión panorámica de las relaciones entre España e Italia en la segunda posguerra bajo un enfoque comparado y transnacional, ofrece muchas sugerencias en los campos de la historia política, cultural, social y diplomática que, esperamos, puedan ser aún más desarrollados en los próximos años.

Steven Forti

*Instituto de História Contemporânea –
Universidade Nova de Lisboa / Universitat
Autònoma de Barcelona*

David Jorge, *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial*. Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 783 pp.

El libro que nos ocupa estudia las gestiones republicanas en la Sociedad de Naciones durante la Guerra Civil española. La

elección del tema es un acierto porque la SDN fue la única institución en la que el gobierno republicano tuvo representación legítima y, sobre todo, indiscutida; además de ser el único foro multilateral de entonces, con las posibilidades que ello proporcionaba como ámbito de negociación política y propaganda. La historiografía sobre Guerra Civil no había prestado mucha atención a la institución, considerada de segundo orden en comparación con el papel que tuvieron las relaciones bilaterales con las grandes potencias o el Comité de No Intervención. Siendo esta última objeción cierta, repasar la actividad del gobierno republicano en la SDN consigue trasladar al lector al clima internacional del momento. Permite captar la deriva incontenible hacia la guerra por la impudicia belicista de las potencias del futuro Eje y la permisividad temerosa de las democracias. Además, contribuye a dilucidar cuál pudo ser la capacidad de maniobra de los gobiernos republicanos y a reconstruir sus esfuerzos diplomáticos y sus problemas políticos y de imagen.

Siempre supimos que la República no había tenido suerte con el contexto internacional desde julio de 1936. La guerra civil comenzó justo cuando, un mes antes, el levantamiento de las sanciones a Italia, como cierre en falso de la crisis de Abisinia, había dejado en evidencia que los mecanismos de seguridad colectiva establecidos con la Sociedad de Naciones no funcionaban. Los miembros más poderosos de la institución no tenían voluntad de plantar cara a las potencias revisionistas por miedo a la guerra. Al optar los grandes Estados democráticos por la llamada política de apaciguamiento, dejaron a los pequeños abandonados a su suerte. Ya se habían dado cuenta de ello en 1935-1936 algunos líderes republicanos españoles, entre ellos Sal-

vador de Madariaga y Azaña, pero también los mandatarios de otros pequeños países, partidarios de reformar el Pacto de la SDN para aflojar sus compromisos de seguridad y tratar de salvaguardarse tras un estatuto de neutralidad. Quizá la principal aportación del libro es, precisamente, verificar la descomposición final del orden internacional a través del trato dado a la guerra española en la SDN. Fue el ejemplo final de la incapacidad de la institución para hacer cumplir la legalidad establecida en su Pacto fundacional: prohibición de la guerra, defensa de la independencia e integridad territorial de los Estados, régimen de sanciones para los infractores, etc. El rosario de sus fracasos en los casos de Manchuria, la conferencia de Desarme, Etiopía o la remilitarización de Renania continuó desde julio de 1936 con su inhibición ante la intervención militar germano-italiana en España, los bombardeos sobre población civil sin objetivos militares, los ataques submarinos italianos en el Mediterráneo y los horrores de la guerra chino-japonesa de 1937, el Anchluss austriaco, la crisis de los Sudetes de 1938 y, finalmente, el desamparo de los refugiados republicanos españoles vencidos en 1939. Para cuando Alemania y la URSS invadieron Polonia en septiembre de ese año, la SDN había dejado de reunirse. El libro refleja todas sus debilidades, sobre todo la subordinación de los pequeños estados y de la propia SDN a la línea de apaciguamiento a toda costa definida por Gran Bretaña y acompañada por Francia. El autor singulariza como paradigmática la actitud de su Secretario General, el francés Joseph Avenol, gestor parcial de esta política. Había que evitar que la guerra en España pudiera alterar la precaria situación internacional de paz y no se entrevió otra alternativa para conseguirlo que no provocar —incluso atraer— a la Italia de Mussolini y

desde 1938 a Hitler. Por el camino se dejó caer a la II República española, que en el foro de la SDN sólo logró los apoyos de URSS y México y, circunstancialmente de pequeñas democracias liberales como Nueva Zelanda (explicar su posición es otra de las aportaciones del libro), Chile o Colombia. Como el autor señala, la irrelevancia de la institución se puso de manifiesto en la nimiedad de las iniciativas vinculadas a la guerra civil, que no tuvieron ninguna repercusión en la dolorosa realidad española: meros informes sin consecuencias de comisiones técnicas de investigación, como la delegación de higiene, que atestiguaron los bombardeos sobre población civil, la retirada de los brigadistas y las inmensas necesidades de avituallamiento de la marea de refugiados civiles del bando republicano. Nunca se consiguió desde la SDN forzar una reacción eficaz del Comité de No Intervención; al revés, se intentó que la cuestión española se debatiera lo menos posible en Ginebra.

En el relato de estos fracasos se insertan dos planteamientos centrales del autor: el primero es su hipótesis sobre la Guerra de España como un conflicto que, más que una guerra civil, sería una guerra internacional interpuesta y, en consecuencia, el primer acto de la II Guerra Mundial; el segundo es la severa evaluación que hace de la política de *appeasement* de la *pérfida Albión*. La primera hipótesis es valiente y recuerda al lector la trascendencia de la dimensión internacional de la guerra, decisiva en el resultado final porque de ella dependió el abastecimiento de material bélico. Sin embargo, hacer de lo externo el factor matriz y definitorio del conflicto supone minusvalorar elementos internos que determinaron tanto o más la suerte de la República y que dañaron su imagen en el exterior, sobre todo en el momento crítico de ges-

tación de la no intervención. Por otra parte, la continuidad entre el conflicto español y la II Guerra Mundial queda en entredicho considerando el rotundo alineamiento anti Eje desde 1939 de Gran Bretaña y de la Francia Libre (incluso de EEUU) y del resto de las democracias que previamente no habían movido un dedo en favor de la II República. También se sale de este marco interpretativo el pacto franco-soviético de 1935 y, sobre todo, la inquietante alineación con Alemania de la URSS en 1939. La guerra española sería el terrible último capítulo de la política de apaciguamiento —como se ha venido interpretando— antes que el primer jalón de la guerra mundial. En todo caso sólo el planteamiento de la discusión vale la pena y obliga a definir mejor qué se entiende en términos legales por guerra civil y guerra internacional.

El papel devastador que para la República tuvo la política de no intervención (*appeasement* en estado puro) al obstaculizar la compra de armamento y consentir la descarada participación italo-alemana y portuguesa a favor de los sublevados es de sobra conocido. Con el Comité de No Intervención probablemente se trataba de proteger a la SDN de otro fracaso, porque era el único organismo, por inútil que ya fuera, de seguridad internacional. La historiografía ha documentado su gestación como iniciativa formalmente francesa, pero inspirada y dirigida por los británicos. David Jorge lo ratifica con su investigación, aunque omite citar obras básicas de las relaciones con Francia y autores tan relevantes como Juan Avilés. Lo llamativo son sus juicios sobre la política de apaciguamiento determinada por Reino Unido. Es cierto que en alguna página recoge los elementos básicos de dicha estrategia y habla del miedo de los dirigentes y de la sociedad británica en su conjunto a afrontar una nueva guerra

tras el desastre nacional de 1914-1918. Sin embargo, la insistente imagen que traslada al lector a lo largo del libro es que el apaciguamiento y la no-intervención fueron sobre todo producto de los prejuicios anti-comunistas de la élite política y de sus intereses económico-comerciales en España. Relega así el factor básico de explicación: el problema de la inseguridad que, con buen sentido, da título al libro y que, en el caso británico, está vinculado a la percepción de debilidad en la carrera armamentística con Alemania ya la preocupación por mantener las líneas de comunicación con el cada vez más insumiso Imperio, en plena crisis de su monarquía constitucional. La guerra española dañaba los intereses nacionales británicos porque generaba mucha inestabilidad en un territorio de gran importancia estratégica para Londres, con la complicación añadida que para un gobierno conservador tenía la posibilidad de un triunfo revolucionario. El autor es comprensivo con los pequeños Estados (Irlanda, por ejemplo) que, asustados por el fracaso de la seguridad colectiva, optan por aflojar su compromiso con la SDN y volver al más absoluto realismo político; disculpa también la actitud de Francia por su situación de debilidad política. Sin embargo, sólo en las conclusiones admite claramente que las decisiones de Londres pudieran haber sido adoptadas como resultado de valoraciones similares de las amenazas y oportunidades del sistema internacional. No parece que sea tarea del historiador adjetivar los miedos, distinguiendo entre los moralmente lícitos (al fascismo) y los ilícitos (al comunismo). Los repartos de culpas terminan produciendo afirmaciones chocantes: “el actor principal en el deterioro de la sociedad internacional durante los años treinta no fue otro que Gran Bretaña” (p. 59). Así mismo, el autor explica con acierto que

la política de no intervención carecía de legitimidad en términos éticos y jurídicos, pero al evaluarla políticamente sólo toma en consideración sus resultados, sus nefastas consecuencias para la República. No tiene en cuenta que en la política internacional de las democracias el equilibrio entre los principios (solidaridad democrática) y los intereses (seguridad en un sentido amplio) es siempre precario. El rasero moral que el autor impone para el caso español es muy alto: Gran Bretaña y Francia deberían haber actuado para ayudar a las fuerzas republicanas legítimas asumiendo el riesgo de una escalada del conflicto en 1936 y haber forzado militarmente la salida de Franco en 1945. No sé si ochenta años después, ante un escenario análogo (pongamos por caso la guerra civil Siria), aplicaría el mismo baremo.

La otra aportación del libro tiene que ver con la política exterior republicana. David Jorge reconstruye las inmensas dificultades diplomáticas de sus primeros gobiernos tras el golpe del 18 de julio. Primero relata la impotencia del gobierno Giralante la desbandada de los diplomáticos de carrera hacia el bando sublevado y la puesta en marcha de la no intervención. Es muy pertinente su observación sobre los precedentes de sacar de la SDN la discusión sobre los asuntos internacionales más incómodos. En el siguiente capítulo explica cómo, desde septiembre de 1936, el gobierno de Largo Caballero trató de atenuar el daño que había supuesto el régimen instaurado por el Comité de Londres (prohibición de la venta de armas y la llegada de voluntarios a la zona republicana) con su denuncia en la SDN. Enmienda así el error (Zara Steiner) de considerar que la República no quiso sacar la cuestión española del citado Comité. El autor narra los esfuerzos del gobierno Negrín a partir de 1937 por

romper la desidia de la SDN y cómo trató de utilizarla institución para modificar la política de las democracias occidentales intensificando las denuncias de la no intervención. Para entonces, fuera de la URSS y México, ningún país, ni siquiera los más democráticos, estaban ya dispuestos a hacer nada por la República. Afirma el autor que Negrín dejó de confiar en la SDN cuando en septiembre de 1937 fracasó su apuesta para traspasar las competencias del Comité de No Intervención a la SDN y que fue entonces cuando el propio Pablo de Azcárate (embajador en Londres y representante en el nefando Comité) recomendó buscar una mediación internacional. La precariedad diplomática republicana se volvió a comprobar en la frustrada reelección de España como miembro permanente del Consejo. El capítulo final recoge las últimas iniciativas desesperadas del segundo gobierno Negrín desde abril de 1938 (hay un vacío no justificado sobre el primer trimestre de 1938), con Álvarez del Vayo como ministro de estado. Nada se consiguió tampoco con la retirada unilateral de voluntarios extranjeros en el último año de la guerra. Leer los extractos de los apasionados discursos de Giral, Álvarez del Vayo y Negrín en Ginebra resulta tan interesante como doloroso por esa mezcla de legitimidad e impotencia que reflejan: incluirlos en el texto es otro acierto.

En el libro el autor se plantea hasta qué punto los gobiernos republicanos cometieron errores graves, como aceptar la creación del Comité de No Intervención y posteriormente las comisiones de control: por qué -como defendían los representantes mexicanos en la SDN- no forzaron un pronunciamiento del Consejo apelando a los artículos del Pacto de Seguridad Colectiva previstos cuando se producían agresiones extranjeras contra un gobierno

legítimo. Su propia respuesta es que no hubiera servido para nada porque, en última instancia, el gobierno republicano dependía de la buena voluntad de Francia y Gran Bretaña; no contaba con fuerza suficiente para forzar ninguna alternativa. Abundando en este argumento, quizás hubiera merecido la pena haber explicado mejor la dependencia tradicional de España respecto a ambos países, porque la II República había intentado romper con ella a través del compromiso con la SDN pero, al fallar ésta, se volvía a la situación de partida.

También señala el autor las equivocaciones en algunos nombramientos diplomáticos fundamentales y, sobre todo, el no haber creado el puesto de delegado permanente ante la SDN desde 1936. La trascendencia de este último error queda aún más en evidencia cuando en el capítulo final del libro se comprueba la frenética actividad que fue capaz de desarrollar en ese puesto Jiménez de Asúa en 1939. Los fallos republicanos se achacan sobre todo a la carencia de personal cualificado, a la falta de interés de Largo Caballero por las cuestiones internacionales, a los enfrentamientos personales entre algunos de los actores políticos más relevantes y a la protección que Azaña ejerció en favor de su cuñado Cipriano Rivas Cherif. También se rescata del olvido la buena gestión de funcionarios poco conocidos, como Miguel Ángel Martín Luna, sin duda una gran pérdida para la carrera diplomática por su forzoso exilio político.

Estas interesantes aportaciones contrastan con la chocante malquerencia del autor hacia algunos personajes. A Salvador de Madariaga, le juzga como un hombre del *appeasement* por su temprano desencanto con la SDN y le acusa de no haber hecho nada por su país desde 1936 por resentimiento personal “hacia la izquierda”. En

el caso de Azaña, además de acusarle de nepotismo, entre otras insinuaciones negativas, afirma que fue quien acabó con las posibilidades republicanas ante la SDN desde 1937. Sorprende que no documente estas aseveraciones ni utilice las grandes biografías publicadas sobre ambos políticos. Del mismo modo desconcierta la descalificación global aplicada a quienes, espantados por la barbarie desatada, se integraron en la llamada Tercera España y a quienes ensayaron iniciativas de mediación para acortar una guerra brutal que estimaban perdida. También se reprueba la aplicación del asilo político en embajadas y legaciones al valorar sólo la cobertura dada a espías y francotiradores, sin justipreciar las vidas salvadas. No se tiene en cuenta la honradez intelectual y la intención humanitaria que pudo haber detrás de estas actitudes y acciones, sobre todo teniendo en cuenta que muchos de sus protagonistas acabaron en la tumba, la cárcel o el exilio. Los juicios de valor no ayudan a esclarecer las motivaciones de los actores históricos.

Otros personajes son menos cuestionados. Así, el autor no sigue la pista de las críticas vertidas contra Álvarez del Vayo, quien acumuló hasta mayo de 1937 los cargos dudosamente compatibles de ministro de estado y comisario de guerra. Personalidades tan poco sospechosas como Carlos Esplá, Pablo de Azcárate o Luis Araquistáin señalaron su exceso de protagonismo en la SDN y su desinterés por las decisivas relaciones con Francia y Gran Bretaña. Se optó por utilizar la plataforma de Ginebra sólo como arma de propaganda para dar a conocer la situación española e influir en la opinión pública, pero cabe preguntarse si se pudo haber hecho más en el ámbito bilateral, con la baza de Marruecos, por ejemplo, o colocando Baleares bajo el mandato de la SDN. Por último, siendo coherente

con el criterio aplicado al *appeasement* (la legitimidad política se mide por los resultados), el autor debería haber cuestionado la línea de resistencia a ultranza de Negrín, que también resultó infructuosa.

El lector hubiera agradecido una mayor concisión, sobre todo en la parte inicial del libro. El exceso de información hace que, a ratos, la narración pierda eficacia. Hay notas a pie de página demasiado largas y, en cambio, faltan referencias bibliográficas conocidas sobre el impacto de la guerra en Portugal, Suiza, América Latina o el asilo en embajadas. En todo caso el libro es interesante al demostrar que, como señaló un diplomático mexicano en 1937, “la única no intervención efectiva en la Guerra de España era la no intervención de la SDN”.

Rosa María Pardo
(*Universidad Nacional a Distancia*)

Maximiliano Fuentes Codera, *Un viaje por los extremos. Eugenio d'Ors en la crisis del liberalismo*, Editorial Comares S.L., Granada, 2017, 213 pp. / Javier Varela, *Eugenio d'Ors, 1881-1954*, RBA, Barcelona, 2016, 576 pp.

L'aparició, en un curt espai de temps, de dos llibres que s'aproximen a l'obra d'Eugenio d'Ors pot considerar-se una coincidència o el fruit d'un renovat interès entre el públic per l'obra i el pensament de l'escriptor barceloní. En tot cas, es tracta de dues obres que s'apropen a la figura de *Xènius* des de la biografia, entesa com metodologia d'anàlisi apta per indagar en la història cultural. Tot i així, són obres que parteixen d'objectius ben diferents i que en el desenvolupament tenen un abast i unes perspectives també diverses. No obstant, la seva lectura potser enriquidora i complementària, per al lector preocupat per aprofundir en el coneixement del filòsof bar-

celonès. A efectes pràctics i per tal de no carregar la lectura limitaré les cites, sol a alguns autors que han escrit sobre aspectes de la vida i obra de d'Ors, remetent al lector a les extenses bibliografies considerades pels autors, incloses les diverses edicions de les obres de l'escriptor barcelonès.

El llibre de Maximiliano Fuentes Codera és el resultat d'una tesi doctoral, llegida en la Universitat de Girona en el 2011, i centrada en la figura d'Ors, que interpreta l'evolució de l'intel·lectual català sota el prisma de la crisi del liberalisme vuitcentista amb el qual es va obrir el segle passat. El fil conductor que fa servir el professor gironí per explicar la zigzaguejant trajectòria del Pantarca és el seu rebuig de l'idea liberal tal i com s'havia desenvolupar des de la revolució francesa i de les seves derivades ètiques i estètiques, com el romanticisme i positivisme.

La metodologia per resseguir el camí de l'escriptor barceloní és la biografia intel·lectual. Fuentes estudia a fons la producció d'Ors contextualitzant-la en una història complexa que va de les circumstàncies personals més contingents a la seva adscripció als corrents intel·lectuals europeus i a l'impacte dels fets més rellevants del primer nou-cents, com ara la Gran Guerra davant la qual l'intel·lectual català va prenent posicions i aventurant formes d'intervenció que molt sovint són en aparença contradictòries. Enquadrar l'anàlisi del pensament d'Ors des d'aquest punt de vista suposa anar més enllà de l'explicació interna de la seva producció i enfrontar-se també a un tema que es central en aquesta: el del paper de l'intel·lectual davant la crisi de tots els referents del vuit-cents. Per tant, la frase, “el viatge al extrem que subtitula el llibre” posa a l'autor barceloní davant dels mateixos dilemes i paranys que s'obren a bona part de la intel·lectualitat europea. Per

dir-ho d'un altra manera el cas d'Ors s'ha de mirar en el procés que va des l'aparició contemporània de l'intel·lectual crític i intervencionista que obrí Èmile Zola amb el seu "*J'accuse*" (1898) a les denúncies sobre la claudicació dels intel·lectuals davant la pressió extrema de les ideologies del nou segle que realitzà Julien Benda a "La Trahison des clercs" el 1927. Un camí que portà a molts a l'assumpció progressiva d'ideologies antidemocràtiques. Com sabem, Xènius no escapà a aquest disseny.

Aquesta manera d'enfocar l'activitat de l'autor del *Glosari* té altres implicacions. Molts han volgut veure en la extensa trajectòria intel·lectual de Xènius una coherència de pensament entre les diverses etapes de la seva vida. De fet, ja havia estat el punt de vista d'alguna aproximació molt documentada com la "Revisión de Eugenio d'Ors (1902-1930) de Vicente Cacho Viu. L'evolució de l'intel·lectual barceloní emergia aleshores com un cas on estaven desenvolupant-se al llarg de tota la seva trajectòria aquests elements que més tard acabarien donant lloc al feixisme. L'aproximació de Fuentes defuig la linealitat d'aquest plantejament. L'adscripció al feixisme, o algunes de les seves formes, en d'Ors no és fruit per l'investigador gironí, d'un desenvolupament unívoc. Més aviat, el viatge als extrems del subtítol del llibre, vol posar de manifest que la trajectòria intel·lectual de Xènius passà per viaranyos que no necessàriament conduïen a l'autoritarisme feixista i s'obrí a connexions inesperades en moments ben diversos de la seva trajectòria.

D'Ors que inicià el seu recorregut, com uns dels primers intel·lectuals, que es podrien anomenar orgànics, en el marc de la Lliga Regionalista¹, haurà d'exercir la seva

tasca d'escriptor en circumstàncies ben diverses després de la seva "defenestració" de l'àmbit del regionalisme catalanista. Un recorregut que necessita de l'explicació històrica de l'anàlisi de la conjuntura i de les vicissituds biogràfiques per poder explicar-se. Tot i així el treball de Fuentes no és una biografia en sentit estricte, és una aproximació historiogràfica, que fa servir els mètodes biogràfics, com a eina pròpia de la història cultural intentant explicar sense prejudicis metodològics, les vicissituds que visqué l'intel·lectual barceloní, en aquest sentit prototip de reacció, davant la intensa i llarga crisi del món ideològic i institucional del liberalisme amb la qual s'inicià el segle XX.

El llibre de José Varela és una biografia i com apunta el mateix autor, una biografia intel·lectual en tota regla. Fa una lectura atenta i minuciosa dels diversos aspectes estètics, filosòfics, polítics i ètics de l'obra de d'Ors però també va més enllà apuntant on cal, la descripció d'ambients i de cercles, la interacció del biografat amb personatges rellevants i també tangencials, anotant les seves relacions familiars i personals, preocupant-se per la seva economia i dibuixant els trets d'una psicologia complexa sempre i quan aquests factors contribueixen a explicar l'evolució intel·lectual del biografat.

L'autor però, ens adverteix en el pròleg sobre la distància que manté amb el personatge. D'Ors no li sembla una personalitat que li sigui personalment atractiva. No es troba a gust amb el seu egocentrisme, la seva ubiqüitat personal, política i intel·lectual i el marcat oportunisme que caracteritzà moltes de les seves actuacions. El reconeix però, l'alçada intel·lectual, la seva vàlua d'escriptor i també la d'algunes de les seves intuïcions estètiques. Ressalta la seva capacitat per estar al dia i el seu paper com a transmissor, en diversos moments de

¹ Enric Ucelay Da Cal, *El imperialismo catalán, Prat de la Riba, Cambó y D'Ors a la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona, 2003.

la seva trajectòria, de corrents importants de pensament europeu, en un medi com el hispànic, que no es caracteritzava per donar facilitat a les empreses culturals.

D'una manera més general, Varela considera que bona part dels estudis sobre d'Ors s'han centrat en algunes de les seves etapes intel·lectuals, atenen aspectes i dinàmiques concretes. Destaquen en aquest sentit molt particularment les aproximacions escrites des de l'òptica catalana. El paper central de l'escriptor barcelonès en la definició i posta en marxa del noucentisme justifica amb escreix l'interès que ha suscitat des de la historiografia i la crítica literària catalanes. Tot i així, apunta el sociòleg i historiador madrileny, l'interès pels períodes posteriors de la trajectòria intel·lectual de Xènius, des de que s'instal·là a Madrid a partir de 1922, reflecteixen una certa manca d'interès per part de la historiografia, deguda en part per la seva relliscosa trajectòria que l'apropà progressivament al feixisme. L'interès del biògraf està en rescatar una visió de conjunt que ensenya el personatge d'una manera unitària i fer-ho des d'una perspectiva hispànica. Amb la qual cosa nodefug l'estudi en profunditat de l'etapa catalana. En ella, es troben els elements germinals del seu pensament.

La lectura atenta i l'esforç per contextualitzar una obra dispersa com la de d'Ors donen un valor afegit al treball de Varela. La importància que es dona a la descripció d'ambients i de la vida intel·lectual afegeix una dimensió interpretativa per veure la interacció amb els intel·lectuals i la política a Madrid i a Barcelona.

L'abast de les dues obres obligà a seleccionar i centrar-nos en un moments claus de la biografia de Xènius. Podem parlar de l'èxit d'un jove intel·lectual modernista que es transforma en arbitra de la vida cultural catalana. Una primera escomesa és ex-

plicar l'èxit d'un desconegut jove de classe mitjana que pot, en relativament poc temps, abanderar una generació d'intel·lectuals professionals i donar, al menys una part del contingut cultural amb el qual funcionà el catalanisme polític i el seu entorn en un moment de forta empenta institucional.

Tot i la seva insistència posterior anti-modernista, el jove d'Ors es formà en el corrent vuitcentista, com es veu a la seves obres inicials. D'aquest moviment rebrà una manifesta influència d'intel·lectuals com Pompeu Gener i sobretot, com assenyalen els biògrafs, del mallorquí Gabriel Alomar. Aquest darrer orientava la seva reflexió envers la crítica del decadentisme i tindrà una important ascendència sobre el jove Xènius. D'ell prendrà l'*arbitrarisme*, concepte nuclear en la reflexió estètica de l'escriptor barcelonès el qual anirà perfilant durant els primers anys del *Glosari*. El 1903 participà en el primer Congrés Universitari Català i a l'any següent el trobem col·laborant en una secció del diari d'orientació nacionalista republicana *El Poble Català*, on ja començà a utilitzar els pseudònims de Xènius i d'Octavi de Romeu pel qual seria conegut. En aquest diari començà a mostrar-se crític amb el impressionisme i amb el simbolisme i a formular les pautes d'una estètica pel nou segle.

Va ser també en aquella publicació on publicà l'article *Noruega imperialista* on es referí per primera vegada la seva teoria de l'imperialisme, que acabaria sent un dels eixos de la seva visió política al llarg de pràcticament tota la seva producció intel·lectual. Paral·lelament acabà els seus estudis de dret i començà a escriure a Madrid una tesi doctoral sobre el mateix tema. Tesi de la qual no ha quedat constància que arribi a presentar i que es coneix sol indirectament pel contingut dels articles que anà publicant durant aquells anys. En síntesi,

d'Ors concebia la història, al menys des de la caiguda de l'Imperi romà, com un constant enfrontament entre, per una banda les forces disgregadores (el feudalisme, la Reforma, el nacionalisme o el mateix regionalisme, productes d'aquests darrers típics de l'ideal romàntic liberal del vuit-cents) i per altra les forces unificadores (el Sacre Imperi Romano Germànic, Napoleó, o el modern imperialisme) aquestes no eren sol entitats polítiques sinó que es constituïren en grans corrents de síntesi de la cultura i la vida d'una època.

Aquest impuls imperial portava també cap una nova moralitat, una exigència d'intervenció que interpel·lava directament la nova generació d'intel·lectuals i devia anar en la direcció de superar l'estretesa egoïsta de la moral burgesa del segle XIX i el torremarfilisme, que havia caracteritzat la generació intel·lectual que havia conreat el simbolisme a les acaballes del segle. Altra mite del repertori orsià del qual començarà a posar els fonaments en aquest moment va ser el de la *Ciutat*, en la seva accepció clàssica, que equival a la realització d'un Estat, que devia encarnar l'impuls imperialista. El qual es fonamentava en un ideal ciutadania que resolva el problema de la cohesió social com havia succeït en la civilització clàssica greco-romana. Aquest presa de l'ideal clàssic com a referent era paral·lela a la reivindicació de un mediterranisme que buscava l'equilibri dels arrels estètics grecollatins, una idea que connectava amb les idees de Maurras i l'Action Française, com veurem de seguida.

El 1906 es produí el canvi des del *Poble Català* al portaveu de la Lliga *La Veu de Catalunya*; segurament va influir l'interès material de Xènius, que el mateix any s'havia casat amb l'escultora Maria Pérez-Peix. La col·laboració a *La Veu* comportà una corresponsalia a París, on el jove escrip-

tor residí els propers quatre anys. Malgrat tot, no s'ha de perdre de vista que l'inici de la publicació del *Glosari* al diari regionalista comptà amb l'aprovació i l'interès del director de la publicació i dirigent del partit, Enric Prat de la Riba, que segurament buscava atraure un públic jove entre els universitaris nacionalistes. S'ha de tenir present que la incorporació de d'Ors al diari coincidí amb la formació i la plena empena política de la Solidaritat Catalana, la qual cosa va permetre l'accés electoral de la coalició al control de la diputació de Barcelona de la qual Prat de la Riba serà president. En aquest context el líder regionalista publicà *La nacionalitat catalana*, que es transforma en el llibre de referència del catalanisme polític. Prat de la Riba afegí un capítol sobre l'imperialisme que tancava el llibre. Les raons per les quals el dirigent catalanista l'hi afegí al seu compendi poden diverses i totes discutibles però per Xènius el líder conservador recollia la seva teoria de l'imperialisme, la qual cosa el vinculà a Prat, amb un reconeixement, que malgrat els problemes que pogueren tenir en determinats moments, seria gairebé de per vida i es torna especialment important per valorar l'etapa catalanista de l'escriptor barceloní.

Un altre aspecte que cal considerar aquí és el de la relació del jove corresponsal a París amb els corrents antiliberals que van donar-se a la França del període. Pels dos biògrafs es tracta d'un element substancial per entendre el pensament de d'Ors, la relació amb el nacionalisme monàrquic integral de Charles Maurras i la lectura i seguiment de les teories de l'escriptor sindicalista revolucionari Georges Sorel. Els escrits d'aquest període revelen una influència important, que exagerant es pot interpretar com un cas de particular adaptació del classicisme del francès a l'entorn

català. Ala Barcelona de l'època Maurras i l'acció francesa feien furor en els medis intel·lectuals.² Les dues biografies que tenim sobre la taula s'encarreguen de mostrar com la relació de Xènius amb Maurras i el seu entorn, es donà al llarg de diferents moments de la seva vida i distà de ser una relació unívoca i simple. D'Ors recriminà a Maurras el seu nacionalisme, que trobava estret i romàntic, així com la marcada influència del positivisme. El valor de les biografies que comentem està en mostrar aquesta dinàmica en la qual la relació varia condicionades per les necessitats i conjuntures polítiques que es van succeint al llarg de quasi 50 anys. L'inici de la Gran Guerra va marcar un dels moments més importants d'aquest distanciament, com veurem més avall, a l'adoptar el pensador i activista francès una aferrissada posició d'enfrontament envers la cultura Alemanya, que l'escriptor barcelonès li recriminarà recordant-li els arrels germànics de bona part del seu pensament. Fins al final de la seva vida, a la hora de fer balanç de la trajectòria de Maurras, en ocasió de la seva mort el 1952, Xènius mantindrà els retrets que van caracteritzar una llarga relació.

L'èxit del *Glosari* es traslluí en l'acceptació dels sectors de joves professionals de classe mitjana que ràpidament es van començar a identificar amb les propostes de Xènius, tot coincidint amb la forta embranzida política del catalanisme de la Solidaritat Catalana. La Setmana Tràgica va suposar un cop a tant optimisme col·lectiu, el somni de la Ciutat es veia trencat per la realitat de l'aixecament popular i l'arbitrària cruesa amb que es va produir la repressió posterior. L'impacte va ser terrible i va afectar la Lliga i en particular a Prat

² Xavier Pla (curador) *Maurras a Catalunya: Elements per a un debat*. Quaderns Crema, Barcelona, 2012.

de la Riba, al menys durant el 1910, l'ideal noucentista reiterat per Xènius va quedar malmès davant cop de realitat.

D'Ors tornà a Catalunya el 1911 en un moment en que el partit regionalista es començava a refer. El mateix any en que es creà la Secció Filològica de l'institut d'Estudis Catalans que portarà a termini el projecte de normalització lingüística, Xènius fou nomenat secretari de la institució d'alta cultura. Aquest anys el consagren com el referent intel·lectual del noucentisme, la publicació de l'*Almanach del noucentistes* sembla plasmar públicament l'èxit militant. Però, és l'aparició de *La Ben Plantada*, on sintetitza l'ideal de pàtria a través de la figura d'una dona, la qual resum la serenor del classicisme, el mediterranisme, l'arbitrarisme que havia predicat des del *Glosari*, la que li acaba de consagrar com l'escriptor de referència per tota una generació.

Els biògrafs insisteixen que aquell fou moment de plena acceptació del *Pantarca* a l'àmbit barceloní i mostren com des de la seva posició i malgrat les influències del nacionalisme antiliberal francès és capaç de adaptar-se de manera pragmàtica a la política parlamentària de la Lliga Regionalista. En tot cas, s'ha insistit poc, en que la pulsó intervencionista de la intel·lectualitat del nou-cents, trobà a Catalunya, a diferència del que passava a França i a Itàlia, la possibilitat d'una militància institucional. És ara quan l'intel·lectual a Catalunya, esdevé amés, funcionari de la primera institucionalització del regionalista. Però, tot no eren llums, el mateix any d'Ors s'havia presentat a una oposició a una càtedra universitària de Psicologia. El tribunal d'oposicions, l'hi va donar a un altre candidat de menor prestigi amb un sol vot al seu favor, el d'Ortega i Gasset. Xènius agreujat va culpar del seu fracàs a obscurs designis eclesíastics i amés va tenir un enfrontament amb Prat de la

Riba perquè considerava que el partit no havia fet prou al seu favor. Coincidí també que els intel·lectuals de la madrilenya Residència d'Estudiants organitzaren un acte de desgreuge a l'Ateneu de la capital, marcant un punt d'inflexió d'una relació amb els intel·lectuals castellans que s'aniria incrementant els anys següents.

De totes maneres, la posta en marxa de la Mancomunitat va servir a Prat per reconduir la situació anomenant-li director del Departament d'Educació Superior del Consell de Pedagogia de la Mancomunitat i a partir d'aquí s'iniciaren uns anys de frenètica activitat en el compliment dels seus deures com alt funcionari de la Mancomunitat. Paral·lelament començà a escriure una sèrie de Gloses que publicarà, més tard, com a *Lletres a Tina*, suposadament les cartes que escriu a una nena austríaca. En elles l'escriptor desenvolupa la idea de que la Gran Guerra havia de ser contemplada en un pla superior, i des d'aquest punt de vista, l'enfrontament bèl·lic entre França i Alemanya constituïa una Guerra Civil Europea. D'Ors reprenia i madurava la idea expressada els anys anteriors d'una Europa unida sota dos principis els de la cultura germànica i el de la mediterrània llatina, que metafòricament es devien unir en una nova reedició del Sacre Imperi Romano Germànic, on la civilització llatina i sobretot l'imperialisme català devien tenir un paper rellevant.

Ara, d'Ors defensant la causa de la unitat d'Europa, s'allunyava paradoxalment dels que havien estat els seus referents intel·lectuals a França, els nacionalistes de l'Acció francesa, els quals tancaven files amb la bandera d'un sever nacionalisme que dirigia les seves crítiques, amb esperit de combat, a les principals manifestacions de la cultura Alemanya. Desenvolupant un joc d'antinòmies veia en la síntesi entre el principi

d'autoritat germànic i la raó representada pel pensament llatí, l'albir d'una nova Europa, que amés posaria fi a la tradició anàrquica representada per la herència de la revolució francesa que s'havia perllongat durant el vuit-cents.

Aquests plantejaments inicials són els que el van vincular amb aquells que denunciaven la guerra, i per tant el van portar a un sobtat canvi d'amistats intel·lectuals. Xènius s'aproximà a Romain Rolland i a d'altres intel·lectuals del pacifisme. En aquesta escomesa posarà sordina als aspectes més autoritaris del seu pensament i subratllarà aquells altres que l'apropaven a uns intel·lectuals que provenien d'una tradició liberal.

Tot i que Espanya es va mantenir neutral, l'opinió pública es va dividir, en el que es va anomenar com "la guerra de paper", entre els aliadòfils, partidaris dels aliats i especialment identificats amb la República Francesa i germanòfils partidaris dels Imperis centrals. Els primers, en general, comprenien a les esquerres; amb els segons s'identificaven els elements d'ordre, els partits conservador si aquells que s'emmirallaven en el tarannà autoritari de les nacions germàniques. Catalunya era majoritàriament aliadòfila, mentre bona part de la direcció de la Lliga Regionalista i també alguns intel·lectuals que havien tingut relació amb el món germànic a través de les borses d'estudi, es comptaven entre els partidaris dels imperis centrals.

En aquest context es va produir la formació del Comitè dels Amics de la Unitat Moral Europa impulsat per d'Ors i el seu cercle. Els sectors aliadòfils, el van criticar d'immediat com una manifestació d'oportunisme dels intel·lectuals de l'entorn de la Lliga, als quals acusaven de dissimular la seva germanofília sota la cortina d'un neutralisme culpable. No va ser aquesta la

recepció que va tenir més enllà de les fronteres, on els portaveus pacifistes es van fer ressò de la seva activitat, tot i que també la crítica del nacionalisme francès tampoc es va fer esperar. La deriva del Comitè impulsat per Xènius i les seves activitats va tenir el correlat sorprenen de la seva relació intensa amb els principals sostenidors del pacifisme europeu. Es a dir, es va produir un trastocament de les seves "aliances" externes que es desplaçaren vers al sectors liberals que denunciaven la guerra i que eren ben distants dels cercles nacionalistes amb els quals havia entrat en relació durant la primera dècada del segle. La investigació de Fuentes Codera, en part publicada anteriorment, es clau per ressituar en un context molt més complex i menys lineal, que el mateix d'Ors va voler silenciar al final del seus dies.³

Durant els anys de guerra s'intensifiquen també els contactes de l'escriptor català amb publicacions i nuclis d'intel·lectuals d'àmbit castellà. Per un cantó amb el nucli d'intel·lectuals que es belluguen al voltant d'Ortega i Gasset i la revista *Espanya* que seran de gran utilitat quan més endavant comenci el seu trasplantament a Madrid. En aquest sentit seguint a Javier Varela, que fa una lectura minuciosa d'aquestes incursions de Xènius, subratllant la seva ambivalència, una especial habilitat per no dir exactament el mateix en Barcelona que fora.

Dins d'aquestes anades i tornades peninsulars destaca també els inicis d'una relació que es perllongarà en el temps i ha de ser especialment tinguda en compte en la reconstrucció d'aspectes crucials de la biografia de l'autor. Després de la seva

conferència de 1915 en la *Societat El Sitio* de Bilbao d'Ors establí un contacte que es tornarà cada vegada més estable amb el nucli d'escriptors i editors bilbaïns que es coneixerà posteriorment com l'Escola Romana del Pirineu, encapçalada per Ramon de Basterra i un , aleshores jove, Rafael Sánchez Mazas, redactors de la revista *Hermes*, en la qual col·laborà Xènius i des de la exercí una notable influència.

L'activitat oficial del *Pantarca* des dels seus càrrecs a la Mancomunitat va ser especialment intensa els anys de la Gran Guerra. El seu tarannà personalista no deixà de generar recança entre alguns dels seus col·laboradors, la qual anirà en augment quan més egolàtriques i independents fossin les seves actuacions. Pel moment va gaudir de la confiança de Prat de la Riba que li servi de protecció davant el nombre creixent del seus detractors.

El 1917 serà en aquest sentit un any rellevant. Destacà la participació a la campanya Per Catalunya i l'Espanya Gran. Però, a l'agost d'aquell any morí Enric Prat de la Riba i el nostre autor perdé el seu principal valedor. D'Ors guardà tota la seva existència un gran respecte per la seva figura. Varela subratlla la peculiar psicologia de Xènius, emparant-se sempre en el la figura de l'home fort, Prat en aquest cas, com més endavant veurà un model semblant en el dictador portuguès Oliveira Salazar.

Però, aquesta relació cordial, malgrat l'existència documentada de situacions de tensions i enfrontaments, no va ser igual a la mantinguda amb el substitut de Prat al capdavant de la Presidència de la Mancomunitat, Josep Puig i Cadafalch. Des d'un primer moment el nou president va manifestar una creixent animadversió contra d'Ors que els biògrafs troben ben documentada en els papers del legat de l'arquitecte i dirigent regionalista. Les crítiques a

³ FUENTES CODERA, Maximiliano, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugenio d'Orsenlos primeros años de la Gran Guerra*, Pagès editor, Lleida, 2009.

Xènius no sol van provenir de l'entorn de Puig sinó que , com recorden els biògrafs van sumar també les de molts d'aquells que havien figurat entre els seus deixebles i seguidors com ara, Josep Maria Lopez Picó o Jaume Bofill i Mates, aquest últim amb un paper destacat en el procés que acabà la separació de D'Ors dels seus càrrecs.

L'any 1917 va ser també un any de fortes convulsions polítiques i socials que van aguditzar la crisi del sistema de la Restauració. La Gran Guerra iniciava una fase definitiva amb l'entrada dels Estats Units, que donaria lloc a la creixent influència del president Wilson. Mentre el final del conflicte s'anunciava proper i s'estenia la por a la crisi social empeltada per les nefastes conseqüències econòmiques i polítiques que havia provocat la conflagració, com posà de manifest la revolució bolxevic de l'octubre. A partir d'aquell moment començà a produir-se un viratge important en la trajectòria intel·lectual de d'Ors que progressivament s'apropà al sindicalisme obrerista, el republicanisme i a un tipus de socialisme d'arrel soreliana que acabà desconcertant als medis de la Lliga Regionalista.

A les greuges que provenien dels entorns de la presidència de la Mancomunitat, segons expliquen els biògrafs es va unir la pressió dels sectors eclesiàstics de Barcelona que veien en les manifestacions esquerranes de Xènius un fet incompressible d'aproximació d'un intel·lectual de la Lliga a un perillós recolzament de posicions obreristes. La publicació d'una traducció de *Noves d'enlloc* de l'escriptor socialista anglès William Morris dins la col·lecció Minerva va afegir un nou motiu de greuge i pressió sobre Puig per part d'alguns eclesiàstics barcelonins.

Al desembre de 1919 el conflicte esclatà a partir d'un aspecte administratiu de la

gestió que havia fet d'Ors del pressupost destinat a la creació de Biblioteques Populars. La controvèrsia entre el Director d'Instrucció Pública i el President de la Mancomunitat es va veure agreujada durant el procés de reorganització subsegüent al traspàs de funcions de les Diputacions a l'organisme mancomunat, una manera d'enfortir la institució comuna després del fracàs de la campanya autonomista de 1919. En concret, a la discussió pel pressupost de la Biblioteca de Canet de Mar pel qual es sancionà a Xènius al desembre, s'afegí al gener ,durant el traspàs el repartiment d'alguns dels seus càrrecs amb més contingut efectiu, la qual cosa motivà la renúncia del Pantarca, i la seva denúncia dels motius ideològics que s'amagaven darrera les accions aparentment administratives.

A les maquinacions de caràcter burocràtic s'afegí la participació activa en la seva caiguda de molts dels seus antics deixebles i amics. De fet, la paraula, per plantejar les acusacions a l'assemblea del gener, la va prendre Bofill i Mates centrant-se en l'acusació de personalisme. Els mesos següents els enfrontaments i les denúncies es van repetir fen palesa la defecció del sector intel·lectual-professional, que es consolidà aleshores, amb el seu antic mestre i orientador, a la vegada que prenien una direcció política ben diferent a l'orsiana.⁴Paradoxalment, D'Ors actuà com a intel·lectual lliure en el sentit més vuitcentista, davant de la consolidació de la figura de l'intel·lectual orgànic, en aquest cas l'intel·lectual funcionari, que acompanyà el procés de consolidació institucional a Catalunya i que el mateix havia contribuït a formar.

L'escriptor barcelonès anà perdent els seus càrrecs als diversos organismes de la

⁴ Jordi Casassas, *La voluntat i la quimera. El noucentisme català entre la Renaixença i el marxisme*, Pòrtic, Barcelona, 2013, pp. 213-243.

Mancomunitat, abandonant finalment la Secretaria de l'Institut d'Estudis Catalans, a l'abril de 1920. Els suports de d'Ors a Catalunya van ser en general minsos i van provenir del món republicà. El periodista republicà Marius Aguilar el va acollir a les pàgines d'*El Dia Gráfico*. També la premsa lerrouixistes es va fer eco de l'afer Xènius. El cas d'Ors rebé l'atenció de la premsa de Madrid, des d'on es denuncià la seva situació, que es va entendre com un problema de persecució ideològica. De fet, els suports que va rebre serviren per més endavant per preparar el seu trasllat definitiu a Madrid, que es produiria el 1923.

Durant aquest tres anys d'Ors estaria proper, i així era vist des de fora, al sindicalisme obrerista i políticament al món republicà. Tot i així, el seu pensament mantenia molts dels elements de caràcter autoritari i antiliberal que l'havien caracteritzat. El gir polític cap al conservadorisme autoritari i monàrquic és produí, més tard, durant els anys de la Dictadura de Primo de Rivera. El 1921 visità l'Argentina com a professor convidat. Aquest viatge proporcionà noves relacions i noves perspectives al conferenciant barcelonès. De tornada a Europa canviarà progressivament d'àmbits socials i no sol pel trasllat a Madrid, sinó també perquè començarà a freqüentar nous cercles intel·lectuals i a establir noves relacions personals. Javier Varela, mostra magistralment aquest procés posant èmfasi en l'ambigüitat calculada de moltes de les seves intervencions públiques a l'arribada a la capital del regne. Després començà la seva col·laboració a la premsa monàrquica i novament les seves estades a París, on recuperà els ambients de la dreta intel·lectual que havia freqüentat feia anys. Al final de la dècada era un intel·lectual conservador i monàrquic conegut

fora d'Espanya sobretot per la seva activitat con a teòric i crític d'Art.

Els dos treballs que tenim a la mà insisteixen en un punt: cal donar nova importància a la influència que va tenir d'Ors sobre el falangisme. Fuentes Codera avança alguns elements que considera necessaris per aquesta nova consideració de la influència en el falangisme del pensament de d'Ors, sempre insistint que el seu pensament no va ser en absolut lineal ni va apuntar des d'un principi vers el feixisme. Varela, al seu torn, dedica un extens anàlisi de la trajectòria intel·lectual de d'Ors als anys 20 i 30, i de les seves relacions amb els escriptors i activistes, que es van moure en el univers de la ultradreta espanyola i en concret dels que acabaren formant part de Falange. A més, el seguiment biogràfic li permet considerar altres dimensions més enllà de la intel·lectual, com ara la seva militància i les seves relacions posteriors amb el franquisme. Xènius no s'integrà a Falange fins la Guerra Civil, i la seva participació activa a l'aparell cultural del franquisme i els vincles que mantingué amb el règim son també considerats en aquest llibre.

La influència de d'Ors sobre el falangisme sembla haver estat menystinguda, si es compara amb l'ascendent que se sol atribuir al pensament d'Ortega o en un registre menor al d'Ernesto Gimenez Caballero. Les dues aproximacions biogràfiques en canvi insisteixen en parlar d'una influència ideològica important sobre el pensament d'alguns dels elements més conspicus de Falange i en especial del mateix José Antonio Primo de Rivera. Per tant es tracta d'una influència que es va exercir tant directament com també indirecta, a través del seu ascendent obre els integrants del partit feixista i especialment sobre aquells que acabaran integrant-se en l'anomenada cort literària del fundador de Falange. De

manera indirecta, s'ha assenyalat, la influència de les idees de Xènius a través dels joves impulsors de la revista catalana *Mesidor* que entraren en contacte amb l'escriptor avantguardista i ideòleg del feixisme espanyol Ernesto Gimenez Caballero (Gecé) i en les col·laboracions de l'escriptor barceloní en revista dirigida per aquest darrer, *La Gaceta literaria*.⁵ De totes maneres, el pensament Gecé begué també d'altres fonts que no són les de d'Ors, com ara el pensament dels escriptors del regeneracionisme o directament del mateix feixisme italià. Malgrat tot, com assenyalava Fuentes Codera, algunes de les seves concepcions tenen un evident paral·lelisme amb les de Xènius, com ara, el seu antiliberalisme, l'interès per l'autoritarisme i la revolució russa, i la idea d'Imperi.

De forma molt més directa es produí la influència sobre el grup de redactors de la revista *Hermes*. D'aquest grup amb el qual d'Ors havia començat a relacionar-se, com ja s'ha esmentat, durant la Gran Guerra, destacà especialment per la proximitat de la relació personal i la per la receptivitat a les idees de Xènius, l'escriptor bilbaí, Rafael Sánchez Mazas.

A diferència de l'escriptor català, Sánchez Mazas va residir a Itàlia als anys vint i va conèixer de primera mà i rebre la influència directa del feixisme italià. Eugeni d'Ors va estar atent a l'emergència del nou règim feixista a Itàlia però durant molt de temps, va ser crític amb la figura de Mussolini, de fet no va canviar crítiques en elogis al dictador italià fins la Guerra Civil. Xènius veia inicialment a Mussolini més com un dictador romàntic que com el dirigent d'un moviment autoritari modern.

Tornant a Sánchez Mazas, des de Roma va prendre la idea de Xènius, de l'Imperi

Romà com a matriu clàssica d'una idea d'Europa, tant legítimament italiana com espanyola, que s'havia anat repetint al llarg de la història, des de l'imperi Carolingi a Carles V. L'Imperi era d'aquesta manera la possibilitat de una nova culminació del destí d'Espanya, la qual devia superar la idea contingent de nació, per ubicar-se, en un pla universal on podia tornar a arrossegat a d'altres nacions. Una visió que l'escriptor bilbaí va segurament contribuir a que el líder de la Falange José Antonio Primo de Rivera la incorporés a l'ideari del feixisme espanyol.

Com afirma Joan M^a Thomàs, en una recent biografia del dirigent falangista,⁶ el seu pensament era d'alguna manera una síntesi de la influència múltiple de diversos autors però, sobretot va destacar l'ascendent d'Ortega y Gasset y en segon lloc, el d'Eugeni d'Ors. Varela al seu torn insisteix en subratllar que la importància del pensament del barcelonès va més enllà del que tradicionalment se l'ha reconegut.

Com bé assenyalava el biògraf, potser que el d'Ors posterior a la Guerra Civil volgué magnificar la seva relació personal amb José Antonio, hi ha evidència però de contactes directes, tot i que es raonable inferir que la influència en el seu pensament es manifestés de manera més definitiva a través dels seus col·laboradors i amics propers, com exemplifica el cas de Sánchez Mazas. És cert l'entusiasme manifestat per Xènius davant alguns aspectes del famós discurs de Primo de Rivera al teatre de la Comèdia en el qual es definí l'ideari falangista i de la mateixa l'aparició de la Falange, a la que veia com una força nova en la que en molts sentits es complien aspectes de la seva pròpia prèdica. Però, d'Ors no s'integrà al fa-

⁵ Enric Ucelay Da Cal, *El imperialismo catalán...*, op. cit., pp. 793 i ss.

⁶ Joan M^a Thomàs, *José Antonio Mito y realidad*, Ed. Debate, Madrid, 2017, cap. 4: "El ideario fascista de José Antonio".

langisme fins la Guerra Civil i el personalment durant el període previ a la guerra no semblà abandonar la seva identificació política amb un autoritarisme monàrquic que havia manifestat des de la dècada de 1920.

La idea de l'Imperi és la que evidencià més clarament l'empremta de d'Ors en el pensament del fundador de falange. Però n'hi d'altres, algunes difícils de destriar d'altres influències, com la de Maeztu o Ortega. La idea de José Antonio, de rodejar-se d'una "cort literària", que pot atribuir-se a la intenció del dirigent falangista de diferenciar-se de la manera de fer política del seu pare, però que connectava també amb la concepció del paper de les èlits d'Ortega i de la visió que des del primer noucentisme d'Ors manifestà de les minories instruídes i la seva reivindicació de com entenia la seva idealització de l'Il·lustració. La crítica a Rousseau amb el que s'inicia el discurs pronunciat per José Antonio al Teatre de la Comedia de Madrid, té un origen clarament relacionat amb la crítica al concepte de la sobirania nacional que va fer d'Ors. La sobirania nacional, que emergeix de les pàgines del *Contracte Social* escrit pel pensador ginebrí, va ser el fonament tant de l'estat liberal del vuit-cents com del democràtic, i per tant un concepte rebutjable en la mesura que relativitzava la idea de veritat, fent-la dependre de les variacions de majories als parlaments i no del caràcter immanent de la veritat. En el llenguatge de Xènius, la idea de natura, en la que es recolzava Rousseau, devia respondre sempre a la de cultura.

La manera com Xènius concebé l'Estat, com un instrument posterior a la realitat de la nació, va ser recollida també en la construcció de l'ideari falangista. L'Estat es transformà en un instrument al servei de la nació per realitzar els seus fins, la qual cosa connectava també amb la moral d'interven-

ció del seus dirigents per dirigir i modelar l'ideari de les masses. La "política de missió" de la qual començà a parlar l'escriptor barceloní en el seu període noucentista i sobre la qual publicà una sèrie de gloses a inicis de la dècada de 1930 i que ara semblava veure-la encarnada en el falangisme. Però, com ja hem dit, si es quedava en la nació, es quedava en un concepte que contenia l'ideal de representació popular del vuit-cents i s'havia d'anar més enllà vers una realitat més universal com era la de l'imperi, que la feia transcendent a l'hora que la negava. Imperi i catolicitat, entesa com també l'havia entès Ramiro de Maeztu, representaven aquest ideal universalista. En el llenguatge d'Ors, el romanisme imperialista, representava el seu eón (temps, període, model) polític, justament perquè reunia les dues coses, davant del eónateniense (la democràcia) i l'eón espartà (el militarisme nazi). El classicisme mediterrani obria un espai on era possible imaginar arrossegar altres països a una aliança i reeditar una part del somiat imperi Romano Germànic, sobre el qual tant havia insistit.

En la pràctica el falangisme no va passar mai d'un nacionalisme abrandat "meitat castrense, meitat religiós", ben lluny de donar algun tipus de realitat al universalisme que predicà l'escriptor barceloní i que a través d'ell arribà a l'ideari joseantonianà.

Com consideració final, caldria afegir que Eugeni d'Ors va insistir durant els seus anys de maduresa en que les seves categories d'anàlisi polític, com els seus elements d'una teoria de l'art o els conceptes en els quals va pretendre fundar un sistema filosòfic van experimentar poques variacions al llarg de la seva existència. Xènius veia una unitat essencial en la seva biografia. El que va canviar essencialment eren els àmbits d'aplicació. L'escriptor barcelonès pensava que amb el seu trasllat a Madrid havia

canviat de medi però no essencialment de teoria. S'havia limitat a substituir unes realitats per unes altres. La teoria de l'imperialisme, per exemple, que va formular en el context del catalanisme liderat per Prat de la Riba considerava, que canviant les circumstàncies i els actors, s'aplicava a l'Espanya del falangisme i més tard a través d'ella al franquisme.

La biografia intel·lectual escrita per Javier Varela intenta desmuntar aquesta visió autocomplaent. L'aparent unicitat de l'obra de l'escriptor barcelonès s'enfronta a l'adaptació, els silencis intencionats, els canvis de postures i la contradicció d'una vida que va passar per moments i circumstàncies complexes. Aquesta visió gens complaent no amaga reconeixements com ara, la seva prodigiosa capacitat de treball, el nombre extens i la qualitat de la seva obra periodista, la seva intuïció com a crític d'art. Varela no creu que d'Ors fos com va pretendre, un filòsof sistemàtic, ni que les categories de la seva teoria de l'art fossin del tot originals. L'actitud ambivalent i a vegades contradictòria, queda ben reflectida en capítols com ara "Las dos procesiones" que mostra el joc del Pantarca quan es traslladà definitivament a Madrid i els factors que influeixen en la seva alineació amb la dreta conservadora o els medis europeus que li donen cabuda però també el seu joc per buscar medis de supervivència i encàrrecs. Més enllà, de la personalitat particular de Xènius, aquest recorregut vital no va ser estrany al d'altres intel·lectuals de la primera part del segle passat. La capacitat del biògraf ha residit justament en posar de manifest la multiplicitat de circumstàncies, des de la personalitat complexa i egòlatra del personatge, als ambients i els fets que van condicionar el seu pensament. Els diferents corrents intel·lectuals amb els quals d'Ors va entrar en contacte, que van ser

molts i diversos i que van sintetitzar i transformar per adoptar-los al seu propi sistema. La continuïtat sobre la que es basà per ordinar les línies mestres de la seva autobiografia entra en contradicció, com assenyalen els dos treballs que comentem, amb el sinuós camí vital que el va tocar recórrer.

Fuentes Codera apunta l'operació de maquillatge feta pel vell Pantarca construint-se una homogeneïtat biogràfica que en realitat mai va existir. D'aquesta manera reinterpretava o directament silenciava algunes preses de posició polítiques o intel·lectuals que van ser contradictòries entre sí. Així, es presentava com un dels primers que va intuir les claus de l'autoritarisme modern i de nou sindicalisme, que van caracteritzar l'ideari falangista. En realitat, silenciava l'adopció de postures contradictòries, com hem explicat, en diferents moments de la seva trajectòria i molt especialment durant la Gran Guerra i els anys immediatament posteriors. El mateix tractament el van rebre les persones o els cercles intel·lectuals amb els quals va entrar en contacte. Fuentes, que ha investigat a fons el tema, posa de manifest la reinterpretació que fa d'Ors de Romain Rolland, deixant de banda o silenciant les estretes relacions que va mantenir el jove Xènius amb el pacifisme europeu.

D'aquesta manera algunes de les interpretacions més recents de la seva biografia, que el presenten com un dels primers definidors d'alguns trets essencials del falangisme estarien condicionades per la pròpia reconstrucció biogràfica efectuada pel Pantarca. El llibre de Vicente Cacho Viu, *Revisión de Eugenio d'Ors*,⁷ seria l'exemple més reeixit d'aquesta tesi. En clau

⁷ CACHO VIU, Vicente, *Revisión d'Eugenio d'Ors (1902-1930). Seguida de un epistolario inédito*, Quaderns Crema -Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Barcelona, 1997

d'història intel·lectual presentaria un d'Ors enquadrat dins d'un poderós corrent pre-feixista prenent per base la teoria sobre els orígens intel·lectuals del feixisme sostinguda per l'historiador Zeev Sternhell. Teoria que ha estat revisada i criticada per la historiografia actual en la mesura que dona per suposat un procés lineal que condueix des dedeterminats posicionaments, com ara el nacionalisme maurasià, o les teories sobre la violència del sindicalista Sorel, de manera teleològica a explicar la irrupció posterior del feixisme.

Vist des d'aquest punt de vista, assenyalant la Fuentes, quedarien enfosquits aspectes fonamentals de la trajectòria de l'escriptor barceloní i sobretot, es simplificaria el entrecruament i les influències mútues entre corrents aparentment contradictòries entre sí, com el nacionalisme autoritari, el pacifisme europeu de la Gran Guerra, el sindicalisme i el republicanisme de la postguerra. Aspectes que van quedar amagats quan va voler presentar-se com un precursor del falangisme durant el darrer període de la seva vida. Com diu el seu biògraf, es molt difícil justificar una relació teleològica que vagi de Xènius directament al feixisme, si es repassa la seva complexa trajectòria. En tot cas, l'únic denominador comú entre aquestes postures contradictòries va ser un quasi constant antiliberalisme.

Per últim, destacar que aquestes dues obres tenen el mèrit de tornar a posar en valor la importància d'un autor polifacètic com Eugeni d'Ors, per la història intel·lectual catalana i espanyola. Però també mostrar com en la seva trajectòria es resumeixen i sintetitzen, molts de les vicissituds i entrecruaments de corrents que van ca-

racteritzar d'intel·lectualitat europea de la primera meitat del nou-cents.

Òscar Costa Ruibal
(GEHIC-UB)

Rafael Moreno Izquierdo, *La niña de Rusia. La verdadera historia de una operación de retorno*, Barcelona, Crítica, 2017, 508 pp.

El año 1956 fue muy especial para la Unión Soviética y los países de su bloque, un año de sorpresas y cambios que, aunque parezca contradictorio, también afectaron a las teóricamente inexistentes relaciones entre el Kremlin y el Gobierno de Madrid. Habían pasado tres años desde la muerte de Stalin, y cuando el xx Congreso del Partido Comunista de la URSS iniciaba un proceso de acomodación a los nuevos tiempos marcados por una guerra fría perfectamente dibujada en el mapamundi tras el largo desarrollo del conflicto de Corea, el octubre protagonizado en Hungría por amplios sectores del país rompía con el letargo social a la búsqueda de un reconocimiento efectivo de libertades que ponía en entredicho los éxitos del socialismo real en Europa del Este.

Al otro lado del Telón de Acero, en los márgenes del sistema de influencia norteamericana, el Nuevo Estado franquista pugnaba por salir de forma definitiva del aislamiento obligado por las circunstancias derivadas del final de la Segunda Guerra Mundial. La acción exterior impulsada por el enfrentamiento soviético-norteamericano había convertido a España en un territorio de relevancia dentro de la estrategia de contención del comunismo, y el establecimiento de bases militares estadounidenses en nuestro suelo, con el corolario del reconocimiento, por parte de los aliados occidentales, del Gobierno instalado en

Madrid había supuesto un auténtico espaldarazo al Régimen.

En aquel año y en aquella coyuntura se produjo el retorno de varios miles de españoles refugiados y exiliados en la URSS, entre los que destacarían los famosos “niños de la guerra”. El tema no es, ni mucho menos, desconocido en la oceánica literatura sobre la Guerra Civil, sobre su curso, causas y consecuencias. Sabíamos bastante de cómo se organizó la partida, del recibimiento y las vicisitudes posteriores en el país de los soviets, pero casi nada de la vuelta a España, de la inserción en una sociedad extraña para la mayoría, de los problemas de tantos para incorporarse a un país que poco tenía que ver con sus recuerdos, en el caso de que los tuvieran.

Variados fueron los motivos que llevaron a aquellos españoles a cambiar drásticamente su forma de vida y emprender una aventura cuyo resultado era incierto, como bien ilustra Rafael Moreno en este libro. El autor es bien conocido en el ámbito del periodismo y las relaciones internacionales pues, además de una larga y acreditada trayectoria como enviado especial en conflictos de medio mundo, ha dejado patente su valía investigadora en obras muy originales como, por citar tan solo dos de ellas, *Al servicio del extranjero: Historia del Servicio Vasco de Información (1936-1943)* (2009, en colaboración con Juan Carlos Jiménez de Aberasturi) y *La historia secreta de las bombas de Palomares* (2016).

A pesar de que todavía existen dificultades para la desclasificación de documentos, Moreno Izquierdo ha llevado a cabo una exhaustiva recogida de datos en el Archivo General de la Administración, en el del Ministerio de Asuntos Exteriores y en el del Partido Comunista de España, además de trabajar documentación disponible de la CIA y del NARA, entre otras muchas

fuentes. Por supuesto, los testimonios orales de los protagonistas han complementado con eficacia la labor archivística. El resultado ha sido una obra compacta, coherente internamente, donde los variados actores y perspectivas posibles (actuación de las instituciones estatales implicadas, intereses puestos en juego, contexto internacional, aspiraciones de los emigrantes, etc.) quedan ensamblados gracias a la pericia del autor para ofrecernos un cuadro explicativo razonado y consistente.

El libro busca responder a una pregunta esencial, formulada en otras ocasiones por algún otro autor, pero sin una salida clara hasta ahora, que abre el capítulo tercero: “¿Y cómo lograron salir de Rusia?”. Desde luego, de poco hubiera servido la voluntad decidida de unos cientos o miles de personas para persuadir al Kremlin si este no hubiera estado, a su vez, convencido de los beneficios que le pudiera reportar una acción como esta, cuyo desarrollo podría interpretarse como el abandono del “paraíso socialista” por personas que habían sido acogidas en su infancia con el fin de evitarles el sufrimiento de la guerra. Aunque le competía la última decisión, el Gobierno soviético no era el único que debía opinar sobre la salida de los españoles: los representantes del Partido Comunista de España en la URSS, así como sus máximos dirigentes, también tenían mucho que decir ante un hecho que podía dañar su legitimidad. De este modo, el autor ahonda en las causas posibles de la permisividad soviética y pone un énfasis especial en la tenacidad de las personas concretas que apostaron por dar un giro radical a sus vidas para abandonar su patria de acogida.

Con un estilo ágil, Rafael Moreno saca del anonimato a quienes iniciaron el movimiento de presión para que fuera atendida su solicitud. Así traza el periplo recorrido

por aquellos españoles desde que José Antonio Orueta escribiera en septiembre de 1955 a Bulganin, ministro de Defensa de la URSS, con el fin de que le prestara apoyo para la operación. En un principio, la dirección del PCE mostró su oposición a la iniciativa, pero el grupo, cada vez más nutrido, no se arredró y prosiguió su reivindicación, dejando en evidencia la escasa capacidad de control de los comunistas españoles sobre aquellos de sus compatriotas residentes en la Unión Soviética, y ello a pesar de que hubo amenazas de por medio.

El libro refiere con detalle cómo los que quieren regresar crecen en número y entablan contactos con el poder soviético, así como con la Cruz Roja – cuya importancia sería capital en los trámites de salida –, hasta que en agosto de 1956, ante la imposibilidad de frenar el proceso ya que incluso el Kremlin era partidario de iniciarlo, el Comité Central del PCE termina aceptando las peticiones.

Quedaba pendiente analizar cuál era la respuesta dada por la parte española, es decir, la reacción del Régimen franquista. El autor nos conduce por una indagación que se convierte en una auténtica aventura, y así queda plasmado al narrar lo sucedido. Las primeras conversaciones entre Moscú y Madrid se produjeron por vía del cónsul español en París y los representantes diplomáticos soviéticos en la capital francesa, y continuaron hasta las reuniones – podríamos decir extraoficiales, aun contando con el beneplácito de ambos países – entre los embajadores Rojas y Moreno y Vinogradov para ultimar los pormenores de la repatriación. No debemos olvidar que ambos regímenes, contrapuestos en su naturaleza, habían mantenido algún contacto que permitió hitos como la entrada de científicos soviéticos a un congreso celebrado en España y, de mucho mayor alcance, el apoyo

de la URSS en el Consejo de Seguridad de la ONU a la entrada de España en la Organización. Tampoco podemos olvidar que ya a la altura de finales de 1939 la Junta de Protección de Menores, creada dos años antes, logró el regreso de algo más de mil niños de los refugiados en la URSS y que, años después, Madrid no rompió las conversaciones con Moscú de cara a alcanzar un acuerdo para repatriar a los prisioneros de la División Azul.

No menos importante en esta obra es la parte dedicada a los pormenores de las seis expediciones que entre 1956 y 1957 arribaron a las costas españolas. La primera llegó a Valencia en el barco *Crimea* el 28 de septiembre de 1956. Los periódicos españoles, sometidos a la censura, recogieron la noticia contenidamente, sin alardes propagandísticos, fruto sin duda de las consignas vertidas por las autoridades. Y así, para gran parte de los retornados muchos sueños comenzaron a hacerse realidad (otros, a frustrarse) después de veinte años fuera. El autor ofrece un magnífico estudio, entrelazando con soltura las cuestiones diplomáticas y técnicas de la operación con los testimonios escritos – algunos de indudable calidad literaria – de los sentimientos y emociones que suscita el regreso. En aquel primer viaje desembarcaron 538 pasajeros para, desde Valencia, viajar a Zaragoza, donde se les ficha e interroga. El siguiente paso era integrarlos en una sociedad muy diferente de la de su procedencia.

Moreno Izquierdo demuestra cómo el Régimen apoyó de forma discreta la adaptación a la vida cotidiana del país, con algunos recursos para encontrar vivienda y trabajo. No obstante, hubo mucha improvisación al respecto. Si bien el *Crimea* llegó a finales de septiembre de 1956, hasta el 22 de marzo del año siguiente no se trató en Consejo de Ministros la creación de instru-

mentos concretos y coordinados entre los departamentos ministeriales implicados a la hora de facilitar la integración de los retornados. En efecto, en aquel mes se creó la Comisión Coordinadora para la Incorporación a la Vida Española de los Repatriados de Rusia, centralizada en el Ministerio de la Gobernación y en funcionamiento hasta finales de 1958. Hasta su creación, las familias, los amigos y los sindicatos oficiales fueron quienes más hicieron por su bienestar, sin olvidar que para el Régimen los recién llegados eran sospechosos por haber vivido en la Unión Soviética, el epítome del mal, y, por tanto, habían sido educados en los “antivalores” del socialismo internacional.

El encargado del seguimiento y control de los repatriados, para detectar posibles agentes infiltrados, fue nada menos que el comisario Eduardo Comín Colomer, bien conocido por su obsesión en la lucha contra la masonería y el comunismo. Su misión fue valorar la “adaptabilidad” a la vida española, clasificando a los integrantes del grupo en “satisfechos”, “descontentos” y “peligrosos-sospechosos”. Ciertamente, como demuestra la documentación del PCE, hubo algunos infiltrados, pero fueron excepción. Los investigadores policiales centraron sus pesquisas, hasta comienzos de la década de los sesenta, en unas ciento ochenta personas. De especial relevancia en este terreno fue la quinta expedición en la que por primera vez llegaron a España – por supuesto, con la aquiescencia del Gobierno franquista – algunos destacados dirigentes comunistas que, en territorio español, abandonaron la colaboración activa con su antiguo Partido, como es el caso de José Laín Entralgo.

Los más de 2.600 españoles que regresaron en las seis expediciones no solo fueron interrogados por los servicios de seguridad

nacionales, sino también por la CIA. Esta es otra de las aportaciones sobresalientes del libro que nos ocupa: para la superpotencia norteamericana, y dentro de la estrategia de guerra fría, el hecho de poder acceder a miles de individuos que se habían socializado desde niños en la Unión Soviética y ahora, ya adultos, volvían a su país de origen constituyó una fuente extraordinaria de información directa sobre su rival en el concierto de las naciones. Eran personas que habían vivido en distintas ciudades, desarrollado múltiples trabajos, entrado en contacto con numerosos ciudadanos soviéticos: en definitiva, podían ofrecer al análisis un amplio panorama de vivencias, de trayectorias cruzadas con la población de la URSS, lo cual supuso un auténtico filón de oro para la Agencia de Inteligencia norteamericana.

Un caso particular ocuparían las casi cuatrocientas personas que, sin haber conseguido adaptarse a su nuevo hogar, terminaron regresando a la URSS, cuestión en la que sería conveniente ahondar en ulteriores investigaciones.

Nos encontramos, pues, ante un libro destacado sobre las circunstancias que permitieron que, en un contexto de enfrentamiento latente en el ámbito internacional, de práctica inexistencia de relaciones entre dos países – España y la URSS – con sistemas políticos diametralmente opuestos, pudiera darse una cierta colaboración que condujo a que miles de españoles, trasladados a la Unión Soviética casi dos décadas antes, pudieran volver al país que los había visto partir y en él emprender una nueva vida.

Ricardo Martín de la Guardia
(Universidad de Valladolid)

Gabriel Tortella, *Capitalismo y revolución. Un ensayo de historia social y económica contemporánea*, Madrid: Gadir, 2017, 581 pp.

Gabriel Tortella sigue la senda de *Los orígenes del siglo XXI* (2005), del que recoge y perfila buena parte de las propuestas formuladas entonces. Así como el tono ensayístico, la claridad expositiva y el afán omnicompreensivo ya mostrado. Esto hace el volumen especialmente indicado para profesores y estudiantes universitarios de ciencias sociales. No son pocos los manuales de historia económica y otras disciplinas sociales que rehúyen debates y explicaciones que este texto sí que aborda de manera decidida.

El capitalismo se presenta comola historia de un éxito no exento de contradicciones y problemas. El autor traza la historia de las revoluciones, o tal vez la revolución primera que luego ha desencadenado las siguientes. El mundo, con obvios matices, se había mostrado bastante estable desde la revolución neolítica. Los cambios tecnológicos que aparecieron en Inglaterra durante el siglo XVIII en algunos procesos manufactureros terminaron alumbrandoun sistema económico y social queliberó una capacidad productiva y de generación de riqueza inusitada que ha permitido alimentar una población en ascenso hasta donde no se podría imaginar, aumentar la esperanza de vida y subir el nivel de vida y bienestar también hacia cotas difícilmente pensables.

El primero de los centros de interés del libro es precisamente explicar por qué se produjo la revolución industrial y por qué fue en Inglaterra. Responder este interrogante conlleva analizar las claves del desarrollo económico. Para el autor, son una serie de factores los que favorecen o no el desarrollo y habrían explicado el inicio de la industrialización en Inglaterra. A

elementos de determinismo geográfico y físico, se suman los factores institucionales e históricos o, en otras palabras, políticos. En los siglos XVII y XVIII fueron relevantes en el camino al desarrollo la acumulación de capital procedente del comercio y los excedentes de las agriculturas más avanzadas del mundo, holandesa e inglesa. Pero también, desde una perspectiva institucional, la limitación del absolutismo, el parlamentarismo y los derechos fuertes de propiedad individual, que favorecieron la emergencia de la burguesía y los empresarios. El factor institucionalha cobrado una especial relevancia en el análisis de autores como Acemoglu y Robinson. Este ensayo, sin embargo, se inclina por una explicación multifactorial y no cerrada, y critica la insuficiencia explicativa por sí sola del factor institucional.

A partir de ahí, se trazan las fases y las transformaciones radicales –revoluciones– que se han producido en los últimos doscientos cincuenta años. Las revoluciones analizadas y estimadas como favorecedoras del progreso son, sobre todo, de índole económico, aunque evidentemente también político y social. Como la del comercio protagonizada fundamentalmente por Holanda e Inglaterra, en el siglo XVIII, seguida de la industrial. Y la transformación global que el autor denomina I Gran Revolución Mundial para designar los profundos cambios de todo tipo que vivieron los territorios más avanzados del mundo en el siglo XIX. A partir de ahí, la II Gran Revolución Mundial, que se produce tras la I Guerra Mundial, que confirma una sociedad de masas, con un Estado preocupado a tomar de manera creciente el control y el fomento de la economía.

Esas diferentes etapas ocurren en determinados órdenes institucionales y políticos. La primera que marca el inicio del nuevo mundo industrial transcurrió bajo el orden

liberal burgués, que derrota el orden aristocrático, pero no la aristocracia, como bien indica el texto. En este orden liberal, no democrático (es preciso insistir), la burguesía y la aristocracia se repartieron el poder y la influencia económica. Desde un punto de vista teórico, podemos hablar de un liberalismo económico y político entendido en sentido lato que se alargó hasta la I Guerra Mundial y que perdurará en muchos aspectos durante la transición que supusieron los años de entreguerras. El pensamiento económico dominante derivó, primero, de la escuela clásica (Smith, Mill y Ricardo) y, posteriormente, de la neoclásica (Menger, Jevon, Walras y Marshall). En la política económica, pese a las oscilaciones entre librecambismo y proteccionismo, el Estado mínimo, la autolimitación de la intervención económica y social y el patrón oro dominaron la escena. Una economía de este tamaño (en el que la mayoría de países aún eran agrarios y aún no se producía un consumo masivo) y una política económica y social como la desarrollada alumbraron un periodo de estabilidad de precios en el largo plazo, pero también de sucesivas y recurrentes crisis (1830, 1848, 1857, 1866-1868, 1873, 1884, 1894 y 1907) que se saldaban invariablemente con dolorosos ajustes de precios y salarios, deflación y, en consecuencia, devaluaciones internas y alto desempleo. El siglo XIX no fue precisamente el de los trabajadores. Las crisis periódicas, la inestabilidad, el aumento de la población y la tecnología propiciaron flujos migratorios también inusitados. En este punto, Tortella tampoco rehúye el debate sobre las condiciones de vida del proletariado industrial en el inicio de la industrialización. El siglo XIX fue avanzando y el proletario reclamó un sitio preferente en el orden político, económico y social. Pese a las mejoras de las condiciones de vida y de

la legislación sociolaboral, resulta claro que, como han expuesto otras obras de síntesis, los trabajadores (y también las mujeres, cabría añadir) estaban, en buena medida, excluidos del sistema o, por lo menos, de los centros de poder y de toma de decisiones.

No obstante, las instituciones se movieron, no sin contradicciones y violencia, a favor de la inclusión creciente de capas populares y trabajadores (y mujeres), que veían reconocido el derecho al sufragio, y también a ser elegibles como representantes políticos. La I Guerra Mundial confirmó el cambio profundo que estaban experimentando la economía, la sociedad y la política. El trauma que representó la guerra hizo surgir dos *revoluciones* que marcaron el siglo XX, la comunista y la denominada socialdemócrata, que más bien sería el surgimiento de la democracia social que, sin embargo, fue en principio ahogada por la crisis de entreguerras y el fascismo.

El fascismo como indica el texto fue, entre otras cosas, una fuerte reacción defensiva al comunismo, pero también a la democracia social, que suponía un cambio de orden político, económico y social radical con unos damnificados claros: las clases privilegiadas de antaño. Después de la II Guerra Mundial, el autor afirma que “el fascismo se desvaneció como fuerza política de primera magnitud en el momento en que la Revolución Comunista dejó de constituir una amenaza interna en cada país” (p.330). Pero más bien su derrota en la II Guerra Mundial y la profunda identificación entre fascismo y barbarie nazi fueron los factores que la hicieron inservible como proyecto político. Como señala el texto, el Partido Comunista Portugués estuvo a punto de hacerse con el poder tras la “Revolución de los Claveles” a la altura nada menos de 1974. Por tanto, en plena guerra fría y con la Unión Soviética como

superpotencia mundial no fue precisamente el desvanecimiento del peligro de *contagio comunista* el que dejó sin razón de ser al fascismo.

La democracia social, soporte del denominado Estado del Bienestar, fue recobrada y ampliada tras la II Guerra Mundial. La guerra fría, entendida como competencia tecnológica, económica, política y social entre capitalismo y comunismo, no hizo sino favorecer la ampliación del bienestar en los países desarrollados capitalistas. La intervención del Estado y los servicios públicos de bienestar, desde entonces, han funcionado como contrapeso a uno de los elementos inherentes del sistema capitalista, su tendencia a distribuir mal la riqueza que es capaz de producir de manera tan extraordinaria y, en consecuencia, a generar desigualdad. Se inauguró el “orden social-demócrata” que, según el texto, continúa dominando en el siglo XXI (p. 203).

El orden cimentado en la democracia social y la macroeconomía keynesiana triunfante en los países capitalistas desarrollados tras la II Guerra Mundial generó un consenso básico entre bienestar social, de un lado, y reconocimiento explícito de la propiedad privada y la libertad de empresa, de otro. Este último extremo del compromiso (asegurar el mercado) que hoy puede parecer baladí o directamente innecesario, no lo era en absoluto en un contexto marcado por la historia reciente de la Gran Depresión que tambaleó el sistema y el presente de un comunismo soviético triunfante, que se extendió prácticamente por una tercera parte del mundo. Un consenso que, además, encajaba perfectamente en la economía de la demanda keynesiana. El valor que otorga el autor del texto a Keynes es del todo justificado: el capitalismo había cobrado una dimensión que requería otra gobernanza y fue Keynes el primero que se dio cuenta

de ello y propuso un modelo coherente de intervención. Es preciso insistir, no obstante, en que la propuesta keynesiana era netamente capitalista, respetuosa absolutamente con sus principios de propiedad privada y libre empresa. Consciente y convencido capitalista, como se ha dicho en otra parte, Keynes pretendió salvar al capitalismo del capitalismo.

Los modelos de inspiración keynesiana y progreso social, que abarcaron a todos los países desarrollados y democráticos capitalistas dejaron atrás los modelos intervencionistas comunistas y aquellos otros residuales autoritarios, en el denominado entonces como Tercer Mundo. Cuyos problemas, además de derivarse de su situación periférica o subalterna, son también de raíz endógena. En esto, el autor del libro subraya la responsabilidad de los territorios en su propia suerte, y en esto habría que subrayar, como han hecho los institucionalistas, la responsabilidad de las instituciones de índole extractiva (según terminología de Acemoglu y Robinson) y retardataria y sus beneficiarios, minorías privilegiadas interesadas en mantener unas reglas que les enriquecen a costa del desarrollo general del territorio. Aunque, como indica Tortella, hay otros factores responsables del atraso económico, entre ellos, y recordando a Montesquieu, incluso de un modo determinista, el geográfico climático.

El agotamiento del ciclo económico (y tecnológico) surgido tras la II Segunda Guerra Mundial produjo en la década de 1970 la conjunción de estancamiento económico e inflación, situación para la cual los keynesianos carecían de respuesta. La crisis con ser altamente virulenta para los países capitalistas y agotar el modelo de capitalismo del bienestar como se concebía desde posguerra, resultó peor para el bloque soviético. Como han indicado otras

obras de síntesis sobre el periodo, la falta de estímulo a la innovación y a la eficiencia, el nulo papel del consumidor, anquilosaron las estructuras económico y sociales comunistas, incapaces de adaptarse a los cambios o de renovar eficazmente la tecnología ante una situación de crisis. Las reformas no eran posibles, además, en un sistema político de carácter dictatorial que debía su estabilidad a cercenar cualquier intento de cambio. Las reformas, como pudo comprobar Gorbachov, liberaron una suerte de fuerzas centrípetas tantos en territorios y grupos subyugados en el interior como en el exterior de la Unión Soviética.

La renovación tecnológica con un fuerte impulso en el área de la información y la comunicación, el colapso soviético y el viraje de la política económica a favor intervenir institucionalmente en pro de la empresa y la competitividad impulsaron la globalización que, a su vez, creó un contexto proclive para que se reforzara la orientación liberalizadora. Volvieron a ser aceptados elementos paradigmáticos pasados, como la capacidad de autorregulación del mercado, la primacía del mercado en la asignación eficiente de recursos. La política monetarista y el control de la inflación han sido prioridades de la política económica desde entonces. La influencia y el prestigio de la Escuela de Chicago y Milton Friedman, y sus postulados, innegables.

En los países capitalistas avanzados se restauró el crecimiento económico, se embrió la inflación y descendió el paro. En estos años se produjo, al mismo tiempo, la igualación del acceso de la mujer al mercado de trabajo en los países desarrollados. Pero ni el crecimiento ni la tasa de empleo alcanzaron las cotas que obtuvieron en las décadas anteriores, tampoco conservaron los diferenciales de productividad y competitividad que disfrutaban con respecto a

otros territorios. Pese a ello, el triunfalismo se instaló a partir de mediados de la década de 1990 y no fueron pocos los políticos que creyeron que en el siglo XXI se abría una etapa de progreso inalterada, con la extinción de los ciclos económicos. De otro lado, se han operado importantes cambios institucionales que, si bien no han alterado la fuerte presencia del Estado en la economía a través de la importancia de su presupuesto en la conformación del PIB, sí permiten, a nuestro juicio, matizar el orden socialdemócrata que, según el autor, continúa imperando. El reequilibrio legal a favor de la empresa en la toma unilateral de decisiones frente a los representantes de los trabajadores, la pérdida de poder y representatividad de los sindicatos, la privatización de sectores considerados estratégicos en términos sociales y económicos parecen rebajar el carácter socialdemócrata del modelo. Las transformaciones hacia formas neoliberales han sido expuestas en obras recientes (por ejemplo, Baccaro y Howell, 2017: *Trajectories of Neoliberal Transformation. European Industrial Relations Since the 1970s*. Cambridge: University Press). Tampoco pueden ignorarse el retroceso de las rentas del trabajo con respecto a las de capital, la confirmación y extensión de las figuras de trabajo precario, el aumento de los trabajadores pobres, la desigualdad y el hecho de que haya una generación que disfrutará de menores oportunidades y acumulación material que sus padres.

El final del camino lleva a hablar del presente, en el que se realiza una brillante síntesis de los factores que explican la última crisis económica, y se prospectan los desafíos del futuro. Para el autor del libro el capitalismo es éxito, prosperidad e inclusión. Pero en 2015 solamente poco más de la mitad de la población de mundo vivía en regímenes democráticos, la desigualdad

crecía en las sociedades desarrolladas y la pobreza no cedía apreciablemente a nivel mundial. El siglo XX mostró y el XXI no lo ha desmentido la falacia de que el crecimiento y el desarrollo económico favorecen a todos, como pensaba Kuznets. El capitalismo, sorprendente en su capacidad de crear riqueza, no se ha despojado de sus dos principales problemas: la generación de desigualdad y la depredación del planeta, como se han encargado de subrayar Piketty y Streeck. La contradicción es evidente entre un sistema de crecimiento perpetuo (nótese que el crecimiento económico nulo o ligeramente contractivo genera depresión económica, desempleo y pobreza) y un planeta de recursos naturales limitados. La desigualdad reside de manera natural en las lógicas inherentes económicas y tecnológicas, y la tendencia a generar agregados y círculos virtuosos en las zonas desarrolladas; y su contrario, círculos viciosos en los países atrasados. Como bien de subrayan las últimas páginas, la variable demográfica se ha superpuesto como un grave problema en estos territorios. El hecho de que sean las zonas de mayor natalidad y crecimiento poblacional las más retrasadas genera un problema, potencialmente catastrófico, de pobreza generalizada con reverberaciones claras en la sostenibilidad ambiental, pues incluso el posible desarrollo (con el nivel tecnológico a su alcance) requeriría una depredación fuerte de recursos naturales, y en la estabilidad política del planeta.

Marcial Sánchez Mosquera
(Universidad de Sevilla)

Manuel Álvarez Tardío, Roberto Villa García, 1936. *Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*. Madrid: Espasa, 2017, 656 pp.

Si tuviera que poner un título a esta reseña, no dudaría, el título sería algo así como “Trampas con la historia. Sobre la incapacidad del republicanismo español y las elecciones del Frente Popular”. Pero vamos por partes.

I. LA IMPUGNACIÓN GENERAL DE UNA REPÚBLICA “EXCLUYENTE”

Desde los primeros años de este siglo, y sobre todo a partir de su obra conjunta de 2010 – con el significativo título de “El precio de la exclusión”– Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa vienen empeñados en una historia crítica, en realidad hostil, al republicanismo español y a la Segunda República, que ha tenido su último exponente en su pretendida demostración del fraude cometido por el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Tienen todo el derecho a ello, pero si sus intenciones son ambiciosas y sus instrumentos afilados, los resultados de esa crítica son bien magros y finalmente ponen de manifiesto que prevalece en ellos la hostilidad, por encima de la objetividad que pretenden, a través de sus trampas argumentales y empíricas – léase contables de manera frecuente. La Presentación de su trabajo de 2010 ya dejó clara su intención y su peculiar, y desequilibrado criterio, primero atribuyendo a la Monarquía –la de entonces, la de la restauración y Alfonso XIII– una supuesta capacidad de “institución moderadora en un proceso de democratización”⁸, que resulta muy difícil de comprobar en los hechos y por el contrario menospreciando a los republicanos que “seguían divididos y se mostraban incapaces de precisar de precisar el contenido de la futura democracia” y que debían al error de la Dictadura de Primo de Rivera – por cierto impuesta con el beneplácito de

⁸ M. Álvarez Tardío, R. Villa, *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República.*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2010, p. 9.

aquella monarquía, lo que Álvarez Tardío y Villa obviaban – que se hubiese devuelto “al campo republicano un protagonismo que no había sabido ganarse por méritos propios”. Con ese precedente no ha de extrañar que para los autores “la gestión de quienes llegaron al poder en 1931” no solo “no produjo los resultados esperados” sino que : “Lo sorprendente es que aquella República que llegó con la promesa de transformar radicalmente la política y la sociedad española en un sentido democrático, diera paso al período más siniestro de la historia contemporánea de España, primero con una guerra civil que provocó medio millón de muertos y dejó al descubierto las peores consecuencias de los fanatismos ideológicos; y segundo, con una dictadura que trató a la sociedad española como un adolescente perpetuo, irresponsable e inmaduro, incapaz de vivir en libertad”⁹. Una equiparación insostenible, por no decir indecente, entre República y Dictadura franquista, en la que la primera queda estigmatizada por el fanatismo ideológico y la segunda es tratada como si de un régimen paternalista se tratara, una suerte de prolongación vitalicia de un régimen de excepción, obviando también que fue Franco, y sus copartícipes en el golpe de julio de 1936 el que provocó la guerra civil y que su régimen fue una dictadura sangrienta y represiva, alineada hasta cuando pudo con el fascismo europeo. El desequilibrado tratamiento del conflicto padecido por la sociedad española contemporánea, de manera muy particular durante el período de la Segunda República, achaca a la supuesta política exclusiva republicana; exclusión, pretenden, de una iglesia, unas clases dominantes y una derecha monárquica o fascizante que no es que fuera excluida, sino que nunca quiso incluirse

⁹ Idem, p. 10.

sino al precio de una mutación de la república democrática en autoritaria, siguiendo el ejemplo de Dollfuss en Austria. El panegírico biográfico que publicó Álvarez Tardío de José María Gil Robles¹⁰, poco antes del libro que ahora se comenta, deja bien a las claras cuál es el modelo de demócrata en el que el autor está pensando; asumiendo por completo la interpretación que de sí mismo hizo Gil Robles en sus memorias – lo que es habitual en las memorias, pero no ha de serlo en la historiografía – y oscureciendo o directamente negando la actividad conspirativa de Gil Robles y sus connivencias, que lo fueron por cautas que resultaran, con los militares sublevados.

El libro fue anunciado a bombo y platillo por Stanley G. Payne – cómo no – un año antes de que se publicara, como la irrefutable prueba del supuesto fraude generalizado en las elecciones de 1936; argumento principal de la deslegitimación del gobierno que tras ellas se constituyó por parte de la conspiración militar y política y por tanto base principal de supuesta legitimación del golpe sangriento iniciado el 17 de julio, y que permitía a Preston concluir que aquel golpe no había sido contra la democracia. Lo cierto es que el libro no produjo los resultados esperados, obligando a sus autores a un juego cantinflesco de digo pero no digo o no quiero decir pero digo, que pone de manifiesto que su prueba dista de ser irrefutable, pero que a pesar de ello se empecinan en demonizar al Frente Popular, y a la república democrática, sustituyendo las pruebas por informaciones parciales, de parte, insinuaciones y cálculos forzados – tan forzados que más de una vez

¹⁰ M. Álvarez Tardío, R. Villa, *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República.*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2010, pág. 9.

se presentan en nota, aunque las conclusiones de ellos se haga en el cuerpo de texto.

En congruencia con el relato que han venido publicando y con el objetivo de este último libro, que no se limita a un análisis de datos electorales sino que pretende ser la prueba de su interpretación general, nos ofrecen en primer lugar una síntesis, esquemática y sin matices, de evolución de la Segunda República en la que el único protagonista positivo, para los autores, es la CEDA y el malvado de la historia la izquierda republicana y sobre todo el movimiento obrero. En la CEDA creen ver un predominio del sector más moderado y cuyos objetivos reducen – en realidad enmascaran – pretendiendo que su objetivo era una reforma constitucional “Anhelaban un sistema político más favorable para los católicos, querían un modelo corporativo para las relaciones laborales, hablaban de reforzar el poder ejecutivo frente a la inestabilidad y la parálisis parlamentaria y eran radicalmente antimarxistas y enemigos de la visión liberal clásica de la primacía indiscutible de los derechos individuales. Pero no eran partidarios de un régimen político que anulara las libertades de expresión, reunión y manifestación; y ni siquiera querían suprimir el Parlamento”¹¹. Esa última negación es escandalosa, la CEDA pretendía sustituir el parlamentarismo democrático por un régimen autoritario, similar al Estado Novo de Salazar y en línea con el que había instalado Dollfus en Austria; además, se olvida también las confesiones del propio Gil Robles sobre las identidades monárquicas de los afiliados de la CEDA, de las que él no se excluía aunque por razones de coyuntura, léase de oportunismo, las dejaba en segundo término. Por esa ra-

¹¹ M. Álvarez Tardío y R. Villa, *Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*. Espasa, Madrid, 2017, p. 17.

zón Alcalá Zamora no accedió a darle el definitivo puesto de mando del gobierno a finales de 1935, ante lo que Gil Robles reaccionó iniciando las hostilidades directas contra la república. Pero Álvarez Tardío y Roberto Villa no pueden apartarse de la apología de la CEDA y de su consideración de que el conflicto social del momento es el católico. Por el contrario, el comportamiento del movimiento obrero no tiene para ellos ninguna justificación objetiva, ni ningún objetivo legítimo. Es, simplemente, una suma de ambición de poder de sus dirigentes y de la barbarie de sus bases; el movimiento obrero queda reducido a la condición de manifestación del pueblo incivilizado: intimidada, violenta, sus respuestas son desproporcionadas a sus razones. Y esa sinrazón es continua: para los autores la polarización del 36 fue resultado de los acontecimientos del 34 y sobre todo del hecho de que las izquierdas no lo condenaran; las derechas no tienen, para ellos, arte ni parte en esa polarización. Octubre del 34 solo existe como insurrección. No como represión, que menosprecian al extremo de burlarse de la reivindicación de la amnistía que consideran injustificada porque, no habría supuesto 30.000 detenidos como sostenían las organizaciones obreras sino “solo” a 8.000, cifra que no documentan; y desde luego ni consideran la represión social en las fábricas y en el campo, ni la institucional.

2. EL SUPUESTO, NO DEMOSTRADO, DE LA COACCIÓN VIOLENTA DE LA IZQUIERDA

Álvarez Tardío y Villa tienen la pretensión de dar “un vuelco respecto de lo que ahora sabemos” sobre aquellas elecciones y sus consecuencias¹², arguyendo que no se celebraron en una situación de normalidad, que la gestión gubernamental e institucional de los resultados fue desbordada por las masas soliviantada por los partidos

¹² Idem, p. 518.

del Frente Popular y que ese resultado, en definitiva, fue objeto de una cadena de manipulaciones, en el momento del voto, del recuento y finalmente de la confirmación formal de las actas de diputado obtenido que sugieren que la mayoría obtenida fue falsa y fraudulenta. Sobre el contexto de las elecciones repiten el juego de tirar la piedra y esconder la mano, sosteniendo por un lado que la campaña electoral se produjo en medio de un nivel de violencia “sin precedente en ninguna otra convocatoria electoral” y por otro que “la violencia no fue tan generalizada como para obstaculizar decisivamente el proceso electoral” – cosa que ya había escrito y argumentado Javier Tusell¹³– “pero sí fue una manifestación de radicalización política”. En otras palabras que aunque el día mismo de las elecciones no produjo incidentes graves, éste venía marcado ya por la violencia sin precedentes de la campaña y por la radicalización política, de la izquierda frente-populista claro; la normalidad del 16 de febrero, que para ambos autores es falsa, se había producido según ellos por el amplio despliegue policial, no por otra cosa, otra manera de deslegitimar el comportamiento de los electores del Frente Popular. Lo de Álvarez Tardío y Villa es una suma de mentira estadística e insidia. Mentira estadística, aunque en realidad habría que decir manipulación por su parte basada en un uso erróneo de la estadística. El precedente se reduce a las elecciones de 1933, convertidas en referencia fundamental de limpieza electoral y, sobre todo, de resultados (los de 1933 tendrían que avalar o desacreditar los de 1936 en caso de conflicto): en la campaña de 1933 se habrían producido 27 muertos y 58 heridos graves, mientras que en la de 1936 las cifras serían 41 muertos– de

las que 9 ellos mismos reconocen que su condición de violencia política es dudosa, lo que habría de dejarlo en 32 para ser exactos y honestos; y si descontamos otros 4 causados por elementos anarquistas, cuya condición de violencia política puede ser dudosa, añadido yo, aún llegaríamos a una cifra prácticamente igual a la de 1933–, y 80 heridos graves. Aparte de las dudas sobre la imputación de motivo político, las de ellos y las mías, otro problema es que en su comparación se saltan olímpicamente el factor tiempo: la duración de las dos campañas fue diferente, la de 1933 de 40 días y la de 1936 de 47; si lo tenemos en cuenta y consideramos solo las muertes que en efecto Álvarez Tardío y Villa consideran indudablemente fruto de la violencia política, la correlación de muertos por día es de hecho la misma en las dos campañas: el 0,675 en 1933 y el 0,680 en 1936. Sí se produce una mayor diferencia en el apartado de heridos en la que la correlación es de 1,45 y 1,70; aunque el incremento es de un 17%, que tampoco es tan disparato como prejuzgan. Si no se proporciona el detalle de las circunstancias en las que se producen es imposible de interpretar adecuadamente ese aumento; podría responder al hecho que los incidentes de grupo fueron más tumultuosos en 1936 que en 1933, pero eso no es en sí mismo un indicativo del nivel de violencia, sino del de movilización. A menos que consideres que la movilización es por naturaleza violencia, ¿dónde está el salto sin parangón? En la morbosa imaginación de Álvarez Tardío y Villa y su exposición tendenciosa de los hechos. Esta se amplía con un cuadro de 487 “actos” de violencia política, que incurre en el mismo error de su cuadro sobre la violencia anticlerical en el primer semestre de 1936¹⁴: no aclarar si las acciones son

¹³J. Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, Edicusa, Madrid, 1971.

¹⁴Ver la crítica que hice a ese cuadro en J. L.

un episodio único o varias de ella forman parte de un solo episodio; pero sobre todo suma conceptos heterogéneos, incluyendo 70 “atentados políticos o socio-laborales” los últimos de los cuales es dudoso que puedan ser considerados violencia política sin más, 25 detenciones gubernamentales y 19 detenciones policiales con violencia por motivos “socio-políticos”, cuya inclusión en ese cuadro no corresponde. Si fuéramos escrupulosos se habría de reducir en más de un centenar los “actos”; pero su comportamiento no contempla ese escrúpulo de historiador, es más el de un fiscal que pretende curarse en salud inflando al máximo la carga de la prueba, que luego el juicio ya reducirá si acaso el grado del delito.

3. EL FALSO GOLPE DE LAS MASAS

No hay ningún vuelco en la estimación e interpretación sobre la violencia de campaña y día de voto. La suya es hiperbólica y tramposa, pero eso no es un vuelco; bajo el título algo peliculero “cuatro días de febrero” desarrollan un relato cuya tesis fundamental es la de que se produjo un desbordamiento general de las instituciones por la izquierda frentepopulista, particularmente la obrera, desde la misma tarde-noche del 16 de febrero en forma de manifestaciones, motines en las cárceles y diversas formas de “intimidación” – palabra clave y repetida de manera recurrente en el libro – que llevó al abandono precipitado del gobierno por parte de Portela y al asimismo precipitado – y se sugiere que injustificado – acceso del Frente Popular al poder. De esa manera, concluyen, el escrutinio quedó condicionado y las elecciones que quedaron pendientes fueron falseadas por el clima de coerción de la izquierda ya gobernante.

El sectarismo de Álvarez Tardío y Villa ve en la movilización del Frente Popular siempre una amenaza a la democracia, mera ambición de poder de sus dirigentes e instintos bárbaros de las turbas. ¿Es que no había razones para esa actitud de movilización? De sobras, y entre ellas la amenaza del golpismo que pendía sobre la república democrática, que se reactivó en diciembre de 1935 con la imprudente –por no decir otra cosa – iniciativa frustrada de Gil Robles cuando desairado por la negativa de Alcalá Zamora de encomendarle la formación de un nuevo gobierno reaccionó considerando en firme la posibilidad de un golpe militar. Lo hizo, y así lo confirman de hecho sus memorias, aunque lo haga enredando algo el relato para minimizar sus responsabilidad directa¹⁵: se escudó en que fue Fanjul quien le propuso sublevar la guarnición de Madrid y pretendió excusar su comportamiento impropio alegando que no le parecía “adecuado el medio que me propone” añadiendo que los pronunciamientos del XIX eran irrepitible “sobre todo cuando hay que contar con una fuerte reacción de las masas encuadradas en el partido socialista y la CNT”; dicho eso que no era ni mucho menos una condena hizo todo lo contrario, remitiendo a una consulta a los “mandos naturales” del Ejército sobre si era procedente que él tomara provisionalmente el poder, es decir remitiendo a aquellos la iniciativa del golpe, que aceptaba con la habitual excusa de que sería transitorio. Envío a Fanjul a consultar a Franco y los generales de su confianza – serían Varela y Goded- y tras pasar la noche en vela, en el Ministerio de la Guerra, esperando su respuesta “con ansiedad enorme”, quedó frustrado por la negativa de Franco, que consideró que ni el

Martín Ramos, *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*. Pasado & Presente, Barcelona, 2015.

¹⁵ J.M. Gil Robles, *No fue posible la paz*. Ariel, Barcelona, 1968, pp. 365-366.

momento ni la razón era la oportuna para el golpe, “con amargura infinita” abandonó el ministerio de la Guerra. La tentación de la intervención militar no era una invención de las masas frentepopulistas y sus dirigentes y es en ese contexto – y el de la represión padecida en 1935 – en el que hay que entender las movilizaciones postelectorales; en términos de defensa de un resultado que se percibía ya como favorable, y no de su mixtificación como pretenden Álvarez Tardío y Villa, tan olvidadizos o indulgentes con Gil Robles y quienes estaban ya en el umbral de la conspiración golpista. Que tras conocerse la victoria en Madrid, que nadie discutió, y en Cataluña, también indiscutible, y la probabilidad de que fuera el Frente Popular el que mayor opciones tenía de ganar, se produjera una concentración en Puerta del Sol no tiene la significación subversiva que le atribuyen los autores sino de celebración, incluso por el tradicional lugar de celebración que se producen; no obstante se empeñan en sugerir que eran mucho más que celebraciones y sostener que se produjo “un goteo constante de episodios con distintos niveles de gravedad”, que justificarían en su opinión las renovadas gestiones – presiones, digo yo – de Gil Robles, de Franco, de Fanjul y de Goded para tomar decisiones extraordinarias, que eran de nuevo un golpe contra la república democrática.

Con la pretensión de que las reacciones populares fueron “más que incidentes” – subtítulo que pretende desmentir la imagen de normalidad mayoritaria durante la jornada electoral, Álvarez Tardío y Villa emprender el desarrollo de una argumentación tortuosa para intentar asentar que quien perpetró el golpe fue precisamente el Frente Popular, con la colaboración pasiva de Portela Valladares. Los “más que incidentes” que concretan son hechos dis-

persos, en Andalucía, Galicia, Asturias, País Vasco, Navarra, Aragón, las dos Castillas, la mayor parte de signo menor por muy lamentables que fueran; los más graves fueron la decena de muertos, de los que por cierto 8 de ellos eran votantes de izquierdas, asesinados por falangistas, cedistas y en un caso un agente de la guardia civil, lo que no avala la tesis general de los autores, pero contribuye a su dibujo de un ambiente de violencia. Y siguen deformando los hechos. En la madrugada del 17, gracias al voto de las grandes ciudades, el Frente Popular iba por delante en el recuento y Portela anunció en el Consejo de Ministros de aquella mañana que éste podría tener ya 193 diputados, por más que algunos sectores de derechas – que habían confiado en su victoria – no lo quisieran aceptar. En la mañana del 18 la situación se mantenía con una ampliación de resultados definitivos: 198 escaños para el Frente Popular y 161 para los demás pero ha de notarse que ATV están sumando contra el Frente Popular todo lo que no era Frente Popular; y cuando, el 19, Portela dimitió de manera imprevista y le sustituyó Azaña, se consideraba que el Frente Popular tenía 217, a 20 de la mayoría absoluta (no de una cincuenta, como de vez en cuando se insinuó en el libro). Dimitido Portela solo el Frente Popular, Azaña, podía formar gobierno con expectativa de ser mayoritario. Aunque todavía no supiera cuál era la mayoría definitiva, era verosímil que llegara ella y además tenía margen de negociación con otras formaciones políticas – entre ellas el Partido Nacionalista Vasco – para revalidar el gobierno formado cuando se constituyeran las nuevas Cortes: la CEDA y Renovación Española, que no tenían acordado ningún programa de gobierno y cuya alianza era fundamentalmente negativa (contra la “revolución”, que nadie que fuera significati-

vo proponía en ese momento) no estaban en condiciones de formar un gobierno que pudiera tener el apoyo final de la cámara. Pero todo eso lo enturbian los autores no con datos irrefutables, sino con insinuaciones y artificios verbales y contables.

La sensación general era que el Frente Popular ganaba y eso tuvo tres respuestas paralelas: la celebración de sus votantes, que solo el sectarismo de Álvarez Tardío y Villa puede calificarlas como improcedentes; las presiones políticas y militares sobre Portela para que lo reconociera, que no solo no califican como improcedentes sino que justifican o al menos “comprenden”; y la espantada de Portela que enturbió la sucesión gubernamental, pero que nunca la ilegitimó, contra lo que se concluye en el libro. Para Álvarez Tardío y Villa la clave de todo lo sucedido fue la primera respuesta que consideran no una celebración sino como una gran maniobra de intimidación, de acoso al poder, preludio del asalto. Como les falla el apoyo empírico recurren a la literatura: “de acuerdo con el Gobierno, no pasaba nada, pero empezaba a pasar de todo”¹. ¿De todo? ¿Qué todo es ese? En ese “todo” en el que para ellos solo cuentan los “desórdenes” no se incluye la nueva amenaza golpista, que había tenido su precedente en la intentona de Gil Robles de diciembre. Una amenaza que empezó de nuevo con Gil Robles, yendo en la madrugada del 16 al 17 de febrero para exigir a Portela que éste declarara el estado de guerra

¿Qué hizo Gil Robles en la madrugada del 16 al 17 de febrero? A esas horas y por mucho que ATV afirmen que ya había empezado todo y que aquella noche ya habían empezado los desórdenes, no había ni de lejos razón suficiente para que se dirigieran a la residencia del gobierno y forzara, a las cuatro de la madrugada, una entrevista con Portela y Alcalá Zamora en la que exigió el

estado de guerra; y ante la evasiva de este último que solo le dijo que lo “meditaría”, puentando al jefe de gobierno y vulnerando las normas democráticas, alertó por sí mismo al Jefe del Estado Mayor Central, que seguía siendo Franco, para que le secundara en una nueva presión sobre el Ministro de la Guerra para que éste propusiera la declaración del estado de guerra en el Consejo de Ministros de la mañana del 17 ¿En nombre de qué autoridad actuaba Gil Robles? ¿qué grave noticia justificaba en la madrugada del 17 una declaración general de estado de guerra en toda España? Los “desórdenes” no habían desbordado a las fuerzas de orden público, lo grave para Gil Robles era su derrota. Aunque Franco dio por hecha la declaración y algunos generales de división, por encargo directo de él, empezaron a organizarlo en su territorio el gobierno no lo secundó, tampoco Alcalá Zamora y finalmente no hubo estado de guerra general, medida tan desproporcionada se solo podía entenderse como el intento de evitar que se sustanciara la victoria del Frente Popular. De manera gratuita Álvarez Tardío y Villa suponen que el objetivo de esa medida habría sido asegurar el desenlace final de las elecciones y un escrutinio sin presiones; el contexto y los comportamientos de los protagonistas de la presión política y militar auguran que habría significado todo lo contrario, lo que las izquierdas venían sospechando desde hacía tiempo: que una intervención de fuerza impidiera la consumación de la victoria popular. No eran sospechas sin fundamento y no solo por las acciones protagonizadas por Gil Robles; el 18 de febrero según Arrarás, en información nunca desmentida —otra cosa es que el protagonismo dado a Franco fuera excesivo—, Fanjul, Goded y Rodríguez del Barrio instaron una vez más a Franco a que promoviera un pronuncia-

miento; Franco volvió a considerar que no procedía, quizás escamado por el fiasco anterior en el intento de declaración del estado de guerra y por la oposición a aquella declaración del Inspector de la Guardia Civil y del Director General de Seguridad lo que auguraba una reacción armada de importancia al hipotético pronunciamiento. Álvarez Tardío y Villa se sienten satisfechos con Franco, porque consideró que el estado de guerra general correspondía al gobierno, y rechazado por éste se mantuvo formalmente leal, pero no se paran a considerar que esa supuesta lealtad nunca llevó a Franco a poner en evidencia ante sus superiores a los militares golpistas, a los que cuando menos cubrió.

La indulgencia con que tratan esas conspiraciones se troca en juicio de intención cuando consideran las celebraciones y manifestaciones por la victoria del Frente Popular, pretendiendo que los dirigentes de éste tenían que haber tenido “como prioridad la desmovilización hasta que se constituyeran las nuevas cortes”¹⁶; como que no lo hicieron – y habría sido insólito que lo hicieran – deducen que los dirigentes y las masas estaban de acuerdo para desbordar en la calle al gobierno de Portela, y que éste dimitió por esa presión de la calle. Álvarez Tardío y Villa se lo guisan y se lo comen ellos solos en su constante juicio de intención: “para nadie fue un secreto a voces que el traspaso del poder a las izquierdas fue anormal, fruto de una presión callejera y mediática a la que Portela no había sabido resistir”¹⁷. Ese secreto a voces la versión interesada de la derecha de la época, que los autores dan por indiscutible, sin demostrarlo. Portela no dimitió por esas manifestaciones y por los altercados que se produjeron; en todo caso no

por sentirse presionado por ellos sino por sentir su fracaso ante ellos, convencido de la victoria del éxito de su “centro” y de que en cualquier caso el Frente Popular no ganaría, se preocupó solo de asegurar que un dispositivo de orden adecuado para el día de la votación, el 16, pero no para los siguientes. Dimitió porque nunca tuvo autoridad suficiente, desde el primer día de su sorprendente nombramiento como jefe de gobierno por Alcalá Zamora, y la poca que tuviera la perdió con su absoluta derrota electoral y su incapacidad de gestionar un escenario postelectoral que lo contrarió absolutamente; y si sucumbió a alguna presión, la más difícil de superar y la que por tanto lo afectó directamente, fue la de los militares que despreciaban la democracia y la de las derechas que despreciaron las elecciones y sus resultados. Ya antes de dimitir, los incidentes empezaron a remitir el 18 de febrero, como reconocen Álvarez Tardío y Villa, para añadir, de nuevo torticeramente, que la noticia de algunos nuevos episodios de mucha menor intensidad y gravedad que el día anterior, pero eso no obsta para que supongan que para Portela “eran sintomáticos de lo que estaba por desencadenarse”. Lo que se desencadenó luego a partir del 19 no estuvo en línea de continuidad con las manifestaciones anteriores, fue consecuencia de la espantada de Portela, que fue igualmente irresponsablemente seguida por muchos de sus gobernadores y sus delegados gubernativos; quedando el orden público fuera de control en la transición de un gobierno a otro. Aún así no hubo ningún aprovechamiento revanchista del Frente Popular de ese vacío de gobierno efectivo – como se sigue sugiriendo siempre – sino más bien una acción desmedida por parte de las fuerzas de orden público, que causaron las tres cuartas partes de las 16 muertes producidas entre el 19 y el 20. A la

¹⁶ Idem, p. 298

¹⁷ Idem, p. 312

que el gobierno de Azaña tomó posesión y restableció la red de gobernadores y delegados gubernativo descendió la violencia; no pueden no reconocerlo Álvarez Tardío, aunque empeñados en su relato afirman a renglón seguido “si bien no regresó ni mucho menos a una situación normalizada”. Un relato tramposo que enlaza con el de la primavera sangrienta del Frente Popular elaborado por la derecha antirrepublicana para justificar la conspiración y el golpe militar que finalmente se dio el 17 de julio, que ya he analizado en un texto anterior¹⁸.

4. NO HAY CUERPO DEL DELITO, PERO EN-REDA QUE ALGUNA SOSPECHA QUEDARÁ

Finalmente, Álvarez Tardío y Villa se empeñan en desacreditar, de nuevo más con insinuaciones y testimonios de parte – de la derecha de la época – el resultado final que dio la mayoría absoluta al Frente Popular, tras el recuento definitivo, la celebración de elecciones que no habían sido posibles el 16 de febrero, la resolución definitiva de actas discutidas por la Comisión correspondiente de las nuevas Cortes y la repetición de las elecciones en Cuenca y Granada, que fueron anuladas por el Congreso; aunque no hubo que esperar al final de ese proceso para saber que la mayoría del Frente Popular era absoluta. Álvarez Tardío y Villa, haciendo caso omiso de las reglas del juego existentes y tomando como referencia la información de la prensa de derechas, pero no la de izquierdas, enredan todo lo que pueden ese resultado, lo embarran, sin que consigan a pesar de todo poner en cuestión el resultado mediante un criterio historiográfico objetivo ni demostrar el fraude general que el título del libro presupone. El escrutinio inicial –a falta de la celebración de una segunda vuelta el 4 de marzo en Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Soria y Castellón, que sumaban 20 escaños en liza– adjudicó al Frente Popular

259 diputados, veintidós por encima de la mayoría absoluta, frente a 191 del resto que Álvarez Tardío agrupan de manera impropia bajo el epígrafe de “candidaturas antirrevolucionarias” (189) más dos diputados del PNV que separan de unos y otros de manera insólita (quizás cobrándose por anticipado que no secundaran la sublevación del 17 de julio). Los autores se entretienen en hacer una nueva adjudicación de votos a las diferentes candidaturas –una estimación, ya que el sistema electoral, que permitía al votante escoger individualmente entre las candidaturas y por tanto mezclar, no permite la adjudicación indiscutible– basándose exclusivamente en los datos documentados en las Cortes; hicieron un trabajo de consulta meritorio, no sé si a la busca de un supuesto cuerpo del delito, pero el resultado final de su propia estimación –que tiene también inconvenientes estadísticos y manejo de datos discutible, sobre lo que sería largo entrar aquí en detalle– aparte de rebajar en algo más de 100.000, sobre 4,55 millones, los atribuidos al Frente Popular es de constatar que aunque por menos éste habría vencido y que la traducción en escaños no habría variado. No hay ningún vuelco en esa confirmación de lo que ya había escrito Tusell, a pesar de que él trabajara con fuentes documentales más imperfectas. No hay cuerpo del delito y aun así los autores se empeñan en revolver lo que pueden, a ver si lo encuentran; a juzgar por lo que nos han presentado en este libro ha sido en vano.

De entrada, en la línea de su interpretación conspiranoica de la dimisión de Portela, empiezan por querer desacreditar todas las elecciones que se acabaron de celebrar –algunas no se pudieron hacer el 16 de febrero y se realizaron en los días siguientes –y desde luego las que tenían que realizarse en segunda vuelta. El argumento, ¡cómo no!, será el de la continuidad de la

¹⁸J. L. Martín Ramos, op.cit.

movilización, esas manifestaciones consideradas como el arma artera del Frente Popular para violentar la legalidad; y ahora añadirán la sospecha de que el gobierno habría prevaricado, permitiendo “la ilegalidad manifiesta” de que se celebraran las elecciones pendientes en Málaga, el 20 de enero, “en medio de manifestaciones y violencias, que contravenía explícitamente dos artículos de la ley electoral”¹⁹. Los que están prevaricando, historiográficamente hablando, son ellos. Esos dos artículos de la ley de 1907, que no fueron modificados- el 67 y el 69 - no dicen nada sobre la celebración o no de las elecciones sino sobre la incursión en delito de quien con “todo acto, omisión o manifestación contrarios a esta ley o a disposiciones de carácter general dictadas para su ejecución que (...) tenga por objeto cohibir o ejercer presión sobre los electores para que no usen su derecho, o lo ejerciten contra su voluntad”, el 67, incluso quien lo haga “de cualquier otro modo no previsto en esta ley”, el 69”. La acusación de “ilegalidad manifiesta” por permitir que se hiciera la votación es una manifiesta calumnia; lo que habría sido una ilegalidad y una temeridad era anularla preventivamente. Los autores insisten en desvirtuar la ley electoral para seguir acusando al Frente Popular de ilegalidad, también en el escrutinio cuando a cuenta del de Cáceres, en el que se discutió la aceptación de algunas actas que habían llegado en sobre abierto, la Junta de Escrutinio tenían que haberlas rechazado y sustituido por las certificaciones que presentarían los candidatos por “prescripción legal” de acuerdo según ellos con el artículo 51 de la Ley electoral. Leen mal, ese artículo no “prescribe”- es decir ordena - el uso de esos certificados sino considera la posibilidad: “Si faltase el acta de alguna sección podrá suplirse con

¹⁹ Idem, pp. 393-394.

el certificado de la misma, que presentará el candidato o apoderado suyo en forma”, lo que es ratificado en tales términos por la Circular de la Junta Central del Censo Electoral de 2 de julio de 1921; sustituyen el verbo poder por el haber a su conveniencia y en detrimento de la verdad. Y tampoco es de recibo el rechazo constante al uso del “criterio moral” en la decisión, que era la definitiva, sobre las actas por parte de las Cortes; su invocación de que el único criterio que las Cortes tenían que considerar era el jurídico obvia que una de las principales modificaciones de la Ley electoral aprobada en 1931 era la sustitución en esa función del Tribunal Supremo - es decir del criterio jurídico estricto - por las Cortes, a las que corresponde un criterio político soberano o “moral” como se decía entonces. A los autores les puede no gustar aquella ley y sus modificaciones de 1931 y 1933, pero era la vigente, la que establecía las reglas del juego, que tampoco el gobierno radical-cedista de 1934-1935 modificó. No vale aquí la exigencia a las Cortes de entonces de aplicar una regla del juego distinta, por mejor que esta última nos pudiera parecer.

Nadie niega que en las elecciones y su escrutinio se produjeron irregularidades, pero desde Tusell quedó claro que no fueron de tal calibre como para alterar fundamentalmente el resultado, ni poner en cuestión la mayoría absoluta del Frente Popular. Por mucho que lo intentan, al menos en dar esa sensación, en una exposición descriptiva, desorganizada y alterada por los juicios de valor e intención, Álvarez Tardío y Villa no lo consiguen de ninguna manera. Haciendo el resumen de esa exposición, las circunscripciones conflictivas, en las que se podrían haber producido pucherazo significativo en el voto o en el escrutinio son una docena: Alicante, Badajoz,

Córdoba, Sevilla, Jaén, Las Palmas, Murcia, Vizcaya y Málaga, Cáceres, Santa Cruz de Tenerife, Valencia-provincia y las de Galicia pero en ninguna de ellas hay realmente caso fehaciente de delito electoral y solo se podrá discutir en términos de pucherazo en las tres últimas. En las cuatro primeras lo que hubo fue pactos entre el Frente Popular y los centristas de Portela o entre éstos y los “republicanos progresistas” en perjuicio de la CEDA, orientando a sus electores al ejercicio del voto mezclado para minimizar los resultados de la derecha; eso puede ser motivo de debate político, pero nada más, y era una práctica presente en otros procesos electorales europeos por ejemplo el francés. Además ese tipo de pactos locales no era infrecuente. Los autores reconocen que “deslealtad no equivale a ilegalidad”; aparte de que la acusación de “deslealtad” es improcedente y una muestra más de su sectarismo y esquematismo, tendrían que haber obrado en consecuencia no incluyendo esas circunscripciones en el relato de las irregularidades. En Jaén, los incidentes que se produjeron no tuvieron suficiente entidad hasta el punto que los candidatos de la CEDA aceptaron el resultado. En Las Palmas, las denuncias no tienen más base documental que la prensa de derechas y no puede aceptárselas sin más como prueba objetiva; el principal conflicto, además, fue una pugna entre cedistas y radicales: las derechas dieron la votación por mayorías por perdida e intentaron descabalgarse al radical Guerra del Río de su opción por minorías, lo que benefició al Frente Popular. En Murcia-provincia, los autores reconocen que de haberse subsanado las irregularidades que se produjeron no habrían variado el resultado: victoria al Frente Popular por mayorías, los diputados por minorías a los centristas y derrota de la CEDA. Tampoco hay caso. Como no lo hubo en Vizca-

ya, donde se señalan, sin más, presiones, de los nacionalistas sobre los tradicionalistas. También es más que discutible que la elección por minorías en la ciudad de Málaga, a pesar de las manifestaciones y de las irregularidades hubiesen dado un resultado diferente al que dieron; el contrincante del Frente Popular se había retirado y el candidato del Frente Popular no necesitó más que la mitad de los votos que obtuvo para hacerse con el escaño.

Sí pudo haber caso en Cáceres, donde Álvarez Tardío y Villa proponen el vuelco total del reparto de escaños, por aquella mala lectura de la ley electoral que ya se ha citado. A esa lectura tan particular de la legislación vigente Tardío y Villa añaden otro vicio, el de pretender hacer un escrutinio alternativo, imposible, y además concluirlo siempre en beneficio de la derecha, dando credibilidad a las quejas de ésta pero no al revés y tomando como referente para esa nueva adjudicación los resultados electorales de 1933 en las circunscripciones o mesas en conflicto, lo que podría servir para plantearse interrogantes pero no para resolverlos de manera concluyente. Un ejemplo claro es el trato dado a los resultados en Valencia-provincia donde a falta de algunos datos por incorporar de unas ocho poblaciones el resultado oficioso daba una ligera ventaja al Frente Popular de 400 votos. No se llegaron a contabilizar los datos de 8 municipios y de tres mesas de otros tres; pues bien teniendo solo los datos de 3 municipios los autores se atreven a hacer un escrutinio alternativo del que resulta que el Frente Popular habría de perder 2 diputados, por una estrecha diferencia de 75 votos. Decisión sorprendente, los pueblos y las mesas sin datos conocidos sumaban una población de 40.000 habitantes y es probable que el recuento de esos votos perdidos hubiese producido un nuevo cambio

en la adscripción final de escaños; ante esa duda, más que razonable, Álvarez Tardío y Villa tenían que haberse abstenido de todo escrutinio propio. También hubo caso en Santa Cruz de Tenerife y las provincias gallegas, aunque frecuentemente el conflicto no era entre izquierdas y derechas sino entre derechas y centro-derecha.

No hace falta cansar al lector con más detalles, los señalados son ya suficientes para ilustrar la errónea práctica historiográfica de quienes han titulado su libro descalificando las elecciones del 36 por fraude. Valga con una consideración final: si diéramos a los autores absoluto crédito en los cambios de adjudicación que proponen en Tenerife y Galicia, donde las denuncias de irregularidad eran más sólidas, el Frente Popular habría perdido una docena de escaños (8 en La Coruña, 2 en Lugo y 2 en Santa Cruz de Tenerife), pero la mayoría absoluta del Frente Popular se habría mantenido con 247 escaños. Incluso si por hipótesis les concediéramos también todo el crédito en los casos de Cáceres, Valencia-provincia y Málaga-ciudad el total de escaños perdidos sería de 20 - los 12 anteriores más 5 de Cáceres, 2 de Valencia-provincia y 1 de Málaga-ciudad); aún así - lo que es inverosímil por completo - el Frente Popular antes de la segunda vuelta habría tenido ya la mayoría absoluta con 239 diputados (la mitad más uno que marcaba la mayoría absoluta era de 237) antes de la segunda vuelta pendiente. Pero esto último solo es una prueba del nueve al revés, la realidad legal es que en el primer acto de las elecciones el Frente Popular ya consiguió la absoluta y la realidad material no debió quedar lejos de esa posición que nunca se perdió. Tras la segunda vuelta el Frente Popular sumó a la mayoría absoluta 8 diputados más.

Las Cortes que se reunieron a mediados de marzo, eran legítimas, como la mayoría absoluta que había en ellas. El Frente Popular había vencido legal y políticamente y no cabe poner en interrogantes esa victoria, por mucho detalle que se acumule en una inconfesada pequeña causa general contra las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular. Luego las Cortes actuaron de acuerdo con la ley y en pleno ejercicio de su soberanía resolviendo impugnaciones y tomando decisiones de revalidación o cambio, y algunas de anulación. Los autores no pueden menos que reconocer ante el lector- probablemente agotado por la acumulación descriptiva y los enredos- que la Comisión de Actas de las Cortes, que dieron 6 escaños más al Frente Popular: "había contribuido ciertamente a reforzar el cupo de escaños del Frente Popular. Pero no fabricó una mayoría que era ya una realidad cuando se completaron las operaciones de escrutinio y se constituyó interinamente el Congreso. De ahí que todos los grupos conservadores acabaran aceptando, con más o menos reservas, este hecho consumado"²⁰. La discusión de la Comisión de Actas tuvo mucho ruido político, pero muy escasa trascendencia en la configuración general de la cámara; lo más coherente habría sido reconocer al principio del libro lo que se hizo al final y no entrar ya en el detalle de este nuevo paso, para el que se tendrían que tener en cuenta muchos más factores que el puramente electoral. La decisión mayor de las Cortes fue la anulación de las elecciones celebradas en Cuenca y Granada, que habrían de celebrarse el 3 de mayo. El debate sobre esas anulaciones y sobre las elecciones repetidas ya no forman parte, propiamente, del momento del 16 de febrero, se inscriben en el nuevo escenario político configurado por aquellas elección-

²⁰ Idem, p. 496.

nes generales. El Frente Popular llevaba las de ganar en Granada y las de perder en Cuenca, pero como la derecha antirrepublicana, para entonces, ya estaba en la senda de la conspiración las encararon a título de agitación; se retiró en Granada llamando a la abstención y confundió con sus listas en Cuenca, en las que quisieron incorporar a José Antonio Primo de Rivera y a Franco. El Frente Popular ganó 17 diputados más (13 por Granada, el copo; y 4 por Cuenca, por mayorías); una nueva ampliación que ya no tuvo trascendencia parlamentaria ni política.

José Luis Martín Ramos
(UAB)

José Luis Oyón i Juanjo Romero (eds.): *Clase antes que nación. Trabajadores, movimiento obrero y cuestión nacional en la Barcelona metropolitana, 1840-2017*, El Viejo Topo, Barcelona, 2017, pp.461.

José Luis Oyón i Juanjo Romero ofereixen una de les darreres aportacions en torn a la relació entre la classe obrera i la nació a Espanya, i concretament a Barcelona. Aquest constitueix un treball ambiciós tant per la temàtica com per l'amplitud de la cronologia proposada. Però, sobretot, per la incorporació de plantejaments complexos procedents de la història política, social i urbana, atents a variables demogràfiques, socioespacials, polítiques, entre d'altres, en les anàlisis sobre la classe obrera. Això convida, com és el cas, a un esforç col·lectiu; així, s'apleguen noms d'estudiosos de prestigi de diversos àmbits i formació. A banda dels editors, hom troba Pere Gabriel, Álvaro Girón Sierra, Eduard Masjuan, Enric Ucelay-Da Cal, José Luis Martín Ramos, Enrique Tudela Vázquez, Martí Marín,

Marc Andreu Acebal, Marina Subirats i Carlos Calvo.

El comentari individualitzat de cada capítol excediria l'espai reservat a aquesta ressenya. Per tant, sense descurar completament les contribucions dels respectius autors, ací es posa especial atenció en la introducció, apèndix i capítols dels editors atès que marquen el to del llibre i suposen més d'un terç del text. Al respecte, en general, el lector troba a les pàgines de l'obra la hipòtesi, perfectament il·lustrada al títol, que la classe obrera catalana y el nacionalisme segueixen camins separats que, a més, quan es creuaven s'abocaven necessàriament a la confrontació: classe abans que nació, sinó en contra.

Així ho mantenen sobre tot els editors, per bé que alguns capítols com els de Gabriel, Ucelay-Da Cal i Martín Ramos, semblen apuntar en una direcció, com a mínim, més matisada; de fet, fins i tot Oyón i Romero proporcionen pistes que qüestionen dita idea. El gros del treball s'alimenta d'una concepció potser una mica reduccionista del nacionalisme i dels processos de construcció nacional, i es connecta amb un argumentari clàssic que vincula exclusivament nacionalisme amb burgesia —i sovint nacionalisme amb catalanisme— i contraposa de forma excloent internacionalisme proletari i identitat nacional.

Si prenem un exemple concret, a l'apèndix signat per Oyón i Calvo, es recull un article de *Solidaridad Obrera* de 19 d'abril del 1931 en què s'afirmava que l'estima proferida a Macià per part del poble català no el portaria a permetre límits entre ell i els germans de la resta de regions; especialment els obrers s'oposarien a la separació del proletariat d'Espanya. Igualment, en la mateixa edició s'advertia de la injustícia d'implicar-se en els afers d'una regió, quan caldria fer-ho en els del conjunt d'Espa-

nya de cara a majors horitzons. Finalment, entre abril i maig del 1931 des de la CNT s'apostaria per la vaga, la insurrecció armada i altres mitjans en cas d'un intent separatista català, basc o galleg, al mateix temps que s'indicava que per a assolir la meta internacionalista caldria mantenir la unitat obrera espanyola. S'havia de lluitar pels interessos de tots els pobles d'Espanya i situar per damunt de Catalunya els principis internacionalistes del proletariat espanyol. Per als autors tot això es resumeix amb la idea de la unitat de la classe per davant de la nació.

No obstant, precisament en aquells escrits es mostra un internacionalisme que no qüestionava la nació, sinó que la prenia com a base de la solidaritat proletària. Espanya romaní com a base des de la qual es bastia la fraternitat obrera. Catalunya podia representar una amenaça, però no Espanya; l'internacionalisme tenia un ús ben concret. En general, l'internacionalisme, com el component classista, caracteritzava la idea de nació emprada pel moviment obrer, però no necessàriament l'havia de negar. En l'obra diversos autors identifiquen aquelles construccions en el cas del moviment obrer català, com ho fan Gabriel o el propi Oyón. Tanmateix, això no mena a reflexions majors. Així, per moments, els autors continuen reproduint la naturalització del marc nacional espanyol que feien els propis protagonistes dels estudis.

Res de nou hi ha en aquest argument. Malgrat que fins la dècada del 1970 ha dominat la noció d'una identitat de classe que eclipsaria per complet altres variables com la nació, des de la del 1980 això ha estat profundament revisat. Aportacions clàssiques com les de Jolyon Howorth sobre la utilització del patriotisme per a trencar l'aïllament obrer, i que recorden a la noció d'integració negativa en l'estat-nació

de Dieter Groh; les propostes analítiques de Marcel Van der Linden per a estudiar aquella integració, completades per altres autors com René Gallissot, qui posà èmfasi en la immersió obrera en el marc ideològic i cultural nacional; les reflexions de Stefan Berger i Angel Smith sobre els ponts entre la retòrica i les construccions populistes i les obreres classistes; així com els estudis a càrrec de Kevin Callahan i Marc Mulholland que apunten a la conflictiva, però possible, forja de narratives nacionals des del moviment obrer, sense trencar amb, sinó a partir de, l'inter-nacionalisme proletari, el qual habilitava un patriotisme acceptable per a l'obrerisme en què l'estima i defensa de la pròpia nació es compaginava amb una voluntat pacifista i fraternal vers la resta; aquest últim autors, a més, remetent a treballs molt anteriors d'altres com Sinclair W. Armstrong o John Schwarzmantel. Tot plegat esdevenen sols algunes mostres d'autors i obres —més enllà de les referències a Hobsbawm que presideixen la introducció del llibre— sobre el moviment obrer europeu que han posat de manifest la incorporació política i cultural obrerista a la nació des de finals del segle XIX; la llista pot estendre's amb treballs tan importants i interessants com els de Paul Ward i Martin Wright, a l'àmbit britànic, o Robert Stuart, per al cas francès, qui ha assenyalat que la narrativa del nacionalisme hauria servit històricament de matriu de significat també al moviment obrer, que trobava en l'apropiació de la nació una estratègia útil de legitimació. Gràcies a aquests i molts altres, la historiografia ha assentat perspectives que superen la idea tradicional de la confrontació exclouent entre classe i nació, en favor d'una visió que subratlla l'efectiva convivència i els contactes entre classe i nació, tant en els casos de nacions i nacionalismes amb estat com sense. La historiografia es-

panyola no desconeix per complet aquestes línies d'investigació, com ho proven els treballs sobre diferents cultures polítiques obreristes d'investigadors com Pilar Salomón, Ferran Archilés, Antonio Rivera, Vega Rodríguez Flores o, per al cas anarquista i de forma recent, Josefa Alcolea.

A més, també crida l'atenció la relativa absència del període de la Guerra Civil, per al qualels professors Núñez Seixas i Álvarez Junco, entre d'altres, han provat la inclinació nacional espanyola del moviment obrer; cosa que en el cas anarquista també han anotat investigadors com Martin Baxmeyer. En connexió amb aquest punt, amb l'excepció quasi exclusiva de Martín Ramos, també l'antifeixisme obrer és omès, tot i suposar una formulació en què la nació jugava un rol destacat d'acord, entre altres, amb Gilles Vergnon i Serge Wolikow.

Això no obstant, com s'ha dit al principi, el llibre resulta un estudi ambiciós en molts aspectes i probablement més complex del que el títol pot suggerir. Si la classe obrera es va posar per sobre de la nació —catalana—, mentre *naturalment* existia una identificació nacional espanyola; tal volta plantejar-se els vincles entre classe obrera i nació espanyola fóra ben profitós per a conèixer les relacions entre classe i nació.

Aurelio Martí Bataller
(Grup d'Estudis Històrics sobre les Transicions i la Democràcia, GEHTID)

Fernando Hernández Sánchez, *El bulldozer negro del general Franco. Historia de España en el siglo XX para la primera generación del XXI*, Barcelona, Pasado&Presente, 2016, pp. 222

Come indica il sottotitolo, il lavoro di Fernando Hernández Sanchez, storico e professore associato dell'Università Auto-

noma di Madrid, si propone di presentare una storia della Spagna nel ventesimo secolo per i cosiddetti millennial. Presidente della associazione *Entresiglos 20-21: Historia, Memoria y Didáctica*, l'autore si occupa in particolare dell'insegnamento della storia del tempo presente nelle scuole superiori. Non stupisce quindi che l'epilogo del libro contenga delle vere e proprie istruzioni agli insegnanti, basate sulle indicazioni ministeriali per lo studio della storia recente (1975–fino all'attualità) al primo anno del *bachillerato*. Non un lavoro accademico, ma un testo che si propone di costituire un sussidio didattico, in dichiarata rottura con la continuità che ha caratterizzato i manuali scolastici dall'epoca di Franco in poi. Si sono evitate citazioni in nota, mentre una bibliografia essenziale è posta alla fine del volume. La parte grafica inoltre è ridotta al minimo e quasi interamente costituita – cosa che dovrebbe far apprezzare il libro ai nativi digitali – di codici QR che rimanda a documenti multimediali reperibili in rete. Così concepito, il testo di Hernández Sánchez si colloca come terminale di una rete di *public history* integrata, da leggere con un dispositivo mobile in mano (cellulare o tablet o, con appositi accorgimenti, con un pc collegato a internet), ma questo accorgimento comporta anche il rischio della volatilità del materiale reperibile in internet e quindi, in alcuni casi, di dover privare il lettore del materiale di supporto. Tuttavia attraverso il codice QR, guidati dal testo, si ha accesso a centinaia di documenti audiovisivi, che sarebbe impossibile inglobare in un testo tradizionale. Da parte dell'autore si è trattato di un notevole lavoro di ricerca e dell'indicazione di un metodo di studio integrato che potrà dare notevoli risultati in futuro.

Ma il merito maggiore del testo consiste nel presentare una vera e propria

contro-storia della Spagna contemporanea, individuando i momenti cruciali della Transizione spesso sottaciuti o sottovalutati dalla manualistica e che non trovano spazio nei *curricula* ufficiali, anche per il tempo ridotto che si può dedicare alla storia del Novecento. Del resto, secondo un'inchiesta realizzata nel 2003, citata dall'autore, circa metà dei sedici-diciassettenni non ha mai studiato il Franchismo, per mancanza di tempo (p. 167). E da allora la situazione non è andata che peggiorando. Quindi, la storia recente della Spagna come del mondo contemporaneo trova altre strade per raggiungere i liceali, e si va creando così un senso comune che mira a costruire una cittadinanza acritica e intellettualmente inerme, soprattutto considerando anche che, di fronte all'incapacità della scuola di fornire strumenti di interpretazione e di studio, l'interesse dichiarato degli studenti per la contemporaneità raggiunge circa l'80%, secondo i sondaggi riportati nel testo. Mentre circa il 70% degli insegnanti di storia utilizza come strumento solamente il manuale. A questo occorre poi aggiungere la necessaria subordinazione degli editori scolastici alle leggi di mercato, tanto che in alcune scuole, come quelle private, gli argomenti scomodi del Franchismo permangono tabù.

Luoghi comuni, tabù, intangibilità della monarchia e dei suoi apparati centralizzatori, inedia intellettuale. Ma non è solo questo che impedisce una seria disanima critica degli anni del Franchismo e della più vicina contemporaneità. Come ha sottolineato lo stesso autore in un'intervista rilasciata nel 2016 al sito «Sociologia Critica», la manualistica è restia a recepire i risultati della più recente ricerca storiografica, accontentandosi dei luoghi comuni sedimentati negli anni del postfranchismo (<https://dedona.wordpress.com/2016/04/01/>

resena-el-bulldozer-negro-del-general-franco-pasado-y-presente-2016-entrevista-a-fernando-hernandez-sanchez/, visitato il 20 dicembre 2018). A questo si aggiunga la sottile lettura della Guerra civile spagnola come sbocco della Seconda repubblica, tanto che sembra che la prima sia la diretta conseguenza della seconda. Quindi la condanna della Seconda repubblica è la logica conseguenza della condanna della Guerra civile. Ne emerge una narrazione della Spagna nella quale la monarchia diventa il regime, in qualche modo, naturale, che ne caratterizza l'identità e l'unità: la messa in discussione di questo principio conduce la Spagna al caos, che si tratti di rivendicazioni nazionali o di classe. Luoghi comuni e inerzie culturali, che emergono con tutta evidenza nell'intervista rilasciata al «Mundo» da Fernando Suárez, il 24 febbraio 2018, dal titolo significativo *Delegittimare il franchismo pone in pericolo la corona*. In questa intervista è condensata l'insieme della narrazione che poi si riscontra nella manualistica: l'autoriforma del Franchismo, la corresponsabilità di Franco e del Fronte popolare nella Guerra civile, la transizione pacifica alla democrazia favorita dall'ultimo Franchismo e dalla monarchia, la crudeltà di ambo le parti, la necessaria "riconciliazione". Anzi, a leggere Suárez, la feroce repressione del Franchismo non fu altro che la risposta, logica e necessaria, alle violenze dei "marxisti". Quindi, da ampia parte dell'intellettualità, in particolare quella compromessa in vari modi con il vecchio regime, di cui è parte lo stesso Suárez, il Franchismo è considerato il "male minore" rispetto alla possibilità di un "governo marxista": questa ombra torbida, di un Franchismo che ha salvato la Spagna dal bolscevismo, si allunga fino all'insegnamento della storia. La susseguente repressione, che l'autore documenta con

precisione, per parafrasare Clausewitz, definisce il Franchismo come “la continuazione della guerra civile con altri mezzi”. Si tratta di una lunga guerra civile, durata circa quarant'anni, di cui la Spagna del post 1975 non riesce intellettualmente a liberarsi.

E che però pervade i libri di testo. A parere di Hernández Sánchez, la ragione consiste nella differente modalità della transizione che la Spagna ha vissuto rispetto alla Germania, paese nel quale il Nazismo è stato sconfitto in una guerra mondiale, o all'Italia e alla Francia, dove, oltre alla guerra, si è sviluppato un movimento di massa di resistenza contro la dittatura nazifascista e il suo alleato Petain. Il Franchismo invece è giunto a conclusione grazie alla “autori-forma” del regime, necessaria dopo la fine biologica del suo fondatore. Una transizione caratterizzata dall'evoluzione e non dalla rottura della dittatura. Da qui l'incapacità di fare i conti col Franchismo: l'indottrinamento, la spoliticizzazione e l'adesione acritica alle verità del regime permangono come tare del passato travasate nel Franchismo riformato.

La cesura metodologica è dunque la cifra con la quale leggere il *Bulldozer negro...*, tanto che l'autore lo presenta come un vero e proprio “antimanuale” e ogni capitolo contiene una o più note (*L'angolo dei luoghi comuni*), finalizzate alla «distruzione dei luoghi comuni che hanno costituito il fondamento della storia edulcorata della dittatura, le sue premesse, il suo epilogo» (p. 16).

Sul piano storiografico, l'autore accoglie la divisione di Hobsbawm tra lungo secolo XIX, e XX *secolo breve*, ma Hernández Sánchez parte dal processo di decolonizzazione, alla fine del diciannovesimo, come occasione per la modernizzazione della Spagna, con il rientro di capitali che per-

mettono di costituire parte del sistema bancario spagnolo. La perdita delle ultime colonie ha anche significato, per le classi subalterne e per i contadini in particolare, la fine dell'odiata leva militare che colpiva i settori più poveri della popolazione, mentre i più abbienti se ne potevano liberare pagando una certa somma. Tuttavia, la sconfitta nella guerra di Cuba del 1898 e la guerra marocchina di dieci anni più tardi, vennero considerati come un disastro per la rinuncia al ruolo di grande potenza cui aspirava la Spagna, mentre le nazioni che per secoli avevano conteso alla Spagna il primato nel commercio mondiale, Francia e Inghilterra, mantenevano e ingrandivano i loro imperi.

La Spagna entrò nel *secolo breve* con le sue aspirazioni imperiali frustrate, ma, lungi dal considerare questo fenomeno un disastro, Hernández Sánchez ne rileva l'opportunità di modernizzazione. L'autore traslascia il periodo della prima guerra mondiale. Conviene tuttavia sottolineare come la storiografia recente abbia riconsiderato gli effetti della guerra sulla Spagna (vedi Francesco D'Amato e Javier Esteve Martí, *No hay neutrales. Todos estamos en guerra. La Spagna tra il 1914 e il 1918* («Rivista di Storia delle Idee», n. 2, 2015, pp. 73-87). Per l'autore del *Bulldozer negro...*, il vero e proprio ingresso della Spagna nel *secolo breve* si ha nel 1917: il segnale viene dato dallo sciopero generale dell'agosto di quell'anno e la seguente, brutale repressione. Pur essendo rimasta ai margini della guerra, la Spagna ne subì i contraccolpi, in termini di crisi economica e di acuta lotta di classe. La dittatura di Primo de Rivera, che si ispirava alle dittature coeve, in particolare al Fascismo italiano, tentò di uscire dalla crisi con il consolidamento della repressione, la creazione di un partito unico, lo svuotamento del potere legislativo del parlamento,

il rafforzamento del centralismo, che tuttavia le alienò i settori più avanzati della borghesia catalana. Si acutizzò la questione delle autonomie, basca e catalana. Questo programma, sostenuto anche dalla monarchia (Alfonso XIII aveva definito Primo de Rivera “il mio Mussolini”), si scontrò tuttavia con quasi tutti i settori sociali, portando a conclusione l’esperienza dittatoriale e coinvolgendo la monarchia in questa caduta, nonostante i tentativi di recuperare la costituzione borbonica del 1876. L’unica alternativa alla dittatura di De Rivera appariva così la repubblica, che potesse avviare le riforme necessarie all’uscita dalla crisi economica e istituzionale. Un altro dei miti che il testo di Hernández Sánchez intende sfatare è la supposta magnanimità di Alfonso XIII che, una volta riconosciuta la sconfitta, si reca in esilio volontario dando un esempio di patriottismo e fedeltà alla nazione, per evitare una guerra civile. In realtà, il re tentò fino all’ultimo di impedire l’esito repubblicano e si risolse all’esilio nell’Italia di Mussolini solo quando si accorse che l’esercito non avrebbe sostenuto un colpo di stato filomonarchico. Ma una volta in Italia, Alfonso XIII non cessò di tramare contro la repubblica, organizzando il partito della *Renovación Española* che chiese e ottenne sostanziosi aiuti in armi e denaro al regime fascista. Fino a quando, allo scoppio della Guerra civile, il 20 luglio 1936, lo stesso Alfonso XIII chiese a Mussolini armi, munizioni e aerei moderni per sostenere il *pronunciamiento* e suo figlio, Juan di Borbone, accorse in Spagna per porsi al servizio del *generalísimo*.

Mentre in genere la [Prima] guerra mondiale è l’avvenimento che ha definito il *secolo breve*, questo ruolo per la Spagna è giocato dalla Guerra civile: «il luogo della memoria nel quale si avviluppano le contraddizioni nazionali e dal quale derivano

le conseguenze sul lungo periodo» (p. 70). Ed è qui che si intensifica il lavoro critico di Hernández Sánchez. La necessità di Franco e del Franchismo riformato di giustificare la dittatura, ma anche della monarchia, nel corso degli anni ha prodotto una serie di stereotipi e false spiegazioni di questo nodo cruciale della storia spagnola. Nel periodo repubblicano, tra il 1931 e il 1936, si ebbero oltre duemilacinquecento vittime della violenza sociale e politica. E questo dato è preso a giustificazione dell’instabilità del regime repubblicano, tale da rendere necessario un intervento che riportasse l’ordine. Ma, a un’indagine più attenta, ci si accorge che il 65% di queste vittime è il prodotto del periodo del governo di destra del Partito radicale e della CEDA (1933-1935) e in particolare della selvaggia repressione militare dello sciopero delle Asturie nel 1934. Altra giustificazione, che l’autore mostra infondata, è l’eterno “pericolo comunista”. In realtà nessuno dei partiti del Fronte popolare, e tantomeno il Partito comunista spagnolo, intendevano instaurare una repubblica socialista in Spagna: l’obiettivo principale era restaurare la repubblica del biennio socialista (1931-1933). Al contrario, a partire dal VII congresso del Comintern (in realtà la svolta frontepopolista precede di un anno il settimo congresso, dopo l’ascesa di Hitler al potere in Germania) la burocrazia del Cremlino utilizzava i partiti satelliti allo scopo di consolidare un sistema di sicurezza collettivo per impedire che l’espansionismo tedesco potesse minacciare l’Urss. In Spagna in particolare, il PCE si scontrò e represses tutti coloro che, socialisti di sinistra, anarchici e membri del POUM, intendevano imprimere una svolta più radicale al programma del Fronte popolare. Come scintilla che causò la Guerra civile viene generalmente indicato l’assassinio di

José Calvo Sotelo, il 13 luglio 1936. In realtà, la storiografia recente, ripresa nel libro, mostra che i preparativi risalivano a circa un mese prima, così come i contatti tra i monarchici e il regime fascista italiano per la fornitura di aerei da combattimento. Tra il 1936 e il 1939 morirono oltre 345.000 persone, cifra che raggiunge oltre mezzo milione se si calcola il periodo che va fino al 1942. Come è ben noto, per il trionfo di Franco risultò decisivo il massiccio sostegno fornito da Hitler e Mussolini, mentre la Repubblica restò praticamente isolata sul piano internazionale, se si escludono i volontari accorsi da tutto il mondo a sostegno della causa del Fronte popolare. La guerra, benché limitata geograficamente, ebbe un profondo significato internazionale e, per alcuni storici, rappresentò il vero inizio della Seconda guerra mondiale. In realtà, solo il nazifascismo si impegnò realmente sul territorio spagnolo, mentre le cosiddette “potenze democratiche” diedero un contributo assai limitato. E si nota chiaramente, quando si fa il conto delle vittime che, contro qualsiasi tentativo di equiparare la repressione in campo repubblicano e franchista, le cifre sono impietose: durante la Guerra civile, oltre il 70% delle vittime vennero causate dall'esercito agli ordini di Franco e dalle milizie fasciste paramilitari. Ma il dato è ancora più sconvolgente se si considera che altre cinquantamila persone vennero eliminate tra il 1939 e il 1946, cosa che fa della Spagna il secondo paese al mondo per numero di scomparsi (p. 85) o sepolti in fosse comuni dopo la Cambogia. Tra il 1939 e il 1946 il Franchismo condivise con i suoi mentori internazionali, in particolare Germania e Italia, le strutture politiche, l'ideologia autoritaria, la repressione sanguinaria degli oppositori, e anche un feroce antisemitismo. In seguito alla sconfitta dell'Asse e allo scoppio della Guerra fredda,

tuttavia, la Spagna divenne un prezioso alleato degli Stati Uniti in funzione antisovietica. È in questo contesto che vennero, in qualche modo, assorbite nel Franchismo le forze moderate, come i monarchici, furono demoralizzati i socialisti e repubblicani, repressi comunisti e autonomisti, in primo luogo i baschi. Due avvenimenti esemplari testimoniano questa svolta: la sostituzione nei posti chiave dei falangisti da parte di tecnocrati dell'*Opus Dei* e la restaurazione della monarchia. Nel 1967, Franco designò Juan Carlos di Borbone come suo successore a capo di una monarchia fondata sui principi della dittatura. Tuttavia la transizione alla “democrazia” non fu pacifico né indolore, come sostengono ancora oggi gli eredi di Franco e un senso comune diffuso anche nei manuali scolastici. Dal 1975 al 1983 una sporca guerra strisciante fu condotta dai sostenitori del regime che non si rassegnavano alla fine della dittatura, in particolare contro l'Eta e il movimento operaio e comunista, col sostegno della polizia, del Movimiento Nacional e di apparati dello Stato. Del resto non c'è mai stata una Norimberga spagnola e mai furono giudicati per i loro atti, le torture e i crimini commessi nel periodo della dittatura, né i membri della Brigada Político-Social, che anzi vennero ricompensati con onori, pensioni e decorazioni dai ministri della nuova “democrazia”, né altri esponenti del regime. È un'eredità scomoda, della quale la Spagna non riesce a liberarsi. Fare i conti con il proprio passato, dissipando le ombre che si allungano sulla Spagna contemporanea, cominciando dalla scuola, è dovere civico di chi invece ha la responsabilità di insegnare la storia (p. 198). Questo testo intende fornire uno strumento utile per compiere questo dovere civico.

Gino Candreva
(Istituto Pedagogico della Resistenza)

Rosa Congost, *Les lliçons d'història. El jove Pierre Vilar (1924-1939)*, Barcelona, L'Avneç, 2016.

El llibre que ens ofereix la historiadora Rosa Congost, catedràtica d'Història econòmica a la Universitat de Girona, planteja resseguir els anys crucials de la formació intel·lectual de Pierre Vilar (1906-2003), des del seu ingrés en l'École Normale Supérieure de Paris fins al final de la Guerra civil espanyola. La temàtica del present llibre i la seva cronologia (tot i que fins al final de la Segona Guerra mundial) van ser objecte de *Pensar històricament*, un treball anterior de la Dra. Congost, que, publicat a l'any 1995, es fonamentava precisament en una sèrie de reflexions que el mateix Pierre Vilar havia dictat a Rosa Congost. Aleshores l'autor de *Catalunya dins l'Espanya moderna* explicava com havia arribat a formar-se com a historiador. Si en l'edició de 1995, Rosa Congost havia pogut basar-se principalment en les memòries de Vilar, el present volum es fonamenta sobre un gruixut documental, majoritàriament epistolari, que prové de l'arxiu familiar de Vilar. En aquest context, la historiadora gironina remarca, en la introducció, les coincidències d'algunes parts del present estudi amb els records que un vell Pierre Vilar, gairebé cec, li explicà i que foren a la base del citat *Pensar històricament*. Congost ressalta les capacitats de Vilar i insisteix que el seu objectiu en publicar les presents "lliçons de la història" és ajudar a difondre l'actitud metodològica del gran historiador francès a totes les persones que estudien història, específicament "als meus alumnes", però també al conjunt de la societat que, d'aquesta manera, pot gaudir d'una "gran lliçó d'Història". De fet, si una cosa traspuja des de les pàgines del volum és el mètode d'estudi de Vilar, la seva naturalesa reflexiva que pretén

sempre investigar i pensar críticament el món que l'envolta.

La primera part del llibre, titulada "Paris", se centra en el desenvolupament i evolució dels estudis de Pierre Vilar a la capital francesa i es nodreix del riquíssim epistolari del protagonista a la tia Françaçoise Vidal, mestra de professió, i a la seva germana Marie Vilar, tres anys més grans d'ell i que es llicencià en història a la Universitat de Montpellier. Les cartes de Pierre Vilar ens mostren la seva adaptació al medi intel·lectual de l'École Normale, aquesta prestigiosa institució que tindrà una importància cabdal en la seva formació professional i en la seva vida. Podem conèixer les xarxes de sociabilitat dins la institució i els companys d'estudis més propers a Pierre Vilar, les seves lectures, les lliçons dels seus professors i les seves primeres experiències docents i de recerca. En aquest marc, destaquen les seves reflexions metodològiques i el seu descobriment de la geografia i l'economia, així com la seva crítica la història purament factual i política aleshores en voga i la necessitat d'una nova història sensible a les dinàmiques socials i econòmiques. Aquest interès queda patent en unes afirmacions del novembre de 1925 en que escrivia que «sense la història moderna i la geografia un es tornaria boig» (p. 74). La seva constant preocupació cap al món que l'envolta, queda palesa en l'evolució ideològica de Pierre Vilar que, des d'unes vagues idees republicanes d'esquerra i pacifistes, fruit de la seva formació en la França traumatitzada per la Gran Guerra, madurà fins a una progressiva simpatia política cap al comunisme, així ho testimonien el seu compromís en el Grup d'Estudis Socialistes i la seva experiència en el si de la Unió Federal d'Estudiants, una militància que però no acabà concretant-se en una afiliació al Partit comunista malgrat la seva proximitat. L'epistolari ens explica

també el seu amor per a Margot Kassovitz, una jueva que provenia de la Iugoslàvia. La relació fracassà per les intromissions paternes de la jove que no la veia amb bons ulls.

La segona part del llibre, "Barcelona", ressegueix els anys centrals de la formació de Pierre Vilar que coincideixen amb la seva redacció del treball de final de carrera que centrarà en la geografia econòmica industrial del Principat. Tal i com els lectors de *Catalunya dins l'Espanya moderna* saben des de la lectura d'aquell magnífic capítol autobiogràfic que és la introducció del llibre, Vilar explicà que arribà a la capital catalana la tardor de 1927 i s'instal·là a la Residència d'Estudiants. L'epistolari vilarià ens permet reviure l'entusiasme i el descobriment del "fet diferencial català", així com les noves amistats: Miquel Ferrà, director de la Residència; Pau Vila, referent de la geografia catalana; Gonçal de Reparaz, el jove geògraf que parlava «en un francès tant elegant, tan ràpid, tan parisenc que gairebé no el comprenia» (p. 241); la diplomàtica mexicana Palma Guillen, delegada de l'Institut de Cooperació Intel·lectual del seu país; Nicolau d'Olwer que li «semblava tan parisenc com ell» (p.243) o Carles Pi i Sunyer, entre d'altres.

Un cop diplomata, Vilar aconseguí publicar l'article "La vie industrielle dans la région de Barcelone" a la revista *Annales de Géographie* (1929). Després del servei militar, Vilar torna a Espanya ara amb una beca per estudiar a la Casa de Velázquez a Madrid amb la finalitat de continuar els seus estudis i continuar-los sobre temàtica catalana. A la capital de l'estat, a final de 1930, coneixerà a Gabrielle Berrogain que havia d'esdevenir la companya de la seva vida.

El 14 d'abril de 1931, trobem Vilar a la plaça de Sant Jaume de Barcelona i el seu testimoni sobre la República és ambivalent ja que passa per fases d'entusiasmes

a moments de desànim com es comprova en aquesta àcida frase en què afirma de sorprendre's «davant d'aquest entusiasme innegablement popular per aquest gran burgès Alcalà Zamora, per a aquests bojos Galán, Hernández, Franco, Macià, que entenen tant en política com jo en teologia [...]» (p.305).

Uns mesos després, la Generalitat l'anomenava professor de francès de l'Escola de Mestres i Mestresses i també Gabrielle Berrogain aconseguia trobar feina i els dos es casarien el juliol de 1933. Els anys següents, Pierre Vilar obtingué la plaça de professor a l'Institut Francès de Barcelona i la seva esposa la d'arxivera de l'Arxiu de la Corona d'Aragó. Finalment la guerra civil espanyola sorprengué la família en les vacances estiuenques a França. El llibre ressegueix el compromís de Vilar a favor de la causa republicana i les seves activitats a favor d'un poc conegut Comité Cervantes d'intel·lectuals francesos prorepublicans. L'epistolari, ara de Vilar amb la seva esposa, ens permet veure el desànim de Vilar cap a un part de l'hispanisme que, amb homes com Maurice Legendre, es posicionava a favor de la propaganda franquista, així com el suport generalitzat al comitè de no intervenció per una part majoritària de l'opinió pública francesa.

Les reflexions de Pierre Vilar durant els anys de la Guerra civil són altament instructives, així com la seva maduració cap a la història com a eina per entendre el passat i el present. En el mateix sentit, la seva evolució al marxisme queda palesa, tant pel descobriment dels estudis de Marx sobre Espanya com pels marxisme com eina d'aproximació a la realitat: «només el marxisme pot exaltar una eficàcia del pensament, tot mostrant-se, en cada etapa revolucionària, més conscient, per tant més lliure, davant tot el que el constreny»

(p.428). De la mateixa manera, una carta enviada a un interlocutor castellà (no identificat: Claudio Sánchez Albornoz?) ens mostra també la seva voluntat d'estudiar la formació dels nacionalismes a la península ibèrica pels sentiments oposats que suscitaven en els espanyols. En aquest sentit, Vilar explicava al seu interlocutor que «li confessaré que una de les raons que em fan considerar Catalunya com una “nació” és el fet que sigui detestada com a nació pels seus veïns; n'hi ha prou amb prendre el tren de Barcelona a Madrid per sentir els castellans parlar dels catalans com els francesos parlen dels alemanys durant la guerra.» (p.439).

La realitat catalana impressionà Pierre Vilar des de 1927 i des d'aleshores continuarà a estudiar-la, com demostrà amb la seva tesi d'Estat, la citadíssima *Catalunya dins de l'Espanya moderna*. El llibre que ens proposa Rosa Congost ens permet reconstruir l'aventura intel·lectual fascinant del jove Pierre Vilar i una aproximació suggerent a l'enfoc metodològic que acompanyà a l'historiador francès per tota la seva vida.

Giovanni C. Cattini
(Professor Serra Hùnter – Universitat de
Barcelona)

Óscar Pérez Solís, *Un vocal español en la Komintern y otros escritos sobre la Rusia soviética, edición e introducción de Steven Forti*, Valencina de la Concepción (Sevilla), Renacimiento, 2018

“El viaje a Leningrado por ferrocarril, cruzando el Volga por Twer, que aun no se llamaba Kalinin, y el Volkhov, por donde hoy se oye con acento de gloria el castellano...” (p. 93). Así recordaba Óscar Pérez Solís el 13 de marzo de 1942, en plena acción de la División Azul sobre el frente oriental durante la Segunda Guerra Mun-

dial, sus últimos días en tierras soviéticas en 1924. Relataba su “huida de Rusia”, según el título de este texto que formaba parte de la serie de once entregas titulada “Un vocal español en la Komintern”, publicada en *El Español* de Juan Aparicio entre noviembre de 1942 y marzo del año siguiente. Por supuesto, esta reivindicación de la participación española junto a la Wehrmacht no era casual: era una manera de mostrar su posicionamiento junto al triunfante régimen franquista y su colaboración con la Alemania nazi y, simultáneamente, trazar un recorrido personal que le había llevado de la admiración por la experiencia comunista a su rechazo más absoluto en solamente veinte años.

Poner de relevancia esta sinuosa trayectoria, la de Pérez Solís, es uno de los méritos más relevantes de este libro, que pone a disposición de investigadores y lectores interesados en el complejo período de entreguerras un material importante, fundamental diría, para comprender algunas de las líneas fundamentales de la evolución intelectual y política de estos años que, como sabemos desde hace algunos años, tuvo en los saltos, las transiciones, entre proyectos políticos antiliberales una de sus expresiones más interesantes y difíciles de comprender en el marco de la lógica fascismo-antifascismo que dominó los años treinta y cuarenta.

Steven Forti, uno de los más importantes especialistas en este período en los ambientes historiográficos español e italiano, es el principal responsable de este trabajo. Como muestra en la introducción de este libro, el caso de Pérez Solís no tuvo nada excepcional en el contexto europeo. En realidad, como ya demostró el propio Forti en su excelente *El peso de la nación* (2014), el suyo puede ser entendido como la expresión de un proceso más general de

transfuguismo, de transiciones más o menos abruptas de la defensa de la experiencia bolchevique a la adhesión a regímenes fascistas o *fascistizados*, que tuvieron en Paul Marion o Nicola Bombacci otras expresiones similares a las del autor de nuestro libro. Por ello, Forti se encarga de recordar con acierto que la serie “Un vocal español en la Komintern” puede leerse en paralelo a otras expresiones europeas como el libro *Deux Russies* de Marion (1930), donde el antiguo miembro de PCF y posterior secretario general de Información y Propaganda del régimen de Vichy, recordaba, como Pérez Solís, su estancia en la Rusia soviética.

Pérez Solís (1882-1951) vivió su infancia entre Galicia y Asturias y tras un breve acercamiento al anarquismo en Las Palmas ingresó en la Agrupación Socialista Vallisoletana en 1910, donde pronto se convirtió en un activo militante y colaborador de *Vida Socialista* y el semanario *Adelante*. Fue uno de los animadores de la huelga de ferrocarriles de 1916 y de la de marzo del año siguiente. El fracaso de esta última huelga, no obstante, le llevó a darse de baja del PSOE. Tras algunos otros proyectos frustrados, consiguió ser elegido diputado provincial en 1920. Su perspectiva federalista, regionalista y moderada llevó a que Indalecio Prieto le propusiera dirigir en Bilbao *La lucha de clases*, el periódico de los socialistas vascos. Fue allí donde, como recuerda Forti, se produjo un “fuerte giro hacia la izquierda en sus posiciones”, un viraje hacia la defensa de las tesis favorables a la Internacional Comunista que se expresó en la lectura por parte del propio Pérez Solís de la declaración de escisión y fundación del Partido Comunista Obrero Español, que acabaría formando parte del Partido Comunista Español. Fueron años de especial tensión y violencia los que vivió Pérez

Solís en el País Vasco, donde en agosto de 1923 fue herido de bala durante un asalto de la policía a la Casa del Pueblo de Bilbao. Tras recuperarse de las heridas en Valladolid entre enero y marzo del año siguiente —en estos meses, recuerda Forti, Pérez Solís vivió “una primera crisis política y un primer acercamiento a la religión católica”—, huyó a Francia en junio de 1924, en plena dictadura de Primo de Rivera, camino de Moscú. Su ascendencia en el comunismo español y su inagotable activismo le llevaron a participar del V Congreso de la Internacional Comunista en Moscú, que tuvo lugar entre el 17 de junio y el 8 de julio, y a ser nombrado delegado español de la Komintern. Esta fue la experiencia le impulsó a escribir los diferentes textos que aparecen recopilados en el libro que aquí reseñamos.

Tras su regreso fue detenido en Barcelona en febrero de 1925. A pesar de esto en 1943 calificaría a Miguel Primo de Rivera como un “paternal dictador”, un “dictador bondadoso” (p. 81). Encarcelado en Montjuic, entró en contacto con el Padre Gafo, un dominico activo en el sindicalismo libre, que le aproximó al catolicismo y al rechazo al comunismo. En pocos años, tras salir de la cárcel, pasaría a dirigir el católico *Diario Regional* en Valladolid. Como parte de esta evolución llegó a colaborar con *Acción Española* y finalmente se afilió a Falange. El 18 de julio de 1936 fue el enlace de los sublevados en Oviedo y estuvo al mando de una compañía de defensa de la ciudad. Tras ser nombrado Delegado Sindical y Delegado de Trabajo en Valladolid, con el fin de la guerra civil se retiró a la vida privada, aunque continuó durante los años cuarenta colaborando en diversos diarios y revistas como *El Español*, *Libertad* y *Arriba*. Fue en estos años cuando publicó la serie que nos ocupa y da título a este libro.

Como sostiene Forti en la indispensable introducción a los textos, es fundamental, y aquí radica seguramente la aportación más relevante del libro que nos ocupa, leer la serie “Un español en la Komintern” desde la perspectiva del Pérez Solís falangista sin dejar tener presente la evolución que reseñamos aquí brevemente. En estos textos de 1942-1943, el anticomunismo es claramente el elemento que recorre todos los artículos y, por ello, no es extraño que las referencias antisemitas aparezcan siempre relacionadas a la victoria nazi en el este. Como escribió en marzo de 1943, desde su punto de vista, las “hordas agrupadas por Moscú bajo la bandera de la hoz y el martillo” tenían solamente “instintos primarios”. Eran, como solía repetir la propaganda franquista y nazi, simultáneamente judías y asiáticas.

“Un vocal español en la Komintern”, la larga serie que da título al libro, es de una gran riqueza. No solamente por el estilo ágil de la escritura de Pérez Solís —que Forti destaca con acierto en su introducción— sino, fundamentalmente, por la cantidad de información, valoraciones y detalles sobre la Rusia soviética, sus dirigentes y su vida cotidiana, que el lector puede encontrar en sus páginas. La impronta guerracivilista y de adhesión a los postulados franquistas es evidente en todas sus páginas, desde la referencia a “la” Internacional Comunista —“hembra, aunque del peor género de las vírgas” (p. 35)— hasta las referencias a Trotski, de quien se afirma que “no obstante su sangre judía y su filiación bolchevique, debía ser patriota a su manera” (p. 52).

En numerosos fragmentos, la presencia de la Segunda Guerra sirve a Pérez Solís como telón de fondo para articular sus recuerdos sobre su experiencia rusa. En este sentido, por ejemplo, las páginas sobre su entrevista con Bujarin dedicadas a la im-

portancia de Alemania en la lucha revolucionaria internacional son especialmente interesantes. Frente a la objeción de Pérez Solís sobre la existencia de Polonia entre la Unión Soviética y la República de Weimar, el líder ruso supuestamente había afirmado: “¿Polonia? Polonia tiene dos razones de ser: que la han inventado Francia e Inglaterra, y que, por ahora, Alemania y la Unión Soviética tienen que esperar”. Recordando —o inventando— esta respuesta Pérez Solís apostilla: “Mucho me acordé de esto en 1939”.

Los comentarios sobre las tensiones internas dentro del Partido Comunista soviético tras la muerte de Lenin presentan también un gran interés, desde las valoraciones de Zinoviev y el propio Bujarin hasta las palabras dedicadas al ascetismo de Rykov. En este aspecto, resaltan sin duda las percepciones planteadas a raíz de la breve entrevista que mantuvo —junto a Andreu Nin, que actuó como traductor— con Stalin y los artículos dedicados a la figura de Trotski.

En cualquier caso, Pérez Solís no deja dudas sobre su visión general sobre la experiencia soviética. Hacia el final de esta larga serie de textos en la que se tratan diversos aspectos de la vida cotidiana soviética, no duda en afirmar que la dictadura del proletariado no era más que “otra engañifa”. Se trataba, sostiene, únicamente de “la dictadura de un grupo bolchevique, cambiante según la osadía del gerifalte de tanta, que, con los resortes del Estado en la mano y con el invisible designio de suprimir ‘físicamente’ toda oposición, imponía sus puntos de vista”. (p. 96).

Pero si el objetivo es entender la evolución de las ideas de Pérez Solís, esta visión relatada en los años 1942-1943 se había de contraponer a los textos previos de este militante comunista, primero, y falangista, después. Este es, sin duda, uno de los

grandes aciertos del editor. Esta necesaria contraposición se presenta a través cuatro documentos textos anteriores a “Un español en la Komintern”: los artículos escritos desde Moscú publicados en el comunista *La Antorcha* entre el verano y el otoño de 1924 —que funcionan en cierta manera como la contracara de los textos de 1942–1943—, una carta-prólogo escrita para el libro *Los soviets* (1926) del director de *El Diluvio* José María Vilá, un largo prólogo a *La Antorcha Rusa*, un libro publicado en 1929 por Luis de Andrés y Morera, activista somatén y fundador de la sección española de la Entente Internacional contra la III Internacional, y el fragmento de sus memorias noveladas, *Memorias de mi amigo Óscar Perea*, donde Pérez Solís recuerda en 1929 —el libro se publicó finalmente dos años después— sus días en Rusia.

En estos trabajos se observa claramente la transición entre una defensa militante del proyecto soviético y su crítica radical, su rechazo visceral. Para poder comprender la evolución del pensamiento de Pérez Solís, y a través suyo de una parte significativa de los *tránsfugas* españoles y europeos, las dos aportaciones publicadas en la segunda mitad de los años veinte resultan fundamentales. En ellas puede observarse con cierta claridad cómo en pocos años un intelectual militante podía pasar de afirmar que el “movimiento revolucionario nacido en Rusia en 1917 es el más vasto de cuantos ha visto la Historia” (p. 173) a escribir “Yo he sido comunista. Basta con que diga esto para que cualquiera se percate de que hoy no creo en el Comunismo” (p. 187). La cuestión religiosa, que aparece de manera destacada en sus memorias noveladas, resulta de gran importancia para comprender esta transición. “A pesar de los esfuerzos realizados por la dictadura bolchevique para reemplazar la fe religiosa por el ateís-

mo, saltaba a la vista la profunda religiosidad de que daba muestras la mayoría de la población” (p. 205), escribe en 1929 recordando las manifestaciones de la Pascua de Pentecostés que había observado cinco años antes. Un Pérez Solís que había abjurado del comunismo y abrazaba entonces el catolicismo militante y creía ver en esta religiosidad una expresión de los “dolores íntimos del pueblo ruso”, una muestra de una “discrepancia manifiesta” (p. 206) con el régimen bolchevique.

En líneas generales, y a manera de conclusión, puede afirmarse que este libro constituye una aportación fundamental para comprender simultáneamente al menos dos cuestiones. Por un lado, la evolución de la percepción de un dirigente comunista español durante los años veinte —que, por supuesto, abjuraría del comunismo hacia el final de esta década— sobre régimen soviético, su despliegue y su primera gran crisis de liderazgo tras la muerte de Lenin. Se presenta así una documentación que no se encontraba recopilada hasta ahora, que cobra un gran relieve al ofrecerse desde una mirada diacrónica y que resulta relevante por el carácter militante de Pérez Solís, lo cual permite ver una perspectiva diferente de otras visiones más conocidas, como las de Fernando de los Ríos o Ángel Pestaña. Por otro lado, como ya he comentado, el libro presenta numerosos elementos para analizar y comprender, en clave simultáneamente española y europea, el fenómeno del transfuguismo y las diversas líneas de pasaje entre el comunismo y el fascismo transitadas por diversos dirigentes e intelectuales entre los años veinte y treinta del siglo pasado. Por todo esto, este libro constituye una referencia ineludible para los investigadores y las investigadoras

que quieran acercarse a estos temas en los próximos años.

Maximiliano Fuentes Codera
(Universitat de Girona)

Javier Aristu *El oficio de resistir. Miradas de la izquierda en Andalucía durante los años sesenta*, Granada, Comares, 2017, pp. 208.

El llibre que tinc entre mans és la prova feaent de que l'escriptura sobre el passat s'enriqueix amb les aportacions des dels marges o, directament, l'exterior de la disciplina històrica. Aquest assaig s'articula sobre dos eixos: les esquerres i Andalusia. A les seues pàgines es repensa i reflexiona sobre la gènesi, desenvolupament i els atzars d'una cultura democràtica i antifranquista en les terres que s'estenen de Despeñaperros cap al sud. És per això que, malgrat el títol, el relat abasta un espectre cronològic que s'inicia amb el *desarrollismo* franquista fins la instauració del partit socialista – i en aquest punt estic totalment d'acord amb l'autor– com a partit dominant, més que no pas dirigent, de la vida política andalusina (i podríem afegir d'Espanya, com assenyala Rafael Díaz-Salazar) . Així mateix, la història narrada apareix, en algunes ocasions, connectada amb el present; recordant-nos que, com assenyala el pensador oriünd de Sardenya i agradava de recordar al recentment malaguanyat Josep Fontana, «la història és sempre història contemporània, és a dir, política».

Com remarca Aristu de forma explícita, el relat es troba imbuït d'una perspectiva melangiosa, que titlla de fructífera, en què es pretén conjuminar, per una banda, una reivindicació del que Cristian Ferrer ha anomenat *lluitadors quotidians*, i, per l'altra, un cop superat el període de latència, contribuir a generar els materials capaços

d'articular nous horitzons polítics, d'aprofundiment democràtic i del benestar social. Conjurat-se, així, en l'enfrontament amb allò que Traverso, inspirat per Daniel Bensaid, anomena la «cultura de la derrota». Cultura que assota les gents progressistes en general i, més concretament, a la cultura(es) política(ques) comunista(es). En aquest sentit, per tant, Javier Aristu diposita el seu gra de sorra en aquest projecte de rescalament memorial, de construcció d'una *contramemòria* – tot conjurant la nostàlgia que pose en valor el bo i millor, però no només, de l'Andalusia antifranquista, així com les reflexions que aquests plasmaren sobre la mateixa.

Malgrat no pertànyer al gremi dels investigadors del passat, com deia, l'autor recorre a diferents elements que conformen part de la caixa de ferramentes de l'historiador. A banda de l'experiència viscuda en tant que militant antifranquista, Aristu basteix aquesta aproximació calidoscòpica amb les ulleres de diversos personatges i les seues reflexions, el coneixement d'algunes de les principals obres que abasten el procés, fonts primàries i d'arxiu (tot i que, per motius obvis, són les menys) i algunes entrevistes, entre les que caldria destacar la realitzada a José Rodríguez de la Borbolla, president a la Junta de Andalucía entre 1984 i 1990 i factòtum del projecte socialista. Tot i així, qualsevol comentari sobre suposades mancances o insuficiències heurístiques podria ser fàcilment qüestionat: en cap cas l'obra pretén fixar una interpretació historiogràfica, sinó enlluernar determinades àrees, recuperar perspectives oblidades, recórrer biografies gairebé anònimes, algunes, altre no tant, que, com en qualsevol aproximació, constitueixen els retalls que l'autor va cosint en una totalitat dotada de sentit.

El llibre es troba organitzat en nou capítols que, si u es fixa en els títols, podrien

semblar inconnexes. Tanmateix, són els eixos que esmentava, l'esquerra i l'Espanya meridional, els dos pilars sobre el qual descansa la resta de l'edifici. Al primer, qüestiona la visió gairebé miserabilista que ha arrossegat Andalusia i que la presenta com una regió profundament subdesenvolupada i endarrerida. Visió d'una terra d'èxode que, en canvi, semblava no detectar els brots industrials i urbans que, malgrat el seu caràcter profundament desigual, germinaren al tomb a la dècada dels cinquanta i seixantes. Relats d'un paisatge anodí, amb una oposició al règim brillant per la seua absència, que hauria quedat recollit d'alguna manera en la crònica del viatge a Espanya que la futura fundadora i dirigent d'*Il Manifesto* Rossana Rossanda va publicar *ex post*, a principis dels vuitanta, i a qui Aristu consagra el capítol segon.

Els judicis de la dirigent comunista, però, van resultar força efímers: el 1962, un any en què, com assenyala Gregorio Morán, es «concentra la història», la conflictivitat social s'escampava per la geografia espanyola. El règim, obsessionat per extirpar qualsevol rastre de dissidència, observava impotent com després d'haver tret per la porta tot rastre de crítica, aquesta s'escolava per la finestra.

Especial interès suscita el tercer capítol, el primer més extensament dedicat a Andalusia; tot i que a través, recuperant-lo així, de la mirada incisiva d'Alfonso Comín. El futur militant comunista, va realitzar un seguit d'estudis sobre la realitat socio-econòmica de l'Andalusia dels seixanta, desballestant el tòpic relatiu a la baixa productivitat congènita dels treballadors andalusos. Els seus estudis, com assenyala Aristu, el converteixen en un autèntic pioner del desenvolupament d'una teoria crítica d'Andalusia allunyada de visions essencialistes. Característica no només deri-

vada del seu rigor analític, sinó també per conferir un horitzó d'emancipació social en el marc del projecte d'un regionalisme andalús. De fet, la seua crítica posà el focus en la constatació de l'endarreriment de l'agricultura, conjuminant aquest perspectiva amb una oposició enfocaments tecnocràtics sense, alhora, esmunyir-se cap a posicions d'un fisiocratism anacrònic. En el fons, Comín acusava al *desarrollismo* franquista que, en lloc d'afavorir majors nivells d'integració social i territorial, promovia desigualtats. En aquest sentit, l'intel·lectual antifranquista, tot sovint poc recordat, a banda de posar en dubte el paradigma econòmic dominant - d'un naixent neocapitalisme que a Espanya presentava especificitats derivades del marc dictatorial- posava el dit a la nafra de la «qüestió meridional» espanyola.

Segons la perspectiva de Comín, com ens recorda Aristu, enfrontar «la qüestió andalusia», mediatitzada pel fenomen migratori que va nodrir de treball a les zones més industrialitzades de l'estat i, no ho oblidem, enllà dels Pirineus, era central de cara a l'articulació d'un bloc social de progrés que trencara amb el desenvolupament desigual que promovia el projecte modernitzador de la tecnocràcia franquista. Malgrat tot, si bé l'Andalusia que mostra Alberto Rodríguez a *La isla mínima* ha quedat feliçment superada, Aristu assenyala com alguns dels diagnòstics de Comín continuen vigents; suggerint la seua superació via un projecte de revalorització «ruralista» (que no «agrària»).

L'autor aprofundeix també, al capítol quatre, en les tesis antagoniques a les que defensava Comín. En aquesta ocasió, de la mà de l'històric dirigent de la CGIL Bruno Trentín, Aristu estableix un paral·lelisme entre la realitat que aquest estudià, en *La ideología del neocapitalismo*, amb el projecte

tecnocràtic del *desarrollismo* (que a Andalusia tingué un altaveu, ja al tardofranquisme, en el Instituto de Desarrollo Regional). Entès aquest, per tant, com un projecte amb pretensions hegemòniques (que en alguns aspectes, com en el de la relació productivitat-salaris, arribà a permeabilitzar a determinats sectors del moviment sindical) i, doncs, amb una dimensió ideològica-cultural cabdal. L'autor trenca així, com també ho fa José Babiano en les seues reflexions sobre el fordisme espanyol, la dialèctica mecanicista estructura-superestructura, i aprofita per llençar una de les hipòtesis més agosarades: el projecte que més tard encapçalaren els primers executius de González ressegueix, en allò fonamental, el camí traçat per aquesta perspectiva tecnocràtica i *managerial*. Plantejament que, com a premissa, concep tot progrés social com una variable depenent del creixement econòmic *tout court*.

El cinquè capítol està consagrat a la migració andalusa més enllà de l'Ebre i la seua aportació cabdal en la reconstrucció nacional de Catalunya. Les maletes de cartró serveixen com a llicència literària per introduir la síntesi original dels novinyuts i les tradicions de militància industrial autòctones. Allò que va constituir un fenomen dolorós per Andalusia, va nodrir d'altres regions, com ara el Principat. I no només en termes d'engreixar l'engranatge de l'acumulació capitalista, sinó, i sobretot, en termes de capital polític opositor, de saba per als moviments socials. Per descomptat, les institucions bàsiques d'aquest procés no van ser altres que el sindicalisme, la parròquia i els serveis socials; i el motor les experiències compartides en l'àmbit del treball i del barri. Tanmateix, i com deia al principi matisant parcialment a l'autor, més que presenciar una procés de socialització de l'immigrant andalús a través de la pro-

testa en una «ciutadania catalana» preexistent, em sembla que en aquest camí es bastí aquesta mateixa ciutadania, aquest projecte democràtic català antagonic al representat pel franquisme. Resulta obvi, però, que una part d'aquesta població nouvinguda pogués resultar refractària a aquest projecte, tanmateix crec que en termes generals participà d'aquest consens fundacional articulat al voltant del catalanisme polític, hui desgastat.

Aristu, al capítol sis, aborda a través de les biografies dels dos dirigents obrers andalusos processats en el 1001 Fernando Soto y Eduardo Saborido, el paper cabdal en la lluita per la conquesta de la democràcia del tot sovint anorreat sindicalisme de CC.OO., que Enric Juliana ha qualificat com la creació més genuïna del poble espanyol durant el franquisme. Posar en valor aquests «herois anònims» no ha de comportar, però, la celebració acrítica dels límits de la lluita antifranquista, ens recorda l'autor. I, en sentit contrari, no totes les batalles perdudes s'han de descartar en tant que errors, com fa al posar en valor, en tant que escola de lluita, com a contramodel si es vol, les dues mobilitzacions *jornadistes* llançades pel PCE en maig del 58 i juny del 59. A continuació, realitza una sintètica anàlisi de la gènesi del «nou» moviment obrer clandestí, en tant que *early riser*, però sense mitificants-ne les dimensions, sinó destacant-ne la seua capillaritat i el paper de nodes que en aquest van desenvolupar, principalment, els militants comunistes; els lideratges referencials, les «formigues roges» que, a poc a poc, van permetre no només avançar posicions als treballadors, sinó contribuir a l'articulació d'aquests com a subjecte polític, a través dels discursos i pràctiques, principalment en les comissions obreres.

La relació entre el partit i el moviment sindical, que representaven les CC.OO,

ocupa un espai considerable de la reflexió de l'autor. En quant a la metàfora de la corretja de transmissió, Aristu nega aquesta fins i tot en el sentit en què l'apuntava Sabrido: d'haver existit, el sentit hauria estat del sindicat al partit. Estic d'acord amb l'autor, CC.OO. va gaudir d'una gran autonomia durant el franquisme, gairebé podríem parlar de pràctica independència tàctica dintre del marc estratègic fixat pel partit. Sí que matisaria, però, aquesta afirmació a la llum del desenvolupament del procés de canvi polític. Especialment a partir de 1978 i, sobretot, en 1979 amb motiu de les mobilitzacions obreres més importants de la segona meitat del segle XX (emmarcades també per la lluita contra la proposta d'Estatut dels Treballadors), quan tensions entre PCE i CC.OO. no deixen de ser simptomàtics d'unes relacions tibants i dels desencontres no tant al voltant de quin projecte de democràcia, sinó de com construir-la.

Ara bé, en l'estela no nostàlgica que el text traspuja, tampoc es cau en una mitificació de les CC.OO. En aquest sentit, trobe plenament encertada les crítiques vers el seu discurs obrerista i l'escàs desenvolupament teòric (en quant a aquesta darrera qüestió, però, a banda de trobar a faltar una referència a López Bulla, es podria plantejar una reflexió *althusseriana* sobre la dimensió teòrica existent en els materials pràctics del moviment obrer). Una pràctica i, sobretot, un discurs que, esquitxat d'essencialisme de classe, va dificultar l'organització dels assalariats més enllà dels segments *blue-collar*. En un altre sentit, tot reflexionant sobre la conformació dels grups dirigents de CC.OO., hi ha un reconeixement implícit de determinades actituds inconscients que reflectien una catalanofòbia present a la societat: malgrat la importància de la CONC, tant en termes quantitius com qualitius, mai la central va tenir un secretari general

d'aquestes latituds (ni al tardofranquisme amb la caiguda de la coordinadora, ni amb el relleu de Camacho el 1987, podríem afegir).

Al capítol 7 s'esbossa l'organització dels comunistes andalusos en la clandestinitat. Aquesta aproximació copsa la història «heroica» del partit. Història que queda sepulcrada per, segons l'autor, una nostàlgia estèril i una destructiva autocrítica. Tanmateix, si bé l'autor fixa l'inici d'aquesta deriva amb la secretaria general d'Anguita al PCE, amb qui l'autor mantingué discrepàncies, crec que aquesta autocrítica, no en les dimensions que adquirirà més endavant, aparegué aviat durant el procés de transició i, sobretot, amb el postcarrillisme. La polèmica, al meu parer encertada, amb el relat de la «traïció» presenta, però, un risc: bascular cap a l'antítesi, un xic autocomplaent, també impregnada de certa nostàlgia.

En el penúltim capítol, Aristu qüestiona un altre mite interessat sobre el procés de canvi polític: la centralitat de la universitat sevillana i, més concretament, de la seua facultat de dret. Imatge que podria encabir-se en la seqüència general d'un procés conduït per elits més o menys il·lustrades. Ans al contrari, l'autor manté que es tractà d'una institució fonamentalment continuista, malgrat contemporitzar aquesta dimensió amb la de planter de quadres, sobretot, socialistes. I és a aquesta qüestió, a la formació d'un grup dirigent del PSOE amb accent andalús, que consagra el darrer capítol del llibre. En bona mesura, aquest procés va tenir lloc, planteja l'autor en clau d'hipòtesi, sobre la dislocació de les bases socials tradicionals, fruit de la crisi econòmica, de les federacions fins llavors dominants basca i asturiana. Així mateix, el grup dirigent andalús va tenir l'habilitat suficient per bastir un partit eminentment electoralista i transversal en un procés més de creació

ex novo del PSOE que de reconstrucció del projecte històric. Així el partit socialista, en lloc d'assajar aliances polítiques-partidistes, va ser capaç de constituir-se com a node d'un conjunt d'aliances socio-polítiques de caràcter progressista (en aquest sentit, dit de passada, trobe a faltar la referència a una obra cabdal com és la de Juan Andrade Blanco). Fou un partit hàbil a l'hora de representar a determinats subjectes, com ara els professionals, que el PCE no va aconseguir, en primer lloc, organitzar de forma massiva i, més endavant, conservar. Al voltant de la idea de la modernització, el PSOE aconseguí marcar bona part de la política espanyola. Però la seua ascendència sobre l'andalusa es manté fins pràcticament l'actualitat, malgrat el evidents símptomes d'esgotament producte de cert desencís.

Encara sota els efectes de la ressaca del 2 de desembre, el present llibre cobra un nou sentit. Aristu no només bolca les seues reflexions, sinó que presenta uns materials i perspectives que, aprofundides mitjançant sengles recerques, resultaran útils per repensar un projecte progressista amb pretensions hegemòniques que abaste els reptes pendents de la «qüestió meridional» espanyola.

Joan Gimeno
(CEDID-UAB)

José Gómez Alén (ed.): *Historiografía, marxismo y compromiso político en España: del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI de España, 2018.

Historiografía, marxismo y compromiso político en España: del franquismo a la actualidad es un libro editado por José Gómez Alén que recoge la casi totalidad de las ponencias presentadas —y una colaboración no presentada: la de Francisco Cobo Ro-

mero— en unas jornadas organizadas por la Fundación de Investigaciones Marxistas en noviembre de 2014. Desde ese momento hasta 2018, cuando la obra sale de imprenta, hemos asistido al ciento cincuenta aniversario de la publicación del primer tomo de *El Capital*, al centenario de la Revolución de Octubre y a los doscientos años del nacimiento de Marx. Coinciden todos estos hechos con la “gran mutación” (Fontana, p. 334) que vive el capitalismo en nuestros días, cuando no son pocas las miradas que vuelven al autor del Manifiesto Comunista para explicar la Gran Recesión. Por esta razón, Gómez Alén se pregunta si en pleno siglo XXI las aportaciones de la tradición marxiana siguen siendo herramientas útiles también para la investigación histórica. Las respuestas que encontramos en el libro son variadas.

Pero, ¿cómo se define la “historia marxista”, el “marxismo historiográfico” o como quiera que se llame la investigación que utiliza el pensamiento de Marx para analizar los problemas históricos? No es fácil definir qué es “una historia legítimamente marxista” quizás porque debe superar las “codificaciones dogmáticas” de lo que se suele entender por marxismo (Fontana 321). Y, efectivamente, la persona que se aproxime a *Historiografía*, marxismo y compromiso... no encontrará una definición cerrada, pero sí algunas características de la historiografía marxista y, sobre todo, un balance de la influencia del marxismo en la historiografía española. Del marxismo o mejor de los marxismos porque bajo esta denominación encontramos un marxismo “soviético”, fosilizado por el estalinismo, esclerotizado; un marxismo “vulgar y mecanicista”. Pero frente a este “marxismo de garrañón” (expresión de Xosé Manoel Núñez Seixas recogida en este libro) tam-

bién han existido y existen otros marxismos y otras historiografías marxistas.

Es ya casi un lugar común afirmar la débil recepción del primer marxismo en la intelectualidad hispánica. Las primeras obras de historia marxista llegaron de la mano de Antonio Ramos Oliveira y Francisco González Bruguera, citados en varios capítulos de esta obra. Además, las tesis terceristas empañaron algunos análisis políticos que se trasladaron a los trabajos históricos durante décadas. La renovación de la historiografía marxista se produjo a partir de los años sesenta y setenta, de la mano de Tuñón de Lara y Josep Fontana, en diálogo con Pierre Vilar y los marxistas británicos (Hobsbawm y Thompson, Rude...), por ejemplo. En la atmósfera de represión y dictadura franquista, el marxismo se convirtió en una especie de “pensamiento emancipador” (Piqueras, p. 87) porque, a fin de cuentas, “los aspectos no estrictamente intelectuales forman parte [...] del habitus de la historiografía” (Ericce, p. 279). Posteriormente, a la par que el impacto del giro lingüístico y de la historia cultural y en relación con elementos que no están directamente relacionados con el campo estricto de la “razón pura” (Ericce, p. 274), se produjo el declive, la difuminación y el agotamiento de la historiografía marxista, que sufre una “derrota histórica” (Ericce, p. 271).

Historiografía, marxismo y compromiso... está organizado en cuatro bloques. Los tres primeros estudian la influencia del marxismo en la historiografía española sobre las sociedades precapitalistas (Domingo Plácido, Carlos Martínez Shaw y Juan Trías Vejarano), sobre la crisis del Antiguo Régimen y los orígenes del capitalismo (José Antonio Piqueras Arenas, Francisco Cobo Romero y Carlos Forcadell) y sobre el período que va desde la Segunda Repúbli-

ca hasta el franquismo (José Luis Ledesma y Julián Sanz Hoya). El cuarto y último bloque aborda el futuro de la historiografía marxista (Teresa María Ortega López, Francisco Erice Sebares y Josep Fontana Lázaro).

Domingo Plácido realiza un repaso historiográfico en el que destaca las aportaciones, ya lejanas en el tiempo, de Abilio Barbero, Marcelo Vigil y Julio Mangas, entre otros. Pero no parece muy prometedor el futuro del marxismo historiográfico en los estudios sobre las sociedades precapitalistas. Su presencia tanto en la terminología como en las declaraciones metodológicas tiende a difuminarse, hasta el punto de que “La huella marxista es muchas veces perceptible solo para iniciados” (Plácido, p. 48). Parece tratarse de un marxismo gaseoso — más que líquido— acorde con los tiempos que vivimos. En este sentido, José Antonio Piqueras, quien se ocupa de la revolución burguesa —un clásico de la historiografía marxista—, se pregunta “¿Por qué nuestros marxistas de antaño, de hace cuatro décadas, diluyeron con tanto facilidad el bagaje de estudio fundamentado en categorías e información fáctica, en hipótesis y teoría, en el debate abierto y vivo?” (Piqueras, p. 119).

Juan Trías Vejarano escribe sobre el “revisionismo historiográfico” (p. 61) que cuestiona explicaciones globales como el marxismo, para potenciar una historia política y narrativa. Prueba de ello sería el desplazamiento del significado del concepto de “transición”, tan caro a la tradición marxista, que ha pasado de lo socioeconómico a lo político. También Carlos Martínez Shaw reflexiona sobre el uso y significado de conceptos, en este caso “sistema atlántico” frente a o “primera mundialización”, un debate “que, como siempre sucede en el mundo de la historiografía, responde a la

proyección hacia el pasado de fenómenos del presente” (p. 49).

Francisco Cobo Romero analiza la historiografía del conflicto rural y la politización campesina, terreno en el que considera agotados los modelos interpretativos procedentes del regeneracionismo e incorporados a la tradición marxista española. Frente al estudio privilegiado de los jornaleros organizados política y sindicalmente, la nueva historia política y el giro cultural ponen el foco sobre el campesinado de los modestos propietarios y arrendatarios.

José Luis Ledesma escribe sobre la historiografía de la Segunda República y la Guerra Civil en la que la influencia del marxismo y del materialismo histórico está en declive, aunque puede ser útil a pesar de todo. Para Ledesma no existe una “fórmula mágica para afrontar todas las controversias y problemas de la tarea de representar el pasado, desde luego tampoco el marxismo” (Ledesma, p. 220).

Resulta particularmente interesante la afirmación de Julián Sanz Hoya, referida a los estudios sobre la época franquista, de que “las muestras de agotamiento del posmodernismo y la situación presente de crisis económica, inseguridad laboral y creciente movilización social, van ligados al “tránsito del giro lingüístico o cultural al giro material” de un conjunto de jóvenes historiadores e historiadoras” (p. 249). Como otros trabajos de este volumen, Sanz apuesta por la confluencia de perspectivas útiles para elaborar explicaciones globales que aborden la complejidad de los procesos económicos, políticos y culturales y de los sujetos sociales.

Hablábamos anteriormente de marxismo líquido o gaseoso. En algún capítulo sería más apropiado hablar directamente de marxismo evaporado. “Historia, postmodernidad, historia global. Nuevas perspecti-

vas teóricas–metodológicas para el estudio de la movilización social” es un texto de Teresa María Ortega López que solo cita el marxismo en dos ocasiones y en una de ellas, además, en una cuestión no relacionada con la historiografía: es un adjetivo de la izquierda política; mejor, de las izquierdas, en las que, por cierto, parece no estar englobado el comunismo (Ortega, p. 260 y p. 262). La autora apuesta por “aquellas teorías que han venido a revalorizar la importancia del sujeto y de la intersubjetividad, así como las orientaciones interaccionistas, culturales, cognitivas y lingüísticas” (Ortega, p. 258).

Como decíamos al principio, Historiografía, marxismo y compromiso político en España: del franquismo a la actualidad no define el marxismo historiográfico, quizás como reconocimiento de que no es un “arsenal conceptual autosuficiente” ni un “dispositivo listo para su aplicación” en palabras de Carlos Forcadell (p. 168). Tampoco es este profesor demasiado optimista en lo que se refiere a la recuperación explícita de las tradiciones del marxismo historiográfico, aunque algunas de ellas hayan sido importantes en la renovación de la historia social: véanse, por ejemplo, los estudios sobre culturas políticas. Para Forcadell, la tradición historiográfica marxista (o posmarxista), libre de teleologías y determinismos, permite “descifrar el pasado concebido como totalidad abierta, la construcción de un discurso crítico sobre el pasado que sustente la crítica al presente y [...] la continuidad de un enfoque opuesto a la historia como discurso del poder [...]” (Forcadell, p. 168).

Algunas de estas características coinciden con las orientaciones que apunta Francisco Erice para favorecer el deseable retorno de un marxismo “razonable”: función crítica y utilidad social; rechazo del

academicismo elitista, aceptación de que la inteligibilidad de la historia, capaz de proporcionar conocimientos de algún modo veraces; una historia que aspira a integrar el conjunto de la vida social; un pensamiento cargado de historicidad; una historia que posee unas lógicas, unas estructuras, unas regularidades y que aporta un concepto de determinación (que no de determinismo) fuerte, en la que la “agencia humana” —las clases— desempeña un papel central, pero no exclusivo. Un marxismo abierto a incorporaciones de otras teorías y disciplinas.

En definitiva, si la realidad se convierte solo en discurso, percepción, sensaciones y afectos no son buenos tiempos para quienes intenten analizar la realidad desde postulados marxistas. Pero leer a Marx puede ser necesario para aquellas historiadoras e historiadores que consideren que “las realidades materiales, las guerras, el hambre o la desigualdad” (Erice, p. 291) del mundo pasado y del actual son algo más que lenguajes, representaciones, percepciones y subjetividades. Porque, como escribe Fontana, cuando “el futuro vuelve a ser del capital y de la riqueza heredada” (p. 336), “el mayor de los desafíos que se plantean hoy a los historiadores marxistas es el de contribuir al análisis de la gran mutación del capitalismo que estamos viviendo” (p. 334).

Víctor Manuel Santidrián
(Universidad de Santiago de Compostela)

Enric Ucelay-Da Cal i Arnau González i Vilalta, *Joan Lluhi i Vallescà: l'home que va portar la República*, Barcelona: Editorial Base, 2017, 380 pp.

Si realitzar una biografia sempre és un exercici d'alt risc intel·lectual, encara ho és més si el biografat en qüestió ha deixat un escàs llegat documental sobre la seva per-

sona. Aquest és el cas del polític barceloní Joan Lluhi i Vallescà, que dos especialistes com Enric Ucelay-Da Cal, catedràtic emèrit de la Universitat Pompeu Fabra, i Arnau González i Vilalta, professor del Departament d'Història Moderna i Contemporània de la Universitat Autònoma de Barcelona, han intentat dilucidar posant llum a una biografia rica amb matisos, però també amb enormes llacunes. De fet, el mateix subtítol de l'obra, “l'home que va portar la República”, ja il·lustra la gran paradoxa del personatge. I és que si bé Lluhi tingué un paper cabdal durant la transició política de 1930-1931 a l'hora d'instaurar la República a Catalunya i en el conjunt d'Espanya, no sembla que aquesta rellevància hagi tingut la seva translació sobre el paper, sigui entre la historiografia especialitzada, o ja en els treballs més divulgatius i de memòria històrica al voltant d'aquesta etapa. Lluhi i Vallescà, doncs, és un clar exemple d'això: figura inequívocament important durant els anys trenta del segle passat, amb un ascens meteòric que el portaria a ostentar alts càrrecs polítics durant un breu lapse de temps —tinent d'alcalde de l'Ajuntament de Barcelona, diputat a Corts i al Parlament de Catalunya, conseller del govern de la Generalitat, ministre de la República, i diplomàtic durant la Guerra Civil—, però que el temps ha oblidat pràcticament del tot. D'aquí a què ambdós autors no només reivindicuin el paper de Lluhi, sinó també la biografia com un instrument d'anàlisi històrica; un objectiu que en el cas que ens ateny queda assolit de forma excelsa.

Amb tot, no és el primer treball que ens apropa al nostre protagonista. Ja a finals dels anys setanta, l'historiador Joan B. Culla publicaria la que sens dubte ha estat una obra de referència, *El catalanisme d'esquerra: del grup de L'Opinió al Partit Nacionalista Republicà d'Esquerra: 1928-1936* (1977).

L'estudi esdevindria una important contribució des de l'estasiologia, en consonància amb l'efervescència historiogràfica que es produiria en aquest terreny durant el postfranquisme. Però on els aspectes biogràfics de Lluhí quedaven, en efecte, relegats en pro de l'estudi del grup de L'Opinió que ell mateix liderà. Per contra aquest no és el propòsit de l'obra que aquí ressenyem, en què l'ordre de prioritats queda alterat, tot posant l'accent sobre el personatge i no sobre el grup. No obstant això, també cal destacar que, a diferència d'una biografia en el sentit clàssic del terme, es tracta sobretot d'un assaig biogràfic, que com els mateixos autors reconeixen “traça més aviat el seu context que no pas els pensaments o sentiments personals”. Aquest plantejament no desmereix la biografia, però sens dubte sí que pot sorprendre a l'àvid lector que busca stricto sensu un treball biogràfic: en moltes parts de l'obra Lluhí i Vallescà tan sols és una figura més del context, que a voltes arriba a difuminar-se tant que fa oblidar que el llibre que es té a les mans respon a un retrat biogràfic.

Aquestes omissions no són un descuit involuntari dels autors, sinó més aviat un recurs davant les llacunes documentals i la manca de papers personals d'aquest polític republicà, i que en efecte representen una dificultat afegida a l'hora de construir la seva biografia. De fet, Lluhí i Vallescà no deixaria cap escrit de caràcter autobiogràfic, que recollís les seves vivències o el seu pensament, com si ho feren, per exemple, altres figures del seu entorn polític més immediat com Joan Casanelles i Ibarz o Josep Tarradellas. Tampoc destacà en el món de les lletres: més enllà dels seus articles periodístics, molts dels quals sense signar, no seria mai un home prolífic en aquest terreny. Un factor que –valgui a dir– tampoc queda reflectit en aquesta obra, malgrat i

la invitació a treballar altres aspectes del personatge que fan ambdós autors a mode d'epíleg.

Tot i així, això no impedeix que estiguem davant un bon treball biogràfic, ben documentat i de lectura amena. Que ha sabut suplir tots aquests buits amb una extensíssima bibliografia, recursos hemerogràfics i tota mena de fons d'arxiu, tant nacionals com internacionals. I que no només il·lustra l'expertesa i el domini d'Ucelay-Da Cal i de González i Vilalta en la matèria, tal com ho han fet en múltiples treballs anteriors, sinó també la seva capacitat per aconseguir un producte d'alt valor heurístic i rigorós sense perdre, alhora, el seu caràcter divulgatiu.

Per aital fi l'obra s'estructura en tres parts, certament desproporcionades, però que d'alguna manera o altra queda justificat pel seu desenvolupament en forma d'assaig. No en va la mateixa introducció, que precedeix les tres parts del llibre, ja confirma, a través del seu epígraf, quina és la lògica narrativa: “un assaig biogràfic”, on més enllà de presentar la figura de Lluhí i Vallescà també s'aporten algunes reflexions sobre el fet biogràfic, tant des d'un punt de vista epistemològic com, òbviament, historiogràfic. Pel que fa ja al contingut, la primera part de l'obra (“Joan Lluhí i Vallescà: entre Macià i Azaña, entre Companys i Tarradellas”) és –valgui la redundància– la part més biogràfica de l'estudi, i també la més extensa. És aquí on pràcticament es concentra tota la trajectòria de Lluhí i Vallescà: des del seu naixement, el 1897, fins a l'esclat de la Guerra Civil el 1936. Un llarg recorregut que, per la mancances documentals abans esmentades, malauradament hi són absents amplis períodes de la vida de Lluhí. Com per exemple la seva infantesa i primera joventut, i que els autors han optat per fer-nos conèixer –potser de for-

ma un xic forçada, però no per això menys interessant— a través de la biografia del seu pare, el també polític republicà Joaquim Lluhi i Rissech (1866–1929). En aquesta etapa vital, doncs, els salts cronològics hi són ben evidents. Tot i que a partir de la segona meitat dels anys vint, i sobretot amb la fundació del setmanari *L'Opinió* el 1928, ja es pot resseguir de forma més detallada quina fou la seva trajectòria pública, amb moments cabdals com la gestació d'Esquerra Republicana de Catalunya i la proclamació de la República el 1931; el seu efímer pas, la tardor-hivern de 1932, com a cap del Consell Executiu i responsable d'Obres Públiques de la Generalitat; o la seva ruptura definitiva amb Francesc Macià el setembre de 1933. Un període, doncs, essencial per a Lluhi i Vallescà, i que els autors han tingut la perícia d'integrar dins la convulsa dinàmica política de 1934: quan el jove polític republicà tornaria de nou al govern de la Generalitat, fent-se càrrec de la conselleria de Justícia fins els Fets d'Octubre, per ingressar posteriorment al penal del Puerto de Santa Maria, a Cadis, juntament amb Lluís Companys i el socialista Joan Comorera. La segona part del llibre (“La Guerra Civil: un fangar de complicada gestió humana i política”), aborda el període de 1936–1939, especialment el seu pas com a consol de la República a Tolosa, i on tot i que els autors posen a la llum pública nombrosa documentació diplomàtica el recorregut personal de Lluhi queda, ja, molt més diluït. Mentre que, finalment, la tercera i última part (“L'exili: morir abans que tot es ressitui: fugida a França i mort a Mèxic”), retrata els darrers anys de la seva vida —no-

vament amb algunes llacunes i salts temporals—, primer a França, i a partir de 1941 a Mèxic, on moriria l'agost de 1944.

A banda d'aquests aspectes, l'obra també inclou la reproducció de gairebé una trentena de documents, retalls de diari, i fotografies que, juntament amb un glossari d'abreviacions —ben útil per la gran multiplicitat de sigles—, fan que el llibre millori, encara més, la seva ja acurada edició. Així doncs, la gran virtut d'aquesta obra no rau només en haver aportat un assaig biogràfic qualitativament rellevant sobre una de les figures més determinants de la política catalana i espanyola dels anys trenta. Sinó també en haver situat a Lluhi i Vallescà més enllà de la mera descripció; és a dir dins d'un context més ampli, gràcies al qual es poden desvelar altres factors rellevants com les interaccions, les contradiccions i les mútues influències socials, sense les quals difícilment es podria arribar a copsar els matisos i l'evolució d'un personatge al llarg de la seva vida. En suma, per a molts Lluhi i Vallescà potser fou, només, un “separatista per als espanyols” o un “espanyolista per a alguns catalans”. Però també seria la figura que inauguraria una corrent laborista, d'aïres britànics; l'impulsor d'un socialisme liberal a la catalana, que tanmateix no viuria de forma suficient com per poder veure els seus postulats en la seva màxima esplendor. I és que tal com constaten els seus autors, Lluhi “estava llest per ser el que no va poder ésser abans, als anys trenta: un socialdemòcrata de la postguerra europea”.

Daniel Roig i Sanz
(Universitat de Barcelona)